

DAD AU  
CIÓN GE

PR3781

02

1833

v. 2

c. 1

16987

010760



1080022128



POSTER PARA TVTVM

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

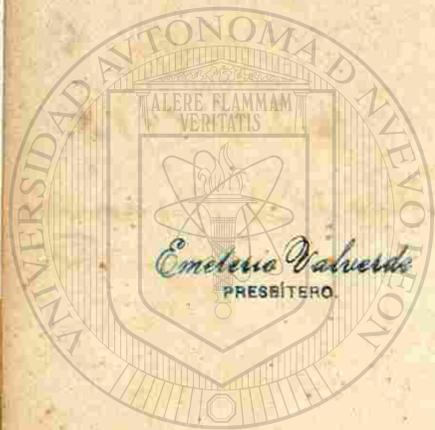
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A mi amigo Polveredo  
en el día de su Yunta  
México 3 de 1493.

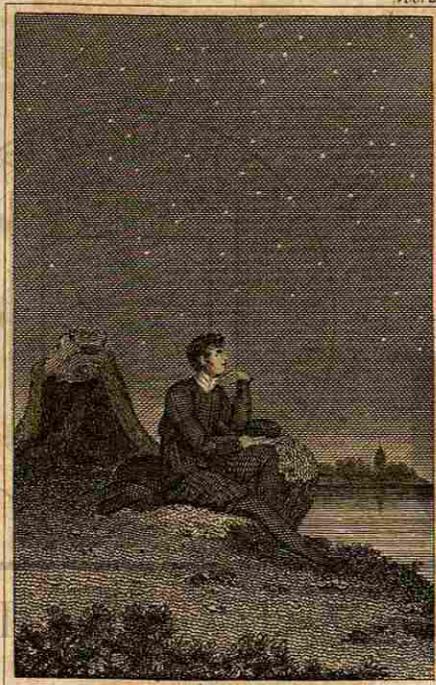
Miguel D. Fernández

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vol. 2.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 LAS ESTRELLAS DEL CIELO.

OBRAS SELECTAS  
 DE EDUARDO YOUNG.

EXPURGADAS DE TODO ERROR,

Y TRADUCIDAS

DEL INGLES AL CASTELLANO

POR

• DON JUAN DE ESCOQUIZ,

Arceidiano de Alcazar, y Canonigo de la Santa Iglesia de Toledo.  
 Sumiller de Cortina de S. M.

QUARTA EDICION.

TOMO II.

SE ESPENDE EN MEXICO,

EN LA LIBRERIA DE GALVAN, PORTAL DE AGUSTINOS.

1833.

46987



Biblioteca Universidad de Leon

PR3781

02

1833

v. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

### ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Dixe á mis lectores en el prólogo del primer tomo de esta obrita, que á imitacion de Mr. Le-Tourneur me tomaria la libertad de omitir aquellos períodos de Young, que por qualquier título no mereciesen ocupar lugar en sus poesías; y ahora debo añadir en obsequio de la verdad, que el público no tiene que agradecer á mi discernimiento la separacion de dichos períodos que he colocado al fin de cada una de las noches, ni la division ó la multiplicacion de estas respecto de las originales, que no pasan de nueve; pues no he hecho otra cosa en estos puntos, que adoptar en un todo el plan de dicho Le-Tourneur. Plan, á mi corto-entender, tan bien ideado, que de un confuso caos de ideas sublimes, pero incoxaxâs y mezcladas con otras agigantadas y pueriles, ha hecho una obra magnífica, en que conservando el noble desórden que requiere la naturaleza del asunto, destierra totalmente la confusion, que no serviria sino para fatigar á los lectores; y la ridiculez y baxeza, que les causaria disgusto y fastidio.

010769

Hallando, pues, este trabajo hecho, me he valido de él para el órden y separacion, así como del original ingles para la traduccion; deseando por este medio dar á esta todo el fuego del original, y el hermoso método de la version francesa.

Algunos lectores poco instruidos, admirados al ver la solidez y religiosidad que resplandecen en los pensamientos del primer tomo de Young, lo han extrañado en boca de un herege, sin hacerse cargo de que como en las materias que en él se tratan creen los hereges Anglicanos los mismos dogmas que los católicos, han de hablar precisamente en los propios términos que estos, y solo errarán quando traten de aquellos artículos que no admiten. Errores que bastan, aunque crean las demas verdades, para que estén separados de la Iglesia Católica, fuera de la qual no hay salvacion, pues que Dios no nos reveló los dogmas de la fe para que creyésemos algunos, sino para que los creamos todos.

Pero no tiene que ver esta desgracia con que los hereges puedan escribir en los puntos sobre que no versan sus extravíos con el mayor acierto, como se ha verificado entre otros innumerables en los tiempos antiguos en Tertuliana, y en los modernos en Grocio y Abadie, que á pesar de sus errores escribiéron el primero una Apología en defensa de la Religion Cristiana, que corre traducida al cas-

tellano, y los dos segundos dos tratados á favor de la misma Religion, que por su solidez y mérito han obtenido los aplausos de los mas doctos é insignes católicos.

Y muchas veces tales escritos de hereges en defensa de algunos de nuestros principales dogmas, traduciéndose con discernimiento, pueden producir mayores utilidades que si fueran escritos por autores católicos; siendo unos testimonios á favor de dichos dogmas, de tanto mas peso, quanto proceden de boca de nuestros enemigos, y de unos hombres que acostumbrados á sacudir el yugo de la autoridad, solo los confiesan porque se ven oprimidos por la evidencia de razones incontrastables.

Así vemos que los Apóstoles, los Padres, y los mas insignes autores Eclesiásticos se han valido de las mismas sentencias y escritos de los gentiles y hereges, para confundir el gentilismo y la heregia; debiéndose considerar que todas las verdades que se encuentran en estos pertenecen á la Iglesia, depositaria de la verdad como patrimonio suyo: que segun S. Agustin son como los despojos que sacáron los Israelitas de Egipto, que sirviéron despues á la construccion del Tabernáculo. De este módo lo practicáron un S. Cipriano, un Lactancio, un S. Hilario, el mismo S. Agustin y otra multitud de invencibles defensores de la Iglesia, que se

apropiaron quanto hallaron de bueno y sólido en los autores gentiles para combatir contra el gentilismo, y hacer triunfar la religion verdadera.

Mi intento en traducir á Young ha sido el mismo. Me he lisonjeado de que separando de sus obras los errores que por incidencia mezcla, las importantes verdades que en ellas se proponen, con el colorido mas sublime y agradable de la Poesia, y por un autor que desconociendo la autoridad de la Iglesia solo cede á la fuerza de la razon, harán muchísimo efecto en todos los lectores; y que dando al público esta traduccion limpia de errores, no carecerá la nacion de unas obras de tanto mérito, y se impedirá que se introduzcan clandestinamente para satisfacer su curiosidad otras versiones hechas sin esta precaucion.

## QUARTA NOCHE.

DEDICADA Á LA DUQUESA DE P. D.

NARCISA.

De entre los sueños vanos en que ha errado,  
 Confuso el pensamiento,  
 Del laberinto obscura y enredado  
 De la imaginacion, á la luz pura  
 De la razon despierto nuevamente!  
 ; El mundo todo está sin movimiento!  
 ; La noche lo confunde y desfigura!  
 El cielo me ha dexado únicamente  
 La luz de la razon para guiarme,  
 Y entre tales tinieblas no extraviarme.  
 Ya en este instante, inquieto se apresura  
 El fino amante de esperanzas lleno,  
 A cumplir con la cita señalada.  
 Yo aun mas exácto, á la hora destinada,  
 Acudo sin tardar donde me espera  
 El cruel dolor en que angustiado peno.  
 ; A esta hora cada noche nos juntamos  
 Mis pesares y yo, y con lastimera

apropiaron quanto hallaron de bueno y sólido en los autores gentiles para combatir contra el gentilismo, y hacer triunfar la religion verdadera.

Mi intento en traducir á Young ha sido el mismo. Me he lisonjeado de que separando de sus obras los errores que por incidencia mezcla, las importantes verdades que en ellas se proponen, con el colorido mas sublime y agradable de la Poesia, y por un autor que desconociendo la autoridad de la Iglesia solo cede á la fuerza de la razon, harán muchísimo efecto en todos los lectores; y que dando al público esta traduccion limpia de errores, no carecerá la nacion de unas obras de tanto mérito, y se impedirá que se introduzcan clandestinamente para satisfacer su curiosidad otras versiones hechas sin esta precaucion.

## QUARTA NOCHE.

DEDICADA Á LA DUQUESA DE P. D.

NARCISA.

De entre los sueños vanos en que ha errado,  
 Confuso el pensamiento,  
 Del laberinto obscura y enredado  
 De la imaginacion, á la luz pura  
 De la razon despierto nuevamente!  
 ; El mundo todo está sin movimiento!  
 ; La noche lo confunde y desfigura!  
 El cielo me ha dexado únicamente  
 La luz de la razon para guiarme,  
 Y entre tales tinieblas no extraviarme.  
 Ya en este instante, inquieto se apresura  
 El fino amante de esperanzas lleno,  
 A cumplir con la cita señalada.  
 Yo aun mas exácto, á la hora destinada,  
 Acudo sin tardar donde me espera  
 El cruel dolor en que angustiado peno.  
 ; A esta hora cada noche nos juntamos  
 Mis pesares y yo, y con lastimera

Concordia al alto cielo suspiramos !\*  
 ; O tú, luna apacible,  
 Deidad de todo corazón sensible,  
 Que á esta hora silenciosa,  
 En que el mundo reposa,  
 Sobre esa multitud resplandeciente  
 De estrellas, reynas sola y sosegada !  
 Dexa el trono de plata refulgente  
 Suspendido en los ayres, y apiadada,  
 Baxa á inspirarme en este humilde suelo  
 Acentos dignos de llegar al cielo.  
 ; Bella hermana del sol, que la pomposa  
 Marcha de las esferas  
 En su ausencia gobiernas y moderas !  
 ; Tú oyes la melodiosa  
 Cadencia de sus varios movimientos ;

\* Rival de Endimion, dirijo mis obsequios á la hermana del día, y me encantan sus miradas llenas de dulzura. Mi Musa es la primera que ha implorado su asistencia. ; Y por qué no ha de ser Cintia la Diosa de los Poetas ! ; Quién podrá dudar de las ventajas que resultarian de esta revolucion en el mundo poético ! ! O vosotros, favoritos de las Musas, dirigid durante el silencio de la noche vuestros ardientes suspiros á la esfera de la luna, sin permitir que el ambicioso Apolo, no contento con gobernar el día, usurpe los derechos de su hermana, que no necesita de él para inspiraros acentos inmortales.

Los mortales, por mas que esten atentos  
 No pueden percibirla á tal distancia ;  
 Dígnate enviarme un sueño favorable,  
 Que traslade á mi oido  
 Su celestial sonido,  
 Para que con su dulce concordancia,  
 Suavice de mi Musa lamentable  
 El ronco canto, el mísero quejido !  
 Siento ya en este punto  
 Que tu amable tristeza  
 Penetra y enternece el alma mia.  
 Sin duda te interesas en mi asunto :  
 Es natural, pues canto la funesta  
 Pérdida de una mísera belleza,  
 Que totalmente á tí se parecia  
 En lo tierna y modesta.  
 ; Triste de mí ! Narcisa, hija querida,  
 Aun juzgo ver tu pálido semblante,  
 Y oír que con la voz desfallecida,  
 “ ; Ay de mí ! dices : se acabó el brillante  
 Día para mis ojos en su aurora !  
 ; Ya es noche para mí ! Se han sepultado  
 Mi juventud, mis dulces esperanzas  
 Para siempre en la sima tenebrosa  
 Y eterna que jamas la luz colora.”  
 ; Nunca, ; infeliz de mí ! tan enlutado  
 Me dexáron las crueles asechanzas  
 De la muerte ! ; Jamas tan horrorosa

Nube cubrió mi corazon herido,  
 Aun quando ví á Filandro fenecido!  
 ¡O de desgracias mísera cadena!  
 Jamas vemos venir sola una pena;  
 Siguen siempre en tropel apresuradas,  
 Del infeliz las huellas desdichadas.  
 De mi Filandro el túmulo reciente,  
 Aun sin cerrar estaba, quando aprisa  
 Baxaba al suyo la infeliz Narcisa.  
 Míentras que yo lloraba amargamente  
 Del amigo la pérdida sensible,  
 Falta mi hija querida, y el terrible  
 Golpe renueva todo mi quebranto.  
 Viene, ¡ay de mí! á usurpar el tierno llanto  
 Que al mísero Filandro era debido,  
 Y á ofuscar su memoria en el olvido.  
 Los golpes repetidos y violentos  
 De la muerte confunden mis lamentos,  
 Y siembran la discordia entre mis males.  
 No sabe mi dolor incierto, á quales  
 Ha de acudir primero.  
 ¡Amigo malogrado! hija querida!  
 Mi triste corazon haceis pedazos!  
 ¡Con qué, ¡ó caro Filandro! tu sentida  
 Pérdida fué el agüero  
 De otra pérdida cruel, y el golpe fiero  
 Que te arrancó de mis amantes brazos,  
 De otro golpe á mi pecho amenazaba?

¡Con que, quando á mi vista la insaciable  
 Muerte tus yertos miembros devoraba,  
 Qual buytre carnívero,  
 Con su siniestro vuelo señalaba  
 Otra víctima mas de su implacable  
 Furor? ¡O cruel, en el verdor primero  
 De la temprana edad, quando se abria  
 De Narcisa amorosa  
 El tierno corazon qual bella rosa  
 A la felicidad y á la alegría,  
 El hilo de la vida la cortáste,  
 Y su dicha con ella sepultáste!  
 ¡Su dicha?—¡Acaso se halla en este suelo?  
 ¡Es un fruto ¡ay de mí! que cria el cielo,  
 Mas nunca en este yermo se presenta,  
 De los mortales á la boca hambrienta!  
 ¡Quál brillaba, Narcisa, tu belleza!  
 ¡Quánta era tu dulzura!  
 Del corazon sencillo la pureza,  
 Aumentaba las gracias y hermosura  
 De tu brillante juventud. Nadaba  
 Tu alma en un mar tranquilo de alegría.  
 A tu felicidad nada faltaba;  
 La virtud, la fortuna  
 Te colmaban de dones á porfía,  
 ¡Y qué necesitabas sino es una  
 Vida, en que disfrutarlos con sosiego?  
 Mas sirvió solo tu envidiable suerte

Para ser ántes vista por la muerte :  
 La cruel reparó en tí; te arrojó luego  
 De la cima elevada  
 De la felicidad, precipitada.  
 Así de mortal plomo cae herido,  
 De la alta copa de un nogal frondoso,  
 El cantor de las selvas melodioso,  
 Y da fin triste, con mortal gemido,  
 A la dulce cancion que comenzaba :  
 Un silencio espantoso  
 Reyna en el bosque que ántes hechizaba.  
 ; Tal, Narcisa, tu muerte me ha dexado  
 En soledad profunda sepultado!  
 ; Ya no gozaré mas la deliciosa  
 Voz que mi corazon enternecia !  
 En mis oidos resuenan todavía,  
 Los últimos acentos  
 De su boca agraciada y cariñosa :  
 Siento aun los dulces estremecimientos,  
 Que causaban en mi alma embelesada,  
 Los gratos ecos de la voz amada :  
 Pero han mudado de naturaleza :  
 Lánguida los escolta la tristeza,  
 De todos los deleytes homicida.  
 ; Quisiera yo olvidarte hija querida !  
 Voz hechicera, juventud, belleza,  
 Virtud, corazon tierno y amoroso—  
 ; Acaso al alma mas favorecida

Puede dar mas el cielo ?—Este precioso  
 Tesoro mi Narcisa poseia :  
 Todo mi bien en ella consistia :  
 ; Yo, ; ay triste ! por el padre mas dichoso  
 En aquel feliz tiempo me tenia !  
 ; Título vano, resplandor brillante,  
 Que me ocultaba el espantoso abismo,  
 Donde iba á sumergirme en el instante !  
 ; Misera ceguedad ! mi gozo mismo  
 A la muerte dió en rostro—La inhumana  
 Hizo seña al gusano que royese  
 Al punto aquella rosa tan lozana,  
 Y sus vitales sucos destruyese !  
 Apenas floreció se vió picada,  
 Y ántes de marchitarse deshojada.  
 Acabó en un momento—; Qué engañosos  
 Son los escasos bienes de esta vida !  
 Si un instante de gozo nos franquean,  
 Nos quitan presurosos  
 De la sedienta boca la bebida ;  
 Cuando apenas probamos su dulzura,  
 Y en pago del momento que recrean,  
 Lo restante del tiempo, de amargura  
 Derraman sobre el hombre inmensos mares.  
 ; O cuánto mas abundan los pesares,  
 Y cuánto mas tormento  
 Nos causan, que los gustos alegría !  
 ; Cuánto mas sentimiento,

De padre el tierno nombre, hoy me acarrea,  
 Que complacencia me causó algun día!  
 ¡ Quál te he visto, hija mia, y en qué estado!  
 Como tierno arbolito, que hermosa  
 Los campos en la alegre primavera,  
 De pimpollos y flores coronado,  
 Que cediendo al impulso repetido  
 De una tormenta fiera,  
 Queda desarraigado,  
 Y en la tierra tendido,  
 Mas aun de sus matices revestido;  
 Así á Narcisa ví quando acababa,  
 Que aun en los brazos mismos de la muerte  
 Su natural belleza conservaba.  
 ¡ Quántos lamentos me costó su suerte!  
 ¡ Qué raudales de lágrimas corriéron  
 De mis ojos! Amor, piedad, ternura,  
 Mi corazon á un tiempo deshiciéron.  
 Nunca la quise mas. La llama pura  
 De mi amor nunca ardió con mas violencia,  
 Que al tiempo de perderla.  
 ¡ Quánta fué de mi llanto la amargura!  
 ¡ Qué austero sabio, hinchado de su ciencia,  
 Encontrará razon de reprehenderla  
 Y no excusará, blando, mis suspiros!—  
 ¡ Dirigid ¡ó mortales! vuestros tiros,  
 Contra aquella alma dura y orgullosa,  
 Que tiene por flaqueza vergonzosa

La dulce compasion, y el justo llanto!  
 Las lágrimas al hombre no envilecen.  
 ¡ A quién con mas razon le pertenecen,  
 Que á un ser sensible, á un tiempo y desgraciado?  
 El mas fiero dolor, con suave encanto,  
 Suspenden por un rato, y la severa  
 Razon no las condena, aunque modera  
 Su curso quando ya es desarreglado.  
 ¡ Vosotros que sabeis por experiencia,  
 Lo que es perder una hija tan preciosa,  
 Compadeced mi suerte lastimosa!  
 Apenas conocí la decadencia  
 Del brillo de sus ojos y affigido,  
 Noté la languidez con que miraba  
 Los objetos mas bellos y agradables,  
 Que el mundo á sus sentidos presentaba;  
 Apenas reparé que el encendido  
 Carmin de sus mexillas se apagaba,  
 Y que envuelta entre sombras formidables,  
 La muerte á toda prisa la embestia;  
 ¡ Mi paternal ternura qué no haria,  
 Para hacer vano el espantoso agüero!  
 La arranqué entre mis brazos al momento  
 Del pais que la habia dado nacimiento,  
 Donde el aquilon fiero  
 La amortecía con su soplo helado,  
 Y la llevé á otro clima mas templado  
 Y mas cercano al sol; pero el sol mismo,

Cuyo influxo creí la mejorase,  
 Como si su belleza la envidiase,  
 El socorro negó tan suspirado,  
 De su benigna influencia,  
 Y la vió en el extremo parasismo,  
 Con tanta indiferencia,  
 Como ve marchitarse entre las flores  
 Del lirio y la azucena los colores.  
 ¡Lirios hermosos, blancas azucenas;  
 Bello pueblo florido,  
 Que embalsamais el campo que os da asiento,  
 Y os manteneis de néctar y ambrosía,  
 Humedeciendo alegres vuestras venas,  
 Con el dulce rocío recogido,  
 Miétras dura la noche, y con el viento  
 Fresco y suave que precede al día;  
 Y vosotras, ó rosas encarnadas,  
 Que bebeis los lucentes  
 Rayos del sol, y sois mas agraciadas  
 Que todas las bellezas, exceptuando  
 La que hace de mis ojos dos corrientes;  
 ¡Quántas veces porfiasteis, ostentando  
 Toda vuestra hermosura,  
 Porque sus blancas manos os cogiesen,  
 Y en el hermoso pecho os distinguiesen!  
 ¡Con qué gusto exhalabais,  
 Para que los gozase aquella pura  
 Inocente belleza,

Los aromas que os dió naturaleza!  
 ¡Amables fugitivas, que adornabais  
 Su mansion!—Para el hombre producidas,  
 Sencillas le alegrais los enojosos  
 Tiempos de su existencia pasagera,  
 Y como en breve acaba su carrera,  
 Tambien acabais pronto vuestras vidas;  
 ¡Mas no experimentais las dolorosos  
 Continuados pesares, la sangrienta  
 Pena que al hombre mísero atormenta!  
 ¡Tal es del hombre la funesta suerte!  
 Solo al impulso fuerte  
 De sus pasiones, goza un turbulento  
 Breve deleyte, cuyo objeto vano  
 Se ha de desvanecer tarde ó temprano,  
 Y ha de causarle bárbaro tormento.  
 ¡Tarde dixé! se ausenta mas ligero  
 Que el viento, todo objeto lisonjero.  
 ¡Y cuánto mas dolor en la mudanza  
 Siente el que está hecho siempre á la bonanza?  
 ¡Temerario mortal, deten la mano,  
 No arranques ese fruto apetecido  
 Del deleyte; obedece al soberano  
 Decreto del Señor, que lo ha prohibido  
 De este mundo á los tristes moradores!  
 A solo los del cielo es permitido.  
 Quisieras ¡ó Lorenzo! á cada instante  
 Gozar en esta tierra los sabores

Preciosos del deleyte y la alegría :  
 Desengaño bastante  
 Te presenta mi suerte desgraciada.  
 Aprende á ser juicioso á costa mia.  
 Quando estés de tu dicha mas seguro,  
 Sentirás ¡ó infeliz! el hierro duro  
 Del cruel dolor, su vengadora espada  
 En las entrañas miseras clavada.  
 Su punta, en todos tiempo homicida,  
 Con nuestro dulce gozo se ensangrienta :  
 Con la herida violenta,  
 Aun la misma esperanza da la vida.  
 ¡ Triste memoria, cesa de afligirme !  
 ¡ Huye léjos de mí, pues que no espero  
 Que cures mi dolor ! ántes mas fiero  
 Quando te ve, mis penas despertando,  
 Viene con todas ellas é embestirme.  
 ¡ Mas en vano me estoy atormentando  
 Por desecharte—Siempre estás presente  
 A mis ojos—Narcisa desgraciada !  
 ¡ Como planta reciente,  
 Antes de florecer fuiste arrancada !  
 Al tiempo que los lazos de himeneo  
 Te unian para siempre con tu amante ;  
 Quando á ámbos la fortuna sonreía :  
 Quando tu tierno corazon abría  
 Las puertas al deleyte y al deseo :  
 Quando el voto constante

De todos los mortales aclamaba  
 Tu suerte venturosa, y la envidiaba :  
 ¡ Entónces, ¡ triste ! tus cenizas cierra  
 Pobre sepulero en extrangera tierra !  
 ¡ Al golpe cruel quedé desfallecido !  
 Alcé las manos miseras al cielo,  
 Al sordo cielo, y con mortal gemido,  
 Hechos fuentes los ojos,  
 Dí mansion para siempre á tus despojos.  
 ¡ Quál fué mi desconsuelo  
 Al tiempo de esta triste despedida !  
 ¡ Quán crudo fué, pues no acabó mi vida !  
 ¡ O tierra con mis lágrimas regada :  
 Tierra fatal, de mí nunca olvidada,  
 Pues contiene el único tesoro,  
 Cuya pérdida amarga siempre lloro !  
 ¡ Tus habitantes mismos no pudieron,  
 Aunque desapiadados,  
 Dexar de acompañar mi triste llanto !  
 Ya que no consoláron mi quebranto  
 En vida, á su pesar se enternecieron  
 De la fiera tragedia lastimados,  
 Y alguna escasa lágrima vertieron.  
 ¡ Lágrimas inhumanas y forzadas  
 De unos pechos de mármol arrancadas,  
 Que á ellos mismos dexáron sorprendidos !  
 ¡ Y de qué me sirvió aquella tardía  
 Maquinal compasion, si endurecidos,

Quando Narcisa enferma vacilaba  
 Entre la vida y muerte, y yo imploraba  
 Su favor, no hallé en ellos sino fria  
 Indiferencia, y todos convenidos,  
 Mis súplicas humildes despreciáron,  
 Y su auxilio cruelmente me negáron?  
 ; O bárbara impiedad, aborrecida  
 Del Dios benigno que nos dió la vida!  
 ; Con qué furor, al ver la inconcebible  
 Crueldad del hombre, la llorosa frente  
 Al cielo alcé, pidiéndole venganza!  
 Pedí que castigase duramente  
 Aquel pueblo insensible;  
 Que probase el dolor que producía,  
 Del gozo á la desdicha la mudanza.  
 Con ojos encendidos me volvía  
 A la extrangera tierra que pisaba,  
 Y aquel suelo inhumano,  
 Con los pies irritado maltrataba.  
 ; Mi enojo no era justo por ventura!  
 El injusto es, aquel que al miserable  
 Niega el socorro. Aquella misma mano,  
 Que el cielo fabricó con admirable  
 Poder en un momento, y de luz pura  
 Vistió al sol, y los astros fácilmente,  
 Formó con mas cuidado,  
 El polvo respetable  
 Del hombre, que én el mundo dilatado.

Es la obra maestra, el ser mas excelente.  
 El Criador zeloso  
 De su hechura, castiga riguroso  
 Al que bárbaro ó necio  
 La trata con crueldad ó con desprecio.  
 Singularmente ampara al affigido  
 Qual tierno padre, y su furor se enciende  
 Contra el desconocido,  
 Que no le da la mano, ó que le ofende.  
 ; Qué crueldad tan extraña y tan horrible  
 Es esta, en el linage desdichado  
 Del hombre, que recibe su existencia  
 Del amor, que no tiene subsistencia  
 Si no ama, para el qual es imposible  
 Llegar á disfrutar ni un limitado  
 Deleyte sin amar su semejante!  
 ; Infeliz! ; solo vive un breve instante,  
 Aun para amarle, y la tirana suerte  
 Le hunde en la eterna sima de la muerte!  
 No ve en su giro la naturaleza  
 Mas raro monstruo, de mayor fiereza,  
 Que el hombre que el dolor no compadece  
 De otro hombre miserable que padece:  
 Pero qué hay que admirarse;  
 Sus mismas cariñosas expresiones  
 Suelen servir de velo á sus traiciones.  
 Si llega de su próximo á apiadarse,  
 De tal manera su soberbia ostentá,

Que siempre el mas pequeño beneficio  
 Lleva la triste marca de la afrenta,  
 Y se transforma la virtud en vicio.  
 Y si aun dando la mano  
 Al infeliz ultraja ; quán tirano  
 Será quando se venga ! ; quán terrible !  
 ; Tiembla, ó luna, de espanto !  
 ; Cubre de negro manto  
 Esa luz apacible !  
 ; Huid astros brillantes !  
 ; Ocultad entre sombras los semblantes !  
 ; No hay para el hombre azote mas seguro,  
 Mas cruel que el hombre ! Algun nublado obscuro  
 Anuncia la tormenta venidera :  
 La antigua torre en grietas dividida,  
 Amenaza con tiempo la calda :  
 Antes que rompa por la boca fiera  
 El volcan, con horrisonos bramidos,  
 Lo avisa á los vecinos no advertidos :  
 La tierra ántes de abrirse, devorarnos,  
 Lo indica con temblores repetidos :  
 El humo manifiesta el encubierto  
 Fuego devastador para libranos ;  
 No sucede esto al rayo que despide  
 El hombre cruel, que nunca descubierto,  
 Truena, brilla y abrasa juntamente.  
 Su sangriento puñal, oculto mide,  
 Y asegura con bárbara malicia,

Antes de herir, la víctima inocente,  
 Llegando á nuestra vista descuidada  
 Envuelta en sangre la primer noticia.  
 ; Será esta narracion exágerada?  
 ; Oxalá que lo fuera ! Dios que sabe  
 El interior del corazon humano,  
 Lo ha zelado, y cubierto en lo que cabe,  
 Porque se horrorizaran los vivientes,  
 Si sus senos hiciera transparentes.  
 ; Creerán acaso que un furor insano  
 Guie mi pluma, y de lo justo exceda?  
 ; Y qué hombre habrá que pueda,  
 Por mas frio ó pacífico que fuere,  
 Dexar de acalorarse, quando viere  
 Su corazon cruelmente atravesado,  
 En la parte mas tierna y mas sensible,  
 En un amigo dulcemente amado!  
 ; O injusticia visible !  
 ; O vergüenza del hombre ! Mi virtuoso  
 Filandro tuvo quien le aborreciese :  
 Hubo algun envidioso  
 Contrario, que le hiciese  
 Probar de estas verdades la amargura.  
 Yo la sentí con él.— ¡ Ay suerte dura !  
 El ya no siente, y yo al fin distraido  
 Con otro nuevo cúmulo de penas  
 Entregué las antiguas al olvido.  
 ; O Narcisa, reciente y cruel herida

De mi corazón triste : tú lo llenas  
 De dolor insufrible ! De amargura  
 Rebosa, y ningún otro sentimiento  
 Encuentra en él cabida :  
 Cada memoria tuya ahora me apura  
 Con separado y bárbaro tormento.  
 ¡ Quántos diversos males se juntáron  
 A dar fin á tu vida !\*  
 Sobre tí tan espesos se arrojáron,  
 Como suelen á nubes las langostas  
 Impelidas de un viento proceloso,  
 Caer del Egipto en las fecundas costas.  
 Cada uno de ellos, cada circunstancia,  
 Es ya en mi pecho un dardo venenoso,  
 Que me hiere, y da fin de mi constancia.  
 ¡ Si acaso en la morada del olvido,  
 ¡ O Narcisa ! mi voz llega á tu oído,  
 Repasa ahora conmigo en la memoria,

\* Sobre tu cabeza se ha juntado un enxambre de males mas numeroso, que la nube de langostas que cubrió el país bañado por el Nilo.

La memoria de la muerte de Narcisa hace retroceder los pensamientos mas alegres de la gozosa juventud, directamente al valle de los muertos, á aquel silencioso valle en que la noche descansando sobre los hados aun imperfectos, los oculta baxo de sus negras alas, y espera el día terrible que ha de terminar todas las mutaciones, fixando todas las cosas en un estado inalterable.

Los pasos de tu muerte lastimosa,  
 Las circunstancias de su amarga historia !  
 De cada una la imágen dolorosa,  
 Es un áspid cruel que me atormenta,  
 Y de mi sangre misma se apacienta.  
 ¡ Qué virtud, qué constancia nunca vista,  
 A tal furor es dable que resista ?  
 ¡ Qué esfuerzo puede hacer este afligido  
 Pecho, de tantos males oprimido ?  
 Dos torrentes de lágrimas inundan  
 Sin cesar mis mexillas,  
 De la afliccion marchitas y amarillas :  
 Quanta mas reflexiono, mas abundan  
 Sus tristes aguas : todo pensamiento  
 Las aumenta, y por mas precipitadas,  
 Que las haga correr mi sentimiento,  
 Jamas quedan sus fuentes agotadas.  
 No me consuela el llanto,  
 Antes con él se irrita  
 Mi dolor, y acrecienta mi quebranto.  
 Mi lloro en vano excita  
 La tierna compasion de mis amigos,  
 De mi dolor testigos :  
 Sus lágrimas y mias no es posible  
 Que iguallen á mi pérdida terrible.  
 A todo el universo, hija querida,  
 Haré participar de mi tristeza.  
 Haré que toda la naturaleza

Acompañe mi lira condolida.  
 Te llorará á pesar de su dureza  
 El humano linage:  
 En qualquiera región adonde lleve  
 La fama voladora  
 Tu nombre, del poniente hasta el parage  
 Donde nace la aurora,  
 Haré que con mis versos se renueve  
 Tu memoria borrada,  
 En los pechos sensibles,  
 De profundo suspiro acompañada.  
 Aun el lozano jóven divertido,  
 Dexando sus placeres en olvido  
 Algun rato, dará señas visibles  
 De compasión; pasando silencioso  
 Y pensativo, léjos del ruidoso  
 Concurso á recorrer la amarga historia  
 De tus hados fatales,  
 Y á llorar tiernamente tu memoria  
 Entre los monumentos sepulcrales.

## QUINTA NOCHE.

EL REMEDIO CONTRA EL TEMOR DE LA MUERTE.

A TI dirige, ó York, mi osada Musa,  
 De sus fúnebres cantos el sonido:  
 A su temeridad sirva de excusa,  
 Abrigarse en un pecho agradecido.  
 Aunque te hallas en medio de las suaves  
 Caricias de una próspera fortuna,  
 Y de la juventud en los verdores,  
 No te disgustan sus acentos graves,  
 Ni su triste gemido te importuna.  
 ¡O qué profundamente está arraigado  
 El temor de la muerte y sus horrores  
 En los pechos de todos los mortales!  
 Atended á mis versos con cuidado,  
 Que canto su remedio poderoso.  
 ¡Feliz aquel, que huyendo del bullicio  
 Del mundo, y sus fatales  
 Diversiones, que causan tal perjuicio  
 A los demas, prudente y desdeñoso,  
 Sus ojos cierra á los objetos vanos,  
 Que ocultan la verdad á los humanos,

Acompañe mi lira condolida.  
 Te llorará á pesar de su dureza  
 El humano linage:  
 En qualquiera región adonde lleve  
 La fama voladora  
 Tu nombre, del poniente hasta el parage  
 Donde nace la aurora,  
 Haré que con mis versos se renueve  
 Tu memoria borrada,  
 En los pechos sensibles,  
 De profundo suspiro acompañada.  
 Aun el lozano jóven divertido,  
 Dexando sus placeres en olvido  
 Algun rato, dará señas visibles  
 De compasión; pasando silencioso  
 Y pensativo, léjos del ruidoso  
 Concurso á recorrer la amarga historia  
 De tus hados fatales,  
 Y á llorar tiernamente tu memoria  
 Entre los monumentos sepulcrales.

## QUINTA NOCHE.

EL REMEDIO CONTRA EL TEMOR DE LA MUERTE.

A TI dirige, ó York, mi osada Musa,  
 De sus fúnebres cantos el sonido:  
 A su temeridad sirva de excusa,  
 Abrigarse en un pecho agradecido.  
 Aunque te hallas en medio de las suaves  
 Caricias de una próspera fortuna,  
 Y de la juventud en los verdores,  
 No te disgustan sus acentos graves,  
 Ni su triste gemido te importuna.  
 ¡O qué profundamente está arraigado  
 El temor de la muerte y sus horrores  
 En los pechos de todos los mortales!  
 Atended á mis versos con cuidado,  
 Que canto su remedio poderoso.  
 ¡Feliz aquel, que huyendo del bullicio  
 Del mundo, y sus fatales  
 Diversiones, que causan tal perjuicio  
 A los demas, prudente y desdeñoso,  
 Sus ojos cierra á los objetos vanos,  
 Que ocultan la verdad á los humanos,

Y se embosca gozoso,  
 De los cipreses en la sombra obscura,  
 O recorre la bóveda callada,  
 De sus pasados lóbrega morada,  
 Yendo de sepultura en sepultura,  
 A la luz de la muerte registrando  
 Los tristes epitafios esparcidos,  
 Y con juiciosa reflexión pasando  
 El polvo de los hombres fenecidos!  
 Este imperio extendido y tenebroso,  
 Donde la fiera muerte está sentada  
 En su trono, de ruinas circundada,  
 Es para el hombre favorable asilo,  
 Es lugar de reposo,  
 Donde ha de ir con el alma cada día,  
 A meditar tranquilo,  
 Si alcanzar quiere la sabiduría.  
 ¡Qué ayre tan saludable  
 Es para la verdad el que allí corre!  
 ¡Cuán mortal al orgullo y formidable!  
 ¡Ven.—No temas.—Entremos alma mia!  
 Conmigo toda su extension recorre:  
 Busquemos en su lóbrego y profundo  
 Retiro las verdades y el consuelo,  
 Que en vano hemos deseado por el mundo.  
 Pesemos vida y muerte, y atrevidos,  
 Quitemos á esta el velo.  
 Mirémosla sin miedo cara á cara,

Y despreciando todos sus sabidos  
 Terrores, con valor la palma rara  
 De las almas ilustres arranquemos,  
 De esos mismos sepulcros que tememos.  
 ¡Oxalá que me pague en desengaños  
 La muerte fiera los terribles daños  
 Que me ha causado, y tanto me utilice\*  
 Quanto ántes, sin piedad me hizo infelice!  
 Sígueme tú, Lorenzo, ven, leamos  
 Esa inscripcion concisa  
 De la piedra que cubre á tu Narcisca.  
 ¡Qué tratado sublime nos presenta  
 De moral, si juiciosos la miramos!  
 ¡Qué mudo, qué patético lenguaje!  
 ¡Qué es á su lado el frívolo follage

\* ¡Qué frutos podemos sacar de la muerte de nuestros amigos! Debe servir para despertarnos de nuestro letargo; desterrar nuestros terrores, humillar nuestra soberbia, y preservarnos del vicio. Contempla; oh Lorenzo! con espacio á la muerte; déxala que cobre sobre tí un ascendiente saludable; reyne en tu corazon este único pensamiento, que basta para reprimir tu loca alegría y prepararte á la verdadera felicidad. Si arreglas tu vida por él, apaciguará los movimientos sediciosos de tu corazon, y te proporcionará la conquista de una gloria inmortal. Desde este instante comenzarás á contar los dias mas dichosos. El pensamiento de la muerte es una deidad, que ademas de aconsejar al hombre la virtud, se la inspira.

Que un orador ostenta!  
 Puede de las palabras la eloqüencia  
 Movernos; ¡pero quanta diferencia  
 No ha de haber de una imágen muerta y fria,  
 A las vivas profundas impresiones,  
 Que causa en nuestro pecho,  
 Ese triste letrado ya deshecho!  
 ¡Mira el guarismo que señala el día!  
 ¡Con qué fuerza nos habla, qué lecciones  
 Visibles nos franquea!  
 Pregúntale si acaso la hermosura  
 De la temprana edad, la lozanía,  
 Y todo quanto el mundo ama y desea  
 Por mucho tiempo dura,  
 Y cuenta con la vida sosegado.  
 Apenas hallo alguna sepultura,  
 Donde no esté enterrado  
 Cuerpo mucho mas jóven que el que habito,  
 Y que á mí no me llame con voz triste.  
 ¡Y qué es lo que en el mundo solicito?  
 De quanto en él existe  
 ¡Qué es lo que me hace apetecer la vida?  
 ¡Mas qué objeto á mi vista obscurecida  
 De nuevo se presenta?  
 ¡Se abre la sepultura de Narcisa!  
 ¡La luz que brota de ella, á toda prisa  
 Las tinieblas ahuyenta!  
 ¡La augusta verdad es, que coronada

De rayos refulgentes,  
 De la estrecha morada  
 Sale hácia mí con pasos diligentes!  
 ¡Ya siento que de mi alma se apodera!  
 Cesa la lisonjera  
 Ilusion, que ofuscaba mis sentidos.  
 Disipa con sus brillos esparcidos  
 La niebla que formaban mis pasiones,  
 Y densa mi razon obscurecia.  
 A la noche sucede el claro dia.  
 ¡Qué horizonte descubro! ¡qué ignoradas  
 Y extendidas regiones!  
 ¡Qué facultades nuevas, qué noticias  
 Para mí no esperadas,  
 Vienen á enriquecer mi entendimiento,  
 Y en un mar á anegarme de delicias!  
 Veo ya lo invisible;  
 Y lo mas apartado toco y siento:  
 Distingo claramente lo futuro.  
 Ya no me engaña el mundo fementido:  
 Sus alhagos me encuentran insensible:  
 Alhagos, ¡ay! que al hombre en un apuro  
 De tristezas trastornan el sentido.  
 Los lazos que me armaba  
 El vicio, y que entre flores ocultaba,  
 Para quitarme hasta el menor rezelo,  
 Y lograr mas segura mi conquista,  
 Estan ya manifiestos á mi vista.

La escondida virtud, quitado el velo,  
 Me enseña sin rebozo su hermosara.  
 ¡O cuán veloz la vida,  
 Su carrera á mis ojos apresura!  
 Caer veo los hombres á millones  
 Como en otoño las marchitas hojas.  
 Los objetos que anhela enardecida  
 Tu ambición, ¡ó mortal! esa belleza  
 Que te hechiza; tus dulces diversiones  
 A que ciego te arrojas,  
 Son objetos tan frívolos y vanos  
 Para mí, que comparo su vileza  
 Al polvo hollado por los pies humanos.  
 La vida misma, quanto mas la miro  
 Peor me parece, y ménos la suspiro.  
 Ahora sí que saliendo de mi encanto,  
 Ya entiendo los consejos saludables,  
 Que la muerte benigna repetía  
 A mis oídos, y yo nunca atendía.  
 En lugar de causarme algun espanto  
 Sus voces formidables,  
 Sin inquietud y sin temor vivía;  
 Pero ahora ¡ay triste! me hallo traspasado  
 De quantos dardos crueles  
 Ha disparado á mis amigos fieles.  
 Quanto mas ha tardado  
 En el ayre la flecha suspendida,  
 Tanto mas ancha y honda ha hecho la herida;

¡Qué punta tiene ¡ay Dios! tan penetrante!  
 ¡Quién templará el dolor que me atormenta!  
 ¡Qué mano compasiva  
 En la llaga sangrienta  
 Un bálsamo pondrá refrigerante,  
 Y extraerá de ella la ponzoña activa  
 Del pensamiento que el dolor aviva!  
 Mas ¡qué no he de poder sin conmovirme,  
 Tener la vista en el sepulcro fija!  
 ¡Por qué he de estremecerme  
 Al pensamiento solo de la muerte,  
 Y no he de exâminarla con prolixa  
 Atención, animoso y sosegado?  
 No es aquel paso tan temible y fuerte,  
 Como lo piensa el hombre horrorizado:  
 Nuestra preocupacion nos desalienta:  
 En forjárnos patrañas ingeniosos  
 En nuestra fantasia construimos  
 Una fantasma enorme y macilenta  
 Con horrible semblante; la añadimos  
 Mil rasgos, mil visages espantosos;  
 Y al instante olvidados  
 De que es hechura nuestra, amedrentados  
 A sus pies nos postramos, qual si fuera  
 Real y existente aquella vision fiera.  
 Alzar á ella los ojos no podemos,  
 Sin que con rostro pálido temblemos.  
 La imâgen de la muerte, fabricada

Por nuestras conjeturas, casi en nada  
 Copia al dechado que imitar queremos.  
 ¡Y qué pintor hasta ahora ha conseguido  
 Dexar con rasgos fieles  
 Retratada la muerte? Este tirano  
 Jamas descansa un punto: su temido  
 Aspecto agita en nuestra débil mano  
 Los trémulos pinceles:  
 La herida fantasía lo exágera:  
 La ignorancia asustada se acelera  
 En añadir sus sombras al retrato,  
 Que espanta á la razon con su aparato.  
 Y en realidad ¿en dónde está la muerte?  
 Siempre se halla pasada ó venidera,  
 Pero presente nunca: de tal suerte  
 Que quando está en presencia ya no existe:  
 Con que nunca se ve su rostro airado.  
 Antes que abandonado  
 Por la esperanza el hombre se constriete,  
 Le falta totalmente el sentimiento;  
 Y así el golpe violento,  
 Que acaba nuestra vida recibimos,  
 Mas el dolor del golpe no sentimos.  
 ¡Por qué nuestra alma, pues, ha de afligirse,  
 Y con falsos presagios confundirse?  
 La mortaja, las fúnebres campanas;  
 La húmedad y honda huesa;  
 El azadon, la noche, los gusanos;

Que la imaginacion triste no cesa  
 De encarecernos; las fantasmas vanas  
 Que el negro invierno de la vida cria;  
 Son objetos que aterran los humanos  
 Que viven, no los muertos.  
 Esclavo de su loca fantasía;  
 Víctima de sus mismos desaciertos;  
 Forma el hombre una muerte diferente  
 De la que existe en la naturaleza,  
 Y padece mil muertes cada dia,  
 Por temer de una sola la certeza.  
 Con ánimo valiente  
 Demos de mano á toda esta aparente  
 Turba de simulacros engañosos,  
 Pues herméticamente está cerrado  
 El sepulcro, y de él nunca ha transpirado  
 Secreto alguno á los que el mundo habitan.  
 ¡Y aunque todos los rasgos espantosos,  
 Y fatales agujeros  
 De la muerte, que tal temor excitan  
 En nuestros pechos, fuesen verdaderos,  
 Por qué el anciano habia de temerla?  
 Si le volviese sabio su experiencia  
 En lugar de mostrarla resistencia,  
 No debiera al contrario apetecerla,  
 Correr alegremente á recibirla,  
 Y humillado pedirla  
 Que en sus lóbregas simas le escondiese,

Y de la cruel vejez le defendiese ?  
 ¿ Tanto atractivo tiene nuestra vida ?  
 ¿ Nunca se siente herida  
 Nuestra alma del fastidio y descontento ?  
 ¿ Nuestros cantares mismos por ventura  
 Proceden siempre de alegría pura ?  
 ¡ Ah ! Si el hombre fixase el pensamiento  
 En esa muchedumbre de enfadosos  
 Objetos que le cercan, fastidiado  
 Su corazon, al punto cederia  
 A la tristeza. ¿ Quál se afligiria  
 Desengañado de estos mentirosos  
 Bienes del mundo, al ver el arrojado  
 Impetu de los vicios ; la flaqueza,  
 De que va la virtud mas acendrada,  
 En esta vida siempre acompañada ;  
 Los errores del mismo que endereza  
 Todo su estudio á la subiduría ;  
 Mañes que se renuevan cada dia ;  
 Bienes de perfeccion destituidos,  
 Siempre al brotar cruelmente destruidos,  
 Que al huir solo nos dexan la amargura,  
 Y la pena que eternamente dura !  
 ¿ Y por qué ha de aumentarse cada instante  
 Nuestro afecto á este clima,  
 Destemplado, inconstante ;  
 A este risco, de bienes infecundo,  
 De males y de penas herizado,

Cuya encumbrada cima  
 Cercan siempre espantosas tempestades,  
 Cuya escarpada falda, da al profundo  
 Y voraz remolino, tan nombrado  
 En todas las edades,  
 Por los pronto naufragios de las vanas  
 Esperanzas humanas ?  
 ¿ Dexando á un lado aquella numerosa  
 Turba de varios y precisos males  
 Que sin cesar maltrata á los mortales,  
 Se pasa un dia solo en que á la vida  
 No le echemos en cara alguna cosa ?  
 ¿ En que el sabio no la halle,  
 Alguna nueva lacra no sabida,  
 Algun trabajo tal, que al punto falle  
 Condolido que debe despreciarse,  
 Sin merecer siquiera examinarse ?  
 Las fementidas horas nos engañan.  
 En tanto que descansan, en la obscura  
 Sima del tiempo, y no nos pertenecen,  
 Desde léjos se amañan,  
 A darnos esperanzas lisonjeras :  
 Todo lo que prometen es dulzura :  
 ¿ Infelices de aquellos que adormecen  
 Sus voces embusteras !  
 Una tras de otra, pérfidas nos venden.  
 En lugar de causarnos alegría,  
 Cada una nos añade alguna pena,

Y se huye apresurada con el día ;  
 Pero los hombres su traycion no entienden :  
 Nunca se agota la abundante vena  
 De su esperanza aunque la ven fallida :  
 Crédulos á pesar del desengaño,  
 Si salen de un error, al mismo instante  
 En otro error incurren mas extraño :  
 Aun su propia experiencia repetida,  
 Para abrirles los ojos no es bastante :  
 Dan prisa al tiempo acelerado y listo,  
 Para ver el momento que no han visto.  
 ¡ Así la falaz vida nos adula,  
 Y todas sus miserias disimula !  
 Sus secretos oculta en un profundo  
 Silencio, hasta dar fin á su carrera :  
 Solo en la hora postrera,  
 Se los confiesa al hombre moribundo.  
 ¡ Vivir siempre en el mundo ?—(a)  
 ¡ Para qué, para ver las mismas cosas  
 Que se han visto mil veces ?  
 ¡ Para oír repeticiones ó sandeces,  
 Andar y desandar el ya trillado  
 Camino; maldecir las perezosas  
 Horas que traen consigo tal enfado ;  
 Estar eternamente reducido  
 A un círculo de ideas tan ceñido ;  
 Pasar continuamente  
 A amar lo que ántes era aborrecido ;

Volver á aborrecer lo que se amaba ;  
 Desdeñar impaciente  
 Los deseos del día precedente ;  
 Bostezar en las mismas diversiones  
 Por su repeticion que nunca acaba ;  
 E implorar la desgracia en ocasiones,  
 Para huir de algun modo de la dura,  
 Triste uniformidad que nos apura,  
 Creyendo que aun la pena en este suelo,  
 Con la mudanzá nos dará consuelo ?  
 ¡ Quántas veces, al tiempo que encantados  
 Nos tiene del deleyte la viveza,  
 Asoma en nuestros pechos la tristeza,  
 Y de nuestra esperanza defraudados  
 Vamos casi á exclamar: no hay otra cosa ?  
 ¡ Quán poco duradero,  
 Quán pobre es el deleyte ! Presurosa  
 Y breve es la carrera de la vida ;  
 ¡ Aun es la del deleyte mas ceñida !  
 Nuestra edad por el círculo ligero  
 De sus dias, apenas ha rodado  
 La mitad, quando dexa ya agotado  
 El fondo de aquel gusto fino y vario,  
 Que es para los deleytes necesario.  
 Ya por probar no queda cosa alguna ;  
 Tenemos que acudir á la importuna  
 Repeticion que tanto nos fastidia ;  
 No hallamos otro gusto á lo presente,

Que el que ya hemos gozado anteriormente,  
 Que hartos casi rehusan los sentidos.  
 Nuestros primeros años con envidia,  
 Qual pródigos abuelos, malgastando  
 Los caudales crecidos  
 Del placer, disipando  
 Los tesoros del gozo á competencia,  
 A los últimos privan de su herencia :  
 Por fin acude la vejez helada  
 A colmar la medida intolerable  
 De nuestras desventajas :  
 Entónces, de la edad desubstanciada,  
 Procuramos con ansia imponderable,  
 Esprimir algun xógo, mas en vano :  
 Todas las coyunturas  
 Del infeliz anciano,  
 Estan ya secas ; muertos los sentidos,  
 Gastado el gusto : ya los muelles todos  
 De la máquina antigua, de mil modos  
 Se afloxan ; los conductos obstruidos  
 Impiden el preciso movimiento  
 De las ruedas ; no esfuerza el alimento  
 A la naturaleza ya cansada,  
 Antes le es una carga muy pesada :  
 Sufre el mas sóbrio todo el enfadoso  
 Trabajo de una gula destemplada.  
 El gozo mismo para los ancianos  
 Suele ser muchas veces peligroso :

Si en sus débiles manos,  
 Toman tal vez su copa refulgente,  
 Tiemblan que se la arranque de repente  
 De la envidiosa muerte el brazo airado.  
 La vida no es ya mas que un apurado  
 Desnudo campo que jamas produce.  
 En aquel tiempo ingrato y perezoso  
 Todo nuestro recurso se reduce,  
 Quando no nos lo impide algun penoso  
 Achaque, á hacer algunas reflexiones  
 Sobre nuestros sucesos precedentes ;  
 A añadir tales quales comentarios,  
 O ciertas sazoadas alusiones  
 A los papeles varios,  
 Y á los vanos proyectos, que imprudentes,  
 Hemos hecho en el mundo.  
 Así van los placeres desertando  
 De este suelo infecundo ;  
 Y uno tras otro el vuelo apresurando,  
 Al paso que se alejan,  
 Al triste anciano dexan  
 Solo, por detenerlos anhelando,  
 En un vasto desierto,  
 De obscuridad mas lóbrega cubierto,  
 Que la que en este instante trae consigo,  
 La noche de mis penas fiel testigo.  
 ; Dichoso el que en tal tiempo al Juez divino,  
 Pueda confiado levantar los ojos !

¡ Con qué ansia esperará el feliz momento  
 De acabar su destino,  
 De abandonar al mundo sus despojos,  
 Y á la instable fortuna el lucimiento  
 De sus falaces bienes ! ¡ Quán contento  
 Dexará en el teatro de la vida,  
 La máscara de carne consumida !  
 Este tiempo fatal es ya llegado  
 Para mí ; ya no existe  
 El mundo en que he habitado :  
 Ahora otro nuevo en su lugar subsiste,  
 En que reynan costumbres diferentes,  
 Distintos usos. Salen diligentes  
 Cómicos nuevos á ocupar la escena ;  
 El tablado se llena  
 De mozos que rebosan de alegría,  
 Y vienen de aquel puesto á desterrarme,  
 O bien á divertirse á costa mia :  
 ¡ Cómo extrañan el verme ! Yo igualmente  
 A su vista no ceso de admirarme.  
 Aun mi vecino me es desconocido,  
 Y no precisamente  
 Esto me tiene á mí tan affigido,  
 Otra es la pena cruel que más me apura,  
 ¡ De la triste vejez, pena harto dura,  
 Trabajo del que vive demasiado !  
 ¡ Mi Rey, que en otro tiempo me ha colmado  
 De caricias, me ha echado ya en olvido !

Dexemos, pues, el mundo, que hartos años,  
 Con delirios extraños,  
 Y con falsas promesas me ha vendido.  
 ¡ Pero qué es lo que digo ! ¡ Es sola acaso  
 Mi suerte la que sufre tal acaso ?  
 Ahora el mundo me olvida,  
 ¡ Mas cuánto tiempo estuve yo presente  
 A sus ojos ! Quando es muy repetida  
 La vista de un objeto, aunque excelente,  
 Cansa y fastidia, y quanto mas se empeña  
 En ser de todos visto y admirado,  
 Tanto mas de mirarle se desdenea  
 El concurso con otros ocupado.  
 Quando expongo mis penas á su oido,  
 Las escucha con ansia el cortesano :  
 Le deleyta aquel néctar delicioso  
 Del rendimiento, al Grande tan precioso.  
 Se muestra á mi dolor enternecido,  
 Y me dice apretándome la mano :  
 “ No tengo hoy tiempo, vuelva usted mañana : ”  
 ¡ Hay moda de negarse mas humana !  
 No juzgues, York, que en esto yo me aparte <sup>®</sup>  
 Del asunto que trato. No hay otra arte  
 Mejor para aliviar el excesivo  
 Temor con que á la muerte contemplamos,  
 Que el rebaxar el precio en que estimamos  
 La vida. Quanto el hombre mas esquivo  
 La mire, y con mayor indiferencia,

Tanto mas gozará de su existencia :  
 La ha de tratar, si disfrutarla quiere,  
 Como á una muger loca, antojadiza,  
 Qual suelen encontrarse á cada instante,  
 Que huye del que la sirve, y le prefiere  
 Aquel astuto amante,  
 Que con desdenes mas la tiraniza.  
 Por duplicado tiempo que tardaron  
 Los Griegos en tomar á la opulenta  
 Troya, mis fuerzas todas se obsinaron  
 Inútilmente, en conquistar favores  
 De la corte engañosa.  
 ; O quán en vano la ambicion intenta  
 Enriquecer al hombre! Sus roedores  
 Deseos, aun lo poco que he debido  
 A la suerte envidiosa,  
 Qual viento abrasador han consumido.  
 ; Y por qué desear? ; Hay otra cosa  
 Que mas nos dañe? El hombre mas robusto,  
 El que mas sano vive, y con mas gusto,  
 Si abrigare deseos en su pecho,  
 En breve, como yo, se encontrará hecho  
 Un pálido esqueleto descarnado.  
 Aunque del nuevo mundo todo el oro,  
 Y la plata formare tu tesoro,  
 Si estás de la ambicion esclavizado,  
 Si deseas, serás siempre mendígo.  
 ; Ayre suave y puro; parca mesa;

Quietud amable; sosegado sueño;  
 Dones preciosos, con que el campo amigo  
 A sus colonos de alegrar no cesa;  
 Vosotros me curasteis del beleño  
 Mortal de la ambicion, de esa penosa  
 Dolencia de la corte contagiosa!  
 Gracias eternas doy á la divina  
 Mano, que me ha sacado  
 Del mundo, y á esta choza me ha guiado.  
 Hallé en su humilde abrigo medicina,  
 Para los males que lloraba mi alma,  
 Y he recobrado ya mi antigua calma.  
 El mundo es un navío alto y pomposo,  
 Engolfado en un mar muy proceloso:  
 Le miramos con gusto,  
 Mas le abordamos con peligro y susto.  
 A una tabla abrazado,  
 De sus hinchadas olas me he salvado.  
 Ya ahora seguro, desde la ribera,  
 Oigo el estruendo de la turba fiera  
 De los hombres, confuso qual bramido  
 A lo léjos, del viento enfurecido;  
 O como en mar remoto, el incesante  
 Sordo murmullo con que calma la ira  
 De una horrible tormenta quando espira.  
 Aquí gozando de quietud constante,  
 Rumiano el tema de mi sério canto,  
 Aprendo á ver la muerte sin espanto.

Qual pastor que á la sombra recogido  
 De su abierta cabaña,  
 Sobre el corvo cayado sostenido,  
 Con el rabel sonoro el tiempo engaña,  
 Y tranquilo registra la espaciosa  
 Campiña, así tambien embebecido,  
 Sigo yo con la vista la ruidosa  
 Caza de la ambicion feroz y ardiente :  
 Miro una tropa de hombres numerosa,  
 Que corren ciega arrebatadamente,  
 De la virtud los limites saltando,  
 Las cercas de las leyes derribando ;  
 Que tan presto qual lobos carniceros  
 Siguen, devoran inhumanamente,  
 Tan pronto como astutos y ligeros  
 Zorros, con mil cautelas se libertan  
 De otros mas fieros que su rastro aciertan,  
 Y acometidos ya, ya acometiendo,  
 Se van entre sí mismos destruyendo,  
 Hasta que se atraviesa en su carrera  
 La muerte, cazador infatigable,  
 Que con ellos da pasto á su insaciable  
 Hambre, en su mas oculta madriguera.  
 ¡Y qué cosa mas vana, que cansarse  
 Por triunfos que tan presto han de acabarse?  
 La opulencia en que el rico se complace ;  
 De los héroes la gloria y las proezas ;  
 De los Monarcas mismos las grandezas ;

Tódo al fin se termina en *Aquí yacé.*  
 Un estado de penas largo y vario,  
 Y otro corto de gustos pasajeros ;  
 Forman de nuestra vida el inventario ;  
 Y el polvo que en el polvo se deshace,  
 Acaba los conceptos lisonjeros,  
 Que de este mundo y sus honores vanos,  
 Engañados hacemos los humanos.  
 Si á la posteridad mi canto llega,  
 Sabrá que hubo un varon, que aunque nacido  
 En Inglaterra, en medio de la ciega  
 Y falaz corte estuvo entretenido,  
 Mas que al fin conociendo que podia  
 Tardar aun la fortuna,  
 Y equivocar sus cuentas en un dia,  
 Su hora postrera no creyó oportuna  
 Para estas distracciones, y prudente  
 A todas dió de mano de repente,  
 Buscando en una vida retirada  
 Como acertar en su última jornada.  
 La juventud por falta de experiencia  
 De un falso resplandor á la apariencia  
 Se alucina, y así se precipita  
 En una multitud casi infinita  
 De males ; la edad sola nos instruye.  
 Al paso que va el hombre envejeciendo,  
 A disfrutar la vida va aprendiendo ;  
 Mas apenas concluye

Este importante estudio, quando abiertas  
 Ve de la muerte las horribles puertas,  
 Sin cesar oigo á la vejez clamando:  
 "Vengan aun más placeres, y mas dias,  
 Mas riquezas—" ¡A qué infeliz porfias!  
 ¡Cómo los gozarás, si aun tus sentidos  
 Se van unos tras otros apagando?  
 Muertos ellos, quedáron extinguidos  
 Los deleytes. Por mas que poseamos  
 Un objeto, jamas lo disfrutamos  
 Si la sensacion falta; vanamente  
 Del arco, con las manos afanadas,  
 Estiramos las cuerdas ya cansadas  
 Que la naturaleza diligente  
 Relaxa, ó rompe sucesivamente.  
 ¡Qué delirio! A la tarde de la vida  
 Crecen nuestros deseos sin medida,  
 Y se extienden, qual suelen dilatarse  
 Las sombras quando el sol va ya á ocultarse.  
 ¡Qué furor os arrastra, ó miserables  
 Contemporaneos míos! ¡Deplorables  
 Reliquias de lo que ántes habeis sido:  
 Tristes ruinas del hombre destruido,  
 A orilla del sepulcro titubeando:  
 Como árboles ya viejos que no pueden  
 Elevarse hácia el cielo, así infelices  
 Siempre habeis de seguir profundizando  
 Vuestras viles raices

En este suelo, hasta que secas queden;  
 Y lo habeis de abarcar con mas empeño,  
 Quando mas la vejez os muestra el ceño?  
 ¡Vuestras manos marchitas y arrugadas,  
 Han de estar siempre listas y estiradas  
 Al ayre, de ansia y de vejez temblando,  
 Para alcanzar las vanas ilusiones  
 Que en sus vastas regiones  
 Vuelan, vuestros esfuerzos evitando?  
 ¡Con qué estrechez al hombre se limita  
 Aun lo que su existencia necesita,  
 Y á qué plazo tan corto! La avarienta  
 Naturaleza lleva exâcta cuenta,  
 Aun de aquel triste polvo que ha formado  
 Su cuerpo; y por una hora le ha prestado,  
 Y sin perder instante lo recobra.  
 ¡Bástete anciano yerto  
 Haber vivido entre las tempestades,  
 Ve quando ménos á morir al puerto!  
 Ya debes conocer que estás de sobra,  
 Y huir de las humanas sociedades,  
 A esconder en un plácido retiro,  
 De tu razon la torpe decadencia,  
 De tu voluntad fria la impotencia,  
 Las ruinas de tu ser, que el largo giro  
 Del tiempo ha destruido enteramente.  
 Pronostícate á tí lo venidero;  
 Ensáyate á morir tranquilamente.

¿Por qué no acudes solo y diligente,  
 A registrar con tiempo la escarpada  
 Obscura costa de ese mar tan fiero,  
 De los locos mortales ignorada?  
 Mira que llega la hora de embarcarte,  
 Y en el inmenso piélago engolfarte.  
 Tira á enriquecer tu alma,  
 Aprovechate de esa breve calma,  
 Para cargar tu nave de un precioso  
 Tesoro de virtud, y con reposo  
 Aguarda el fresco y favorable viento,  
 Que te ha de trasladar en un momento,  
 Por medio de ese abismo dilatado,  
 A otro no visto y apartado mundo.  
 Despierto entónces, como de un profundo  
 Sueño, ¡quál quedará, cuán admirado,  
 Al ver la nueva tierra, el descuidado  
 Que aun desde léjos con el pensamiento,  
 No tomó de ella algun conocimiento!  
 Quando la mano ya desfallecida  
 Dexa caer los estambres de la vida,  
 No queda que esperar de los sentidos;  
 Ya es tiempo de cavar los escondidos  
 Rincones de nuestra alma, y sacar de ellos  
 Otros deleytes nobles y seguros,  
 De la inmortalidad claros destellos.  
 No busquemos remedio á los apuros  
 Que nos cercan en este triste suelo;

Mas allá del sepulcro, sin rezelos  
 Extendamos la vista, y ciertamente  
 Tendremos el consuelo apetecido.  
 Aquí tan solo pretender podemos  
 Aquella estimacion, que es consiguiente  
 Al crédito de sabios ya adquirido,  
 Y la tranquilidad que únicamente  
 Siendo sabios de veras lograremos.  
 Si el hombre sin sentido  
 Estas dos cosas pierde, ¡qué le queda  
 Que consolarle pueda,  
 Quando se acerque ya su último dia?  
 En llegando aquel tiempo miserable,  
 La virtud sola le hace tolerable:  
 Con ella corre lleno de alegría  
 El viejo hácia el sepulcro que le espera,  
 Y léjos de temer el brazo airado  
 De la muerte, quanto ántes ver quisiera  
 El curso de su vida terminado.  
 Solo para el delito es horrorosa  
 La muerte. De él recibe la espantosa  
 Máscara. El solo la guadaña afila,  
 Que nuestra sangre mísera destila.  
 ¡Ven, Narcisa, á ayudarme  
 Con la muerte inhumana á hacer las paces,  
 A arrancar de mi pecho los falaces  
 Bienes, que quando llegue han de dexarme!  
 Suspiro yo, que el dia

En que la voz de fúnebres campanas,  
 Añada al polvo mi ceniza fria,  
 Me halle del todo libre de las vanas  
 Aficiones que al mundo me encadenan,  
 Y casi de mí mismo me enagenan :  
 Que esté toda esta trama destruida,  
 A puro esfuerzo mio, de manera  
 Que no halle de la parca la tixera  
 Que cortar, sino el hilo de mi vida.  
 Si acaso mi razon desfalleciere,  
 Y á orillas del abismo  
 Incauta se durmiera,  
 ¡ Acude, ó sombra amada de Narcisa,  
 Con el dolor á despertarme aprisa,  
 Del breve y peligroso parasismo :  
 Ten mis ojos abiertos, de tal suerte,  
 Que distingan de léjos á la muerte !  
 No necesita ya para acabarme,  
 De un esfuerzo violento  
 O extraordinario, basta un solo aliento :  
 Ya la naturaleza ha rubricado  
 La órden de despojarme  
 De esta vida, y en manos la ha entregado  
 De la parca, que solo espera instante  
 Propio para ponermela delante.  
 Quando á mirar me vuelvo  
 La larga série de años que he vivido,  
 Y hecho ménos mil jóvenes, mas sanos

Y juiciosos que yo, que ya han concluido  
 Su mortal vida, apénas me resuelvo  
 A ereer, que á todos ellos sobrevive  
 Este cuerpo infeliz. ¡ Pero qué vanos  
 Cálculos son los que hago ? ¡ Acaso vive ?  
 ¡ Que hace sino morirse lentamente ?  
 ¡ Puede llamarse vida,  
 Sabio Mead, la mísera existencia  
 Que arrastro tristemente,  
 Y estuviera hace tiempo fenecida  
 Si no la conservaras con tu ciencia !  
 Sin un milagro de ella, yo ya hubiera  
 Visto del otro mundo la ribera ;  
 Mas ya hace tiempo que perdidas siento  
 Mis fuerzas, y el vigor del pensamiento ;  
 Se disuelve mi ser desfallecido,  
 De tanta enfermedad acometido ;  
 No hago mas que agotar las desabridas  
 Heces de los placeres que he logrado :  
 Los sentidos las puertas ya han cerrado  
 Del alma ; mi razon conforme cesa  
 De alumbrarme, da voces repetidas  
 Convidándome al polvo y á la huesa.  
 ¡ Qué, he de temer acaso  
 Ver la repeticion de aquel fracaso  
 Último, que á mis ojos he tenido  
 Durante todo el tiempo que he existido ?  
 ¡ Es para mí un fenómeno tan nuevo

Y tan raro la muerte! ? No la llevo  
 Conmigo desde el punto en que he nacido!  
 ¿Pues por qué de tal modo me estremece?  
 Al punto que esta vida saludamos,  
 A dar pasto á la muerte comenzamos:  
 El fiero monstruo con nosotros crece,  
 Hasta que entre sus manos acabamos.  
 Es una luz brillante nuestra vida,  
 Que al paso que arde queda consumida.  
 ¡ Muerte que sin piedad has devorado  
 Mi juventud, mis fuerzas has gastado,  
 Gustoso lo restante te abandono:  
 Desprecio tus clamores y tu encono!  
 ¡ Mas ¡ ay! tu voz escucho, ó soberano  
 Arbitro de la vida y de la muerte:  
 Sol inmortal de la naturaleza:  
 Dios que de las tinieblas y baxeza  
 Mayor que la del polvo y del gusano,  
 En que triste yacia, de mi suerte  
 Compadecido al mundo me sacastes,  
 Y con fecundo rayo me animastes  
 Para participar de tu alegría,  
 Y embriagarme de la luz del dia!  
 No me dió el ser tu brazo poderoso  
 Sino para que fuese venturoso.  
 ¡ Tú mismo ahora me llamas á otro mundo  
 Desconocido! Alegre te obedezco:  
 En tus manos me entrego, asegurado

De que no en vano mi esperanza fundo.  
 Sé bien de quien me fio. No apetezco  
 Vivir sino es en tí, pues en tí solo  
 Se halla la realidad. Quanto criado  
 Contiene el órbe de uno al otro polo,  
 Vida, muerte no tienen de existencia,  
 Sino una vana mísera apariencia.  
 A la vida pintamos  
 Mas bella de lo que es, y calumniamos <sup>(b)</sup>  
 Demasiado á la muerte: el sabio ajusta  
 Estas equivocadas distinciones,  
 Pesando entrambas en balanza justa.  
 Dueño de sus pasiones,  
 Sabe usar de la vida,  
 Y esperar á la muerte sin rezelo.  
 Aquí el alma escondida,  
 Baxo el espeso velo  
 De esta carne mortal, vive encerrada  
 En un sepulcro. Esclava, atormentada  
 De una lóbrega noche en los horrores  
 Rara vez logra algunos resplandores  
 De la verdad, que rompen divididos  
 La densa obscuridad de los sentidos.  
 Si la muerte sepulta  
 El cuerpo, rompe la prision oculta  
 Donde el alma gemia:  
 Las nubes á sus ojos disipando,  
 La restituye el dia

010760

Y alas, para que rápida, dexando  
 El peregrino suelo,  
 A su patria inmortal levante el vuelo.  
 A la muerte acompañan solamente  
 Imaginarios males,  
 Que la naturaleza nunca siente.  
 La vida sí que tiene otros mas reales,  
 Que el sabio mismo remediar no puede.  
 ¡ Pues qué, dirás, no tienen los mortales  
 Motivo de quejarse de la muerte?  
 ¡ Qué horribles ruinas dexa en su carrera!  
 ¡ Todo á su furia cede!  
 Fuerza, poder, quanto su vista advierte,  
 Derriba á todos lados. Los talentos,  
 Las artes, al nacer corta, y no espera  
 Que florezcan siquiera.  
 Mas vaga que los vientos,  
 Da mil vueltas al orbé en un instante  
 Sin perdonar á nadie. Si un brillante  
 Ingenio sobresale, con fatales  
 Manos, vuela á apagar los resplandores  
 De sus vivos talentos, que inmortales  
 Debieran ser para alumbrar al mundo,  
 Y á este otra vez sepulta en el profundo  
 Caos de la ignorancia y los errores.  
 La muerte no hace distincion alguna,  
 Qual la hace la fortuna.  
 Los sabios Reyes, los Conquistadores,

Son para su fiereza,  
 Con el mas vil, de igual naturaleza:  
 ¡ Mas qué son estos vanos  
 Títulos que engrandecen los humanos,  
 Sino unas distinciones que añadimos  
 A este misero barro que vestimos,  
 Y han de acabar con él precisamente?  
 Mas esta alma inmortal que poseemos,  
 A imágen de Dios mismo fabricada,  
 ¡ Quién la tiene vilmente  
 En la cárcel del cuerpo aprisionada  
 Sino esta vida cruel? No la veremos  
 Libre, hasta que la puerta tenebrosa  
 Del sepulcro, ya abierta, nos dé entrada  
 A la eterna morada  
 De la luz venturosa,  
 A los dulces vergeles encantados,  
 De mi corazon triste suspirados.  
 ¡ O muerte, en tu contienda con la vida  
 Has salido triunfante y vencedora!  
 ¡ Me doy el parabien de tu venida!  
 Mi corazon la implora:  
 La enfermedad rodeada de dolores,  
 Y la triste vejez helada y terca,  
 Tus fieros precursores  
 Me anuncian que estás cerca:  
 Todos ellos á un tiempo me arrebatan,  
 Y los nudos desatan

Que me unen á la vida. Brevemente  
 Su empresa acabarán. Ya la campana  
 Se estremece, y se apronta diligente  
 A llamar á mis tristes funerales,  
 El número harto corto de leales  
 Amigos que me quedan. Si la humana  
 Compasion tal qual lágrima previene,  
 La razon por feliz al muerto tiene,  
 Viéndole vivo y bienaventurado.  
 ;O quán gozoso dexaré á los vientos,  
 Este polvo que arrastro acongojado!  
 Ya llegará algun dia en que lo pida  
 Otra vez á los mismos elementos,  
 Y me lo volverán resplandeciente,  
 Para que unido al alma eternamente,  
 Complete mi dichosa íntegra vida.  
 Podré decir: vencí todos mis males:  
 Mis penas y dolores han cesado.  
 ;O muerte, sin tí fueran inmortales:  
 Aun la virtud sin tí vana seria,  
 Vana la pena y la desgracia mia!  
 ;Por tí de todo quedaré pagado!  
 ;Esta vida penosa,  
 Qué de gemidos me costó el lograrla!  
 ;Quánto suspiro ;ay triste! por trocarla,  
 Con otra mas dichosa,  
 Que ha de empezar con mi postrer aliento,  
 Y ha de costar tambien nuevo lamento!

Mas allá del sepulcro está situada  
 La vida verdadera  
 Jamas á este otro lado será hallada.  
 El golpe que nos da la muerte fiera,  
 Solo es para salvarnos:  
 Caemos para volver á levantarnos.  
 Ve de repente rotas sus cadenas,  
 El hombre hasta aquel punto esclavizado;  
 Queda libre: cesáron ya sus penas:  
 Se concluyéron ya sus desconsuelos:  
 Con la corona ciñe asegurado  
 Sus sienes. Se apodera de los cielos.

## NOTAS.

(a) Vivir siempre: ; para qué, para verse aquí detenido á las puertas de la vida verdadera, sin entrar jamas en ella; para estar encarcelado en las tinieblas de este mundo, sin poder ver la luz de la eternidad; para dar cuerda todos los dias á la envejecida rueda de las horas, sin que nos traygan la menor novedad? ; Son estos todos los gustos delicados de los mundanos? Si á esto se reducen, merecen entrar en sociedad con los animales, si acaso estos no son aun ménos groseros que ellos. ; A qué vileza se ven reducidos los tales hombres por falta de virtud, esto es, por falta de verdadero entendimiento, siendo así que se precian, mas que de otra cosa, de tenerlo muy despejado? A amar y á aborrecer por turno la vanidad de este mundo;

á murmurar de la vida, y sucesivamente acariciarla, siendo así que esta afeytada cortesana los trata de insensatos cada momento del día; y á alabar lo que es malo, rezeloso de encontrar lo peor; y ve aquí las causas todas de sus ímpetus de alegría. Ya es razon, ya es tiempo de que muden de escena. ¿Pero de qué medios nos hemos de valer para hacerles palpable y aborrecible el vergonzoso estado en que se hallan con tanta complacencia? Solo hay uno, pero proporcionado á todos los hombres, y este es la virtud. Esta Diosa con su maravilloso poder puebla de flores el árido peñasco de la tierra, reconcilia al hombre con la vida; y lo que aun es mas extraño, derrama la hermosura y la variedad sobre la uniformidad fastidiosa de los días, y forma una línea recta del cansado círculo de la naturaleza, para que se recorra con gusto.

Los que no conocen, ni anhelan otros deleytes que los de los sentidos, se ven precisados á pasar los días de su vida lánguida con un perpetuo fastidio. Semejantes á aquel páxaro que canta siempre sobre un mismo tono, pasan por ellos las estaciones, sin que experimenten variedad alguna. Pero otras almas mas sublimes, cuyo gusto delicado desdeña las groseras frutas que el sol madura aquí abaxo, saben variar y alegrar sus días, de manera que se ven en ellos los mudables y hermosos colores que tanto admiramos en el gracioso cuello de una paloma. El hechizo de la inocencia que reside en su corazon, se extiende á todos los objetos, y la virtud los dora con los vivos rayos de su luz. Tales almas ignoran lo que es fastidio: el objeto que termina sus deseos, no está expuesto á envejecerse. Sostenedas en sus nobles esfuerzos, por una esperanza celestial, ven á cada aurora de mas cerca la perfec-

cion y la felicidad, y se les presenta una nueva perspectiva de resplandor y gloria, que acrecienta sus fuerzas, y las anima á la virtud. Al paso que como la rueda de un carro da vueltas el círculo de la naturaleza sobre las alturas á que se han elevado, de instante en instante ven mas hermoseado su teatro. ¿Y nosotros, viles desertores de la virtud, que-remos renunciar á la felicidad que nos destina?

Es una verdad casi generalmente sabida la de que la indiferencia acerca de la dicha de la vida venidera empobrece los placeres de la actual; pero son pocos lo que en la práctica se gobiernan conforme lo requiere esta máxima. ¿Y en qué concepto debemos tener la vida presente? ¿Qué poco la conocen aun los que mas la aprecian! Ciegos en nuestras aficciones, quanto mas la amamos, la hacemos ménos amable: la ahogamos, por decirlo así, con los apretados abrazos de nuestro frenético ardor. Miramos al tiempo con la misma pasion que debiéramos mirar á la eternidad, y equivocamos este descanso pasajero con el puerto. Si consideramos la vida como último fin, no tiene el menor valor; si como medio, es de un precio inestimable. Quando limitamos á ella todos nuestros deseos, debe reputarse por nada. Este mundo no es infructuoso sino para el hombre frívolo. ¿A qué podré yo comparar el mudable aspecto de esta vida, cuyo valor incierto puede crecer y disminuir sin término? ¿O noche, tú que hasta aquí me has sido tan propicia, tu auxilio necesito para acertar en esto! La compararé, pues, á la luna, cuya esfera necesitada y opaca por sí misma, solo brilla con la agena luz que la dispensa otro orbe superior. Quando la tenebrosa tierra se interpone entre ámbos, sumergida aquella en las sombras ve su luz eclip-

sada; pero aun en el momento mismo en que está mas brillante, su resplandor no es mas que una claridad pálida y triste que desaparece á vista del inmenso mar de luminoso y vivo fuego, cuyos rayos la alumbran. La luna, la tierra y el sol tienen, pues, entre sí los mismos respetos que la vida, la culpa y la eternidad.

(b) Bien cerca está ¡oh Lorenzo! de nosotros la gloria de la eternidad. ¡Cuán delgada es la tabla que separa al hombre justo del estado de un ángel! El intervalo que los divide puede ser de un momento, de un año, ó algo mayor; pero aun quando este intervalo fuese de un siglo, no es mas que un momento para el que piensa en la eternidad. Ape- súrate, pues, á vivir en la tierra, como vivieron los que ahora ya son deidades. Sé lo que era Filandro, y pretende el cielo.

La muerte es una victoria que encadena los rabiosos males de la vida. La ambicion, la luxuria, la venganza y la avaricia, atadas á su carro triunfal, aplauden por fuerza su poder. No llamemos, pues, al dia de nuestra muerte, dia de nuestra ruina; llamémosle sí el dia de nuestra cosecha; en él la recogemos ya madura. Si al segar sus doradas espigas, la hoz afilada nos hace alguna ligera herida, un bálsamo soberano la cura inmediatamente.

¡O muerte, con qué gusto te considero! Tú eres la libertadora que rompes las cadenas del hombre, le recompensas y le coronas. Tú eres el término de todas las penas del justo. Tú produces en su corazon un gozo puro, que dura eternamente, y cuya fuente inagotable es la misma deidad. La muerte es el premio de la vida. Nos da unos bienes superiores á los que perdimos con la privacion del paraíso. La muerte, que nos parece á lo léjos,

estar rodeada de terrores, de cerca se presenta á nuestra vista como una reyna apacible. ¡Quándo moriré yo á la vanidad, al dolor y á la misma muerte? ¡Quándo moriré yo.—Para vivir sin fin?

### LA REDENCION.

¡De dónde nacen los delitos del hombre! Del olvido de la muerte. ¡Ay de mí! Demasiado tiempo la he olvidado. Ahora su idea me despedaza el corazon. ¡Cuál será la mano benéfica que cure esta herida! ¡Ah! ¡Ya la veo con alegría y remordimiento! ¡O mano divina y prodigiosa, clavada estás en los cielos!—¡Pero qué es lo que he dicho! He blasfemado. ¡Quánto no se ha baxado hácia mí, desde esos mismos cielos que ha criado! Por mi causa está ensangrentada. De sus heridas destila el bálsamo saludable y único que puede curarme. Dios omnipotente, saca del pecho de tu Hijo ese cruel acero.—¡Pero qué es lo que deseo, infeliz de mí! ¡Puedo yo acaso aguantar ese doloroso espectáculo!—¡Y puedo yo tampoco dexar de contemplarlo! Con él estan incorporadas todas las esperanzas del hombre. Aquel sagrado clavo es el que sostiene al universo desquiciado. Si no fuera por él caeríamos en el abismo: nos veríamos reducidos á entregarnos á la horrible desesperacion, y á desear que el universo hubiera pericido al instante que nació. ¡Qué mutacion espantosa! El mismo que ve los astros como un polvo agitado debaxo de su elevado trono, está ahora cubierto de tinieblas, y no tiene otra cama para descansar que el polvo de la tierra. ¡Cómo ha podido el cielo amarnos con tanto exceso? ¡O

qué largo gemido se oyó desde aquel árbol saludable! No gemia el humanado Dios sobre sí mismo, sino sobre nosotros. Cargado de nuestros delitos, llevó voluntariamente este horrible peso, para aliviar á todo un mundo oprimido baxo de él. Millares de mundos hubieran podido rescatarse por este precio. A su vista experimentáron los ángeles sensaciones nuevas, interrumpiéron sus conciertos, y quedó suspenso el sentimiento de su felicidad.

¡Oxalá me prestaran sus voces para cantar con alguna dignidad mi sublime asunto! ¡O noche, inspírame la armonía de tus esferas melodiosas! ¡Será posible que ardiendo en los escritos de los gentiles el vivo fuego del ingenio, cante yo con tono lánguido las grandezas del cristiano! No será la culpa del ingenio, sino de la insensibilidad del corazón. ¡Despiértate, pues, corazón mio! ¡Y quién podrá sacarte de tu letargo, si no te enardece la idea de un Dios, que agota su poder para hacer feliz al hombre? Engólfate en estas grandes verdades, que han disipado las profundas tinieblas de la gentilidad, y derramado sobre el universo las doradas ondas de una luz eterna. El percibir estas ondas es creer, y el creer es abrasarse en ellas.

Dios benéfico y terrible, tu amor debe hacerte temer mas; por él son tus leyes mas rigurosas, y sus infracciones mas culpables. ¡Cómo tiembla mi corazón al reflexionar en la inmensidad de tu amor! Pues que tu misericordia no tiene límites, tu justicia ha de ser inexorable. Para vindicar sus derechos, teñiste la cruz con la sangre de tu Hijo. ¡Debe el hombre alegrarse ú horrorizarse á vista del delito de sus primeros padres, que dió lugar á tal venganza y á tanto amor! La severa justicia

y la dulce misericordia se han unido, y han enlazado sus manos sobre el cúmulo de nuestros delitos. Ambas juntas sostienen el trono del excelso con todo el esplendor de la magestad. Si no se hubieran reconciliado de este modo, ó quedaba ultrajada la grandeza de Dios, ó era inevitable la ruina del hombre. Solo una inteligencia infinita hubiera podido discurrir, en esta cruel alternativa, el medio prodigioso que concilia los derechos de la Justicia divina con la felicidad del linage humano. Acto imponderable de la deidad, ¿qué nombre te darémos? Eres un prodigio igualmente inconcebible para los ángeles y para los hombres; y la Omnipotencia misma no puede hacer cesar la admiración que causas.

Todos los atributos de Dios son otras tantas perfecciones igualmente infinitas. Forman juntas una esfera llena y perfecta, cuyos radios son todos iguales. Haríamos una injuria á su divino ser, si pretendiésemos extender qualquiera de estas perfecciones á costa de la otra; si juzgásemos, por exemplo, que la misericordia considerada en sí misma es superior á la justicia: esto sería ultrajar á Dios, y despojarle de la divinidad. Un Dios que solo fuese misericordioso, sería un Dios injusto. ¡Vosotros que lo pintais con tan mentidos rasgos, en qué os fundais? ¡Os olvidais acaso que se ha pagado el rescate del hombre? ¡Qué para esto ha sido preciso apurar el inagotable tesoro de los cielos, y que le ha costado un precio imponderable? Ni los ángeles, ni todas las criaturas racionales juntas, son capaces de apreciar su valor inmenso: es un secreto escondido para siempre en el pecho del Ser supremo.

¡Y por quién se ha pagado este rescate? ¡O

exceso de amor! Por el hombre. El sol mismo no ha tenido sufrimiento para verlo. Al mirar este espectáculo no esperado, lleno de horror, retrocedió su carro, cubrió su semblante con el velo de la noche, no de la que formó naturaleza, sino de una noche, cuyo aspecto solo la estremeció á ella misma, y la llenó de espanto: de un eclipse formidable, que no fué producido por la interposicion de los planetas, sino por el ceño fiero del Criador irritado. ¡Huiste acaso, ó sol brillante, por no ver padecer á tu Hacedor, ó por evitar el espectáculo de los delitos del hombre, cuyo enorme peso dobló aquella sagrada cabeza en el madero de la cruz? Gimió el mundo conmovido desde sus cimientos, las entrañas de la tierra se despedazaron, su obscuro centro se abrió para restituir los muertos; bramaron los abismos del infierno, y cayeron lágrimas del cielo. Lloró el cielo para que el hombre se alegrase, y un Dios murió para que fuese inmortal.

¡Y alegrémos por mérito la devocion? ¡Nos es posible acaso no tenerla? ¡Qué corazon de pena no se derrite y arde en amor con tal idea? Quanto mas meditemos sobre ella, tanto mas conmovidos nos hallarémos; quanto mas la reflexionemos, tanto mas se aumentará nuestro amor y reconocimiento. La muchedumbre y la grandeza de estas maravillas sobrepuja á mis fuerzas oprimidas. Mi alma se ve, puede decirse, cautiva en medio de los beneficios que sobre ella llueven desde la cruz, y encarcelada dentro de su misma admiracion. La vida del Dios humanado es el plan que debo seguir en la mia; en su muerte veo la recompensa que tengo que esperar si sigo sus huéllas; y su Ascension sublime me presenta la mas clara

prueba de mi inmortalidad. ¡Y es cierto que ha subido á los cielos? ¡O naciones, y vosotros, O muertos, escuchad! Sí; subió con efecto á los cielos: quebrantó las puertas de la muerte. ¡Abrios puertas eternas, y dexad entrad al Rey de la gloria? ¡Quien es ese Rey de la gloria? Es el mismo que ha baxado del trono de su Magestad para venir á morir; el que ha desarmado á la muerte, á ese enemigo cruel que devoraba el linage humano; el que ha admirado á los cielos con el amor que ha manifestado al hombre, y el que se ha complacido en ver á los ángeles mismos perder el tino espantados de este incomprehensible misterio.

¡Las puertas de la muerte quebrantadas; arrancado su estímulo; derribado su trono; oído ya su último sollozo! ¡Qué hombre no delira de alegría! ¡Tierra, cielos, aplaudid, celebrad todos estos bienes acumulados sobre el hombre! en aquel momento se diéron alas á la humanidad, y remontándose desde el sepulcro, se apoderó de la inmortalidad. Ya el hombre no es el mortal, lo es la muerte; esta ha sido derribada para nunca levantarse; y el sello de la inmortalidad se ha grabado sobre el hombre. ¡O cielos tan pródigos para con nosotros, os saludo gozoso! ¡La gloria de tantos beneficios os pertenece, pero á mí me vale una felicidad infinita!

¡Pero adóntle me lleva descaminado mi alegría? ¡Ay de mí! Si soy inmortal para padecer tormentos, ¡tengo motivo de gloriarme de mi inmortalidad! Sí; me glorio de ella, aunque cubierto de delitos. Por estos ha muerto un Dios, no por la inocencia: el delito solo ha podido justificar su muerte; pero tambien es necesario que su muerte

justifique el delito á los ojos del cielo piadoso. Si cansado de mis maldades las expio por medio de un sincero arrepentimiento, Dios escribe en los cielos mi nombre con la sagrada punta de aquella fiero lanza que atravesó su costado, se tiñó de sangre, y abrió en aquella herida una fuente en donde el linage humano cobrase fuerzas y valor para combatir contra el vicio. Esta idea sola ¡O Yorek! basta para desterrar el temor de la muerte del corazón del hombre.

¡Qué admiración no nos causará el recorrer los milagros de la Bondad divina! ¡No doy un paso sin pasarme! ¡Perdonar una ofensa infinita! ¡Yo soy un rebelde cercado de sus rayos, y no lo soy yo solo: todo el universo se ha sublevado contra Dios: todo el linage humano está armado para combatirle: no hay un solo hombre que esté exceptuado del delito, y con todo viene á morir por el mas ínfimo de los pecadores! El rescate del mas infame de estos es el que le causa mayor alegría, como si el linage humano ocupara el lugar mas elevado en el órden de los seres, ó la grandeza de Dios hubiese de aumentar, á proporcion de su beneficencia para con nosotros.

Altérense, abrásense todos los corazones en llamas de agradecimiento. ¡Que escala prodigiosa de milagros! Su mas baxo escalon toca en los cielos, y su alta extremidad va á perderse mas allá de los alcances del pensamiento humano y angélico. ¡Oxalá llegue yo á subir por ella cantando alabanzas dignas del Ser eterno! ¡O alabanza, si admiración te dexa libertad para extenderte, corre de mi pecho para siempre inflamada y nunca interrumpida! ¡Elévese tu incienso hasta los cielos, y esparza un olor mas agradable que pudieran todos los aromas de la Arabia ardiendo á un tiempo!

Vuelve, alma mia, hácia el primero, hácia el mas digno objeto de tu amor, á quien en otro tiempo no asociabas rivales viles: vuelve hácia aquel poder primitivo, á quien cantan sin cesar los celestiales Tronos, y ante cuyo acatamiento se postran confundidos los ángeles. Dios excelso, quando los cielos no tienen otra ocupacion que la de celebrar tu gloria, ¡solo el hombre te ha de negar sus rendimientos! ¡Antes falte me vida, que tus alabanzas de mi boca! ¡O Rey eterno, cuán incomprensibles son tu grandeza, tu sabiduría y tu bondad! Los diamantes y el oro reluciente escondido en las entrañas de la tierra, del mismo modo que el magestuoso resplandor de las estrellas, son en tu presencia despreciable y obscuro cieno. Seria inútil que yo pidiese á esos sublimes astros que rodean tu trono y se alimentan de tu luz, que me prestasen la armonía de sus celestiales voces; los impetus mas sublimes que pudiesen inspirarme, jamas llegarían á la dignidad de los acentos que es necesaria para cantarte.

Me he engañado: entre todas las criaturas, solo al hombre pertenece celebrarte. Los ángeles no hallan en el cielo un beneficio igual al que enriquece la tierra. Nobles hijos de la luz, ciudadanos de las llanuras etéreas, ¡quereis ver la gloria de vuestro Dios? Mirad al hombre. La redencion es una segunda creacion mas sublime que la primera. Costó dolores al cielo el darla á luz. ¡Qué digo! La redencion costó al cielo agonías mortales. Temeridad sería el creer una verdad tan extraña, si no fuera mas temerario error el dudarla.

Parémonos aquí, y pesemos esta maravilla. Si la muerte llegó á introducirse en el cielo, ¡qué sucedió en la tierra para que fuese la causa de esta

introduccion? ¡O! cuán grande es el hombre mirado por este respecto! ¡Qué equilibrado está su origen con su conversion en polvo! ¡Cuánto se ha disminuido el vasto intervalo que le separaba de los cielos! ¡Cuánto se ha acercado á los ángeles! ¡Quién puede ya distinguirle de ellos? ¡Con qué resplandor brilla este hijo del cielo, criado dos veces por él, á pesar de las tinieblas de la culpa y de la materia! ¡Ha de dexar perder el doble derecho que tiene á aquella herencia divina, y lo ha de sacrificar á la locura? La sangrienta cruz ha prometido al hombre quanto puede desear, y le ha jurado su perdon para siempre. ¡Qué podrá negarle el que ha dado su vida por él?

¡Reconoce, ó hombre, tú grandeza! Solo tú mismo te juzgas vil; los ángeles admiran tu dignidad, que así desprecias. Degenerado mortal, ¿es posible que estando siempre abierto á tus ojos el libro de la naturaleza, te desdienes de leerle? ¡Quántas maravillas descubrirías en él con solas las débiles luces de tu razon! La naturaleza toda no es mas que un vasto comentario que aclara tu nobleza, cuyas pruebas compuestas por el cielo fuéron publicadas sobre la cruz. ¡Qué hombre puede examinarse, sin juzgarse una deidad terrestre, participante de la divinidad superior, y de su inmortal vida? ¡El Dios que murió derramaria acaso su sangre por un vil insecto. La idea de la eternidad enciende en mi pecho una llama desconocida que le hace olvidar el mundo, ó por mejor decir, gozar de otro infinitamente mas precioso. ¡Qué nuevo mundo, qué delicioso Eden se descubre á mi vista! ¡Qué regiones desconocidas y extrangeras para el sol que aquí nos alumbrá atravessaré arrebatado de alegría!

¡Qué diferencia habrá entónces de los ángeles á los hombres? ¡Qué son estos en este mundo sino unos ángeles poco inferiores á los otros, pero cargados del peso de la materia que han de arrastrar consigo durante las pocas horas que atraviesen este valle cenagoso, y trepan por la resbaladiza cuesta de los últimos grados de la creacion? Los ángeles tuvieron ántes su tiempo de merecer, y los hombres lo tienen ahora: estos estan alistados sobre la tierra para acudir dentro de poco adonde Dios los llame, y juntarse baxo del resplandiente estandarte desplegado en los cielos. Los ángeles, nuestros hermanos celestiales, no se olvidan de los hombres sus aliados, ántes sí los cuidan y los defienden. El Arcangel Miguel combatió por nosotros: Rafael cantó nuestros triunfos: Gabriel nos traxo las órdenes del Excelso: ¡y tú, ¡ó hombre! aliado de estos sublimes espiritus, no te avergonzarás de igualarte á los brutos insensibles, y de confundirte con ellos?

¡O Religion, tú eres el alma de la felicidad, como lo es la tuya el doloroso calvario! Sobre él resplandecen las verdades mas sublimes: todo lo que hay en él violenta al alma; pero con una violencia suave que excluye la fuerza y la necesidad. ¡Qué otro espectáculo puede mover mas nuestro amor y nuestro temor? Dios lloró allí, y sus lágrimas apagaron al sol—suspiró.—Su suspiro estremeció los cimientos del mundo. Si tan terrible es quando se muestra amoroso, ¡quánto no lo será quando se manifieste airado? ¡Podrán mis ruegos suspender la venganza de tu ternura ultrajada? Dios infinito, mi todo, mi universo, mi luz en las tinieblas, mi vida en la muerte, mi gloria en el tiempo, mi corona y mi dicha en la eternidad—¡La

eternidad es demasiado corta para alabarte; para sondear la profundidad de tu amor hácia el hombre —hácia el último de los hombres—hácia mí mismo! ; O Dios, víctima mía! ; Qué título! ; Qué eres, pues? ; Cómo he de llamarte?

Tú que salvaste al hombre, sácale de la hoguera ardiente de las pasiones que le consumen, y apaga su fuego con raudales de tu sangre. ; Cómo te complaces en acumular sobre nosotros tus beneficios: en oprimirnos baxo del peso del agradecimiento para contigo; en favorecernos y en confundirnos; en acercar y apartar de nosotros el objeto de nuestras esperanzas; en elevarnos por medio de tu amor, y en dexar que volvamos á caer en la languidez y el desmayo! Tan grandes son tus beneficios que nos precisan á ser ingratos—Aun nuestros mas sublimes cantos te ultrajarian; pero es tal tu bondad, que solos los débiles esfuerzos de nuestra voluntad, una sencilla intencion, bastan para agradarte. Confiado en ella entiero para siempre baxo de este pobre monumento, consagrado á tus alabanzas, los miedos y terrores de la muerte. El himno mas gustoso para el cielo es el cantar la vida futura.

La devocion fria no puede llamarse devocion: si se inflama entónces, los ángeles corresponden con sus conciertos á los esfuerzos del corazon del hombre.—;Quándo lograré yo ser admitido á ellos! ; O muerte de mi Dios, tú eres la que me has dado derecho á los cielos! Vida futura, término último de lo pasado y lo presente, ; cuándo penetraré yo dentro de tu glorioso santuario para adorar en él al Criador? ; Quándo me veré yo con mis hermanos, con los espíritus celestiales, cerca del trono de nuestro comun Padre? Cierito estoy de que puedo

llamarle Padre: él mismo me lo ha mandado: quando escucha á su Hijo que intercede por mí, y me mira por las aberturas de sus heridas, quiere que le dé este tierno nombre. Esta es la razon que obliga al cristiano á estar siempre alegre: casi es una impiedad en el hombre justo el estar triste.

; Ves ; O Lorenzo! el fin de nuestras esperanzas? Tocando la cruz recibimos la vida. Este milagro es mayor que el que dió cuerpo y forma á la nada, y resplandor á las tinieblas. Es una prerogativa del hombre reservada para él solo. Esta maravilla domina en la larga cadena de milagros, que desde el nacimiento del mundo se sujetó por un cabo al cielo, como á un punto fijo, desde el qual sostiene el conjunto brillante de la naturaleza, y todo el plan de las obras que han manifestado la gloria del Criador. La cruz dotada de un poder celestial, apenas toca nuestra alma quando la cura de sus males; separa de la culpa el castigo que iba unido con ella; enciende á la obscuridad misma de la muerte la luz de la inmortalidad, y hace de la tierra un cielo.

Quando vuelva al mundo el Dios humanado que murió por nosotros, ; qué distinto vendrá de como entónces vino! ; En donde estará entónces el *Hombre de dolores*? Vendrá como un Dios terrible, rodeado de todo el resplandor y de toda la magestad de su gloria, y seguido de innumerables legiones de espíritus que le acompañarán en triunfo.

; Se resiste acaso tu imaginacion á adoptar esta idea? ; Vienen algunas dudas tenebrosas á interponerse entre este suceso y la palabra de Dios que lo asegura? Pues para curarte de ellas no tienes que ir á hojear los volúmenes de la ciencia humana. Lee la naturaleza, siempre amiga de la verdad, y

Verás como predica el cristianismo al linage humano, y manda aun á la materia que venga á dar socorro á nuestra fe. ¿Has visto alguna vez el inflamado vuelo del cometa? Este ilustre extranjero quando pasa cerca de nosotros esparce el terror entre las naciones, que atentas y espantadas admiran el volúmen inmenso de su cola luminosa. Caminando por su vasta órbita se pierde en las profundidades del éter, toca en su carrera innumerables soles, y despues de haber viajado durante algunos siglos por los espacios infinitos, vuelve otra vez á visitar la tierra. Pues así volverá tambien al mundo, quando llegue el tiempo señalado en su período, el que da la luz al cometa, y á su vuelta saldremos triunfantes del sepulcro.

Y si la naturaleza solo se contenta con inspirarnos en voz baxa una esperanza conjetural é incierta, la fe nos habla en el tono mas alto, y nos anuncia claramente esta importante verdad. Los incrédulos pudieran oírlo, pero se tapan los oídos, y vuelven á esconderse en las tinieblas. La fe construye un puente sobre el abismo de la muerte; abre la comunicacion entre el mundo presente y el futuro; y nos hace llegar sin peligro á la ribera opuesta. Los terrores de la muerte interponen un muro impenetrable entre el hombre y la paz; pero la fe lo derriba, desarma la destruccion, y absuelve al sepulcro inocente de nuestros mal fundados testimonios.

¿Por qué? O Lorenzo! te habías de negar á creer? ¿Dirás acaso que la razon te hace dudar? Tan partidario soy como tú de la razon: mi corazon es discípulo suyo. Sin ella no seria capaz de tener fe. La fe la conduce como por la mano hasta la verdadera luz, y la razon persuadida con su vista, defiende con el mayor empeño la realidad de la fe:

así se sostienen mutuamente, de manera que si nuestra fe no es perfecta, ha de estar depravada la razon, y si esta está enteramente sana, no tardará la otra en manifestarle su luz. Cree, pues, y goza los placeres de una deidad. Cree, y manifiesta que eres racional. Cree, y fixa la vista sosegada y triunfante en el sepulcro. La fe no puede morir, sino de las heridas de la razon. La razon que muere y se apaga, aumenta todos los horrores de la muerte, envenena y hace mucho mas mortales sus flechas.

Infiere de esto, qué honores y qué gracias se deben dar á aquellos que nos privan del antídoto saludable de la fe: que se precian de ser los amigos de la razon y del hombre, y que no nos dan otra prueba de ello, que la de dar la muerte á nuestra felicidad, mostrándonos sin cesar el espantoso abismo de la nada abierto á nuestros ojos, y pronto á devorarnos totalmente. Estos filósofos soberbios, para envilecer la razon, hacen de ella un ídolo, y la matan para divinizarla, como antiguamente se hacia la apoteosis de los Monarcas despues de haberlos asesinado. Tales son los detestables laureles con que estos filósofos coronan sus frentes. Al paso que amor de la verdad retumba en sus embusteras bocas, corre su soberbia una espesa cortina para ocultar la claridad del día; convierten su limitada razon en espíritu filosófico; y triunfando al escaso resplandor de esta obscura luz, quieren persuadirnos que es el verdadero sol que nos ha de alumbrar, y claman para que nos postremos y la adoremos como á nuestra deidad.

¿O Dios benéfico! ensangrentado por tu mismo amor, ¿que se atrevan tales hombres á hablar de moral! Tú si que has creado un nuevo moral para

el linage humano. Moral que todo se reduce á amarte. Sin este amor, aunque fuesen tan sabios como Sócrates, de cuyo nombre injustamente se revisten, no serian mas que los primeros entre los locos modernos.

El nombre de cristiano es el nombre mas sublime que el hombre puede apropiarse: con todo hay mortales tan infames, que borran de sus frentes la feliz y augusta insignia de la cruz, como si fuera una mancha impura que los deshonrase. Si alguna vez tiemblan los ángeles, es sin duda al ver este horrible desacato. Quando el hombre ha llegado á tal extremo de audacia y de depravacion, se apartan de él, y casi renuncian á la ocupacion de asistirle, y abandonan á aquel infeliz como á un desesperado, llenos de admiracion y espanto, no ménos que de tristeza.

## SEXTA NOCHE.

### EL OLVIDO DE LA MUERTE.

Como el rocío que de gozo llora  
 El verde campo al saludar la aurora,  
 Eras tú, mi Narcisa, fresca y pura;  
 Mas como aquel no dura  
 Sino hasta que aparece el sol ardiente,  
 Tambien tú de la vida en la mañana,  
 Pronta volaste de la tierra al cielo:  
 Tu padre mismo acude diligente,  
 Con la cabeza despoblada y cana,  
 Qual discípulo á oír tus instrucciones.  
 En medio de mi horrible desconsuelo,  
 ¡Qué patéticas y útiles lecciones  
 Tu juventud me ofrece y tu temprana  
 Muerte! Los muchos años han nevado  
 Mi cabeza, mas no la han agoviado.  
 A las agenas muertes atendiendo,  
 La llevo siempre erguida y altanera,  
 Y no reparo que la muerte fiera,  
 Está á mis pies mi sepultura abriendo.

el linage humano. Moral que todo se reduce á amarte. Sin este amor, aunque fuesen tan sabios como Sócrates, de cuyo nombre injustamente se revisten, no serian mas que los primeros entre los locos modernos.

El nombre de cristiano es el nombre mas sublime que el hombre puede apropiarse: con todo hay mortales tan infames, que borran de sus frentes la feliz y augusta insignia de la cruz, como si fuera una mancha impura que los deshonrase. Si alguna vez tiemblan los ángeles, es sin duda al ver este horrible desacato. Quando el hombre ha llegado á tal extremo de audacia y de depravacion, se apartan de él, y casi renuncian á la ocupacion de asistirle, y abandonan á aquel infeliz como á un desesperado, llenos de admiracion y espanto, no ménos que de tristeza.

## SEXTA NOCHE.

### EL OLVIDO DE LA MUERTE.

Como el rocío que de gozo llora  
 El verde campo al saludar la aurora,  
 Eras tú, mi Narcisa, fresca y pura;  
 Mas como aquel no dura  
 Sino hasta que aparece el sol ardiente,  
 Tambien tú de la vida en la mañana,  
 Pronta volaste de la tierra al cielo:  
 Tu padre mismo acude diligente,  
 Con la cabeza despoblada y cana,  
 Qual discípulo á oír tus instrucciones.  
 En medio de mi horrible desconsuelo,  
 ¡Qué patéticas y útiles lecciones  
 Tu juventud me ofrece y tu temprana  
 Muerte! Los muchos años han nevado  
 Mi cabeza, mas no la han agoviado.  
 A las agenas muertes atendiendo,  
 La llevo siempre erguida y altanera,  
 Y no reparo que la muerte fiera,  
 Está á mis pies mi sepultura abriendo.

¡Cuántas debilidades vergonzosas  
 Ve qualquier jóven en su padre anciano!  
 ¡Hay cosa mas ridícula y mas rara,  
 Qué un viejo sesenton lleno de errores  
 Y costumbres viciosas,  
 Que de la juventud censura afano  
 Las faltas, y en un átomo repara?  
 La segunda niñez que los verdores  
 De la vida termina,  
 Excede en imprudencia  
 A la que da principio á su existencia.  
 Quando helada vejez el cuerpo inclina  
 Del hombre, y ya de fuerzas agotado,  
 Aunque quiera no puede ser vicioso,  
 Contra el vicio predica fervoroso.  
 De agradar desahuciado,  
 Y á dexar los deleytes precisado,  
 Quiere instruir, y con semblante austero,  
 Las faltas leves del mancebo apura,  
 Sin mirar que este burla placentero,  
 En su triste censor cargado de años,  
 Otros defectos mucho mas extraños,  
 Con que á la vejez misma desfigura. (a)  
 ¡Qué hechizo causa que el espectro vano  
 De un siglo venga siempre á interponerse  
 Entre el caduco anciano,  
 Y la muerte á su puerta ya sentada?  
 De este monstruo tras de una otra aldabada:

La oye el viejo: se turba, á estremecerse  
 Llega.—Mas pronto, el miedo despidiendo,  
 Concilia el sueño con el mismo estruendo.  
 Colocados en esta infeliz tierra,  
 Como en un campo de incesante guerra,  
 De sangrientos cadáveres rodeados,  
 Sobre ellos vemos caer á todos lados,  
 Cada instante millares de vivientes,  
 De la batalla víctimas recientes.  
 Del nublado de dardos homicida;  
 Por milagro libramos nuestra vida.  
 Muchas veces tambien á herirnos llega  
 Alguno en el calor de la refriga;  
 Mas para lisonjearnos somos tales,  
 Que con el cruel acero atravesado,  
 Y el cuerpo en viva sangre matizado,  
 Nos tenemos aun por inmortales.  
 Sobre el tronco mas seco cada dia,  
 La esperanza marchita reverdece.  
 Nacidos en el siglo que fenece,  
 Esperamos ver otro todavía. (R)  
 Como en reloj del todo descompuesto  
 La aguja y la campana van discordes,  
 Así vemos al hombre siempre opuesto  
 De la naturaleza á la medida,  
 En la cuenta que lleva de su vida.  
 Jamas estan acordes:  
 Quando ella media noche en dar se afana,

Suele él contar las seis de la mañana.  
 Muestran sin fruto la arrugada frente  
 Nuestros contemporáneos: vanamente  
 Este veraz espejo nós avisa,  
 Que el tiempo arruina con la misma prisa  
 Y crueldad nuestra vida que la agena;  
 Léjos de darnos pena,  
 A mirarlo curiosos acudimos,  
 Mas en él nuestra imágen no advertimos.  
 ; Con qué extraña frialdad observa el hombre  
 Los rápidos progresos que la muerte  
 Va haciendo en su vecino!  
 Léjos de que se asombre,  
 Al ver que de su cuerpo ha conquistado  
 Ya la mitad, y que á otro asalto fuerte  
 Dará fin á su mísero destino,  
 Exclama sosegado:  
 " Vaya que ese buen viejo  
 No tiene mas que huesos y pellejo:  
 Su fin no puede estar muy apartado."  
 ; Y el nuestro sí? Quando quizás tenemos  
 Mas años, y mas ages padecemos.  
 Así cada uno en evitar se amaña  
 De su muerte la vista dolorosa.  
 Así nuestro amor propio nos engaña.  
 Al paso que dilata la carrera  
 De esta vida enfadosa,  
 El hombre se la apropia qual si fuera

Su dueño; le parece que prescribe  
 Contra el sepulcro á proporcion que vive;  
 Mas quando de un amigo moribundo  
 Las crueles agonías presenciarnos,  
 Y sumergidos en dolor profundo,  
 Fixos en él los ojos, sustentamos  
 Su lánguida cabeza,  
 O sus frios sudores enxugamos;  
 Al ver que oprime una mortal torpeza  
 Todas sus facultades y sentidos,  
 Y de su luz vital los resplandores  
 Quedan á toda prisa oscurecidos.  
 ; Con qué espanto contamos los momentos  
 De la inhumana muerte precursores!  
 Cada hora, al dar nos dexa macilentos,  
 Temiendo en todas ver venir la fiera  
 Parca á cortar su trama lastimera.  
 Entónces cesa el agradable encanto  
 Que tiene nuestra vista fascinada;  
 Una lóbrega nube, levantada  
 Por nuestro justo espanto,  
 Oculta á nuestros ojos presurosa  
 La perspectiva bella y engañosa  
 Del mundo, y vuelve en luto su alegría.  
 Se hielan las pasiones en que ardia  
 El corazon: suspéndese la guerra  
 De sus deseos, que el altivo vuelo  
 Abaten desmayados á la tierra:

La suerte del amigo lamentamos,  
 Y de la nuestra míseros temblamos:  
 Aumenta nuestro horrible desconsuelo,  
 El discurrir que en breve, como actores,  
 La tragedia cruel repetiremos,  
 De que allí somos solo espectadores.  
 Los ojos del enfermo finalmente,  
 De mortales vapores empañados,  
 Se encuentran con los nuestros; recogemos  
 Sus últimas miradas triste mente,  
 Y nuestros corazones traspasados  
 Del dolor, se enternecen de tal suerte,  
 Que como en blanda cera,  
 Graba en ellos la muerte  
 Todos los rasgos de su imagen fiera,  
 Y hace que á pesar nuestro nos volvamos  
 A mirar la postrera  
 Morada adonde siempre caminamos.  
 Pero aunque demos por algun momento  
 Libertad al ansioso pensamiento,  
 Para que á nuestro amigo fenecido  
 Siga á la mansion triste del olvido;  
 ¡ Quán presto esta licencia recogemos!  
 Con igual brevedad borrada vemos  
 La imagen dolorosa,  
 Que grabó en nuestro pecho aquella escena,  
 Que las letras escritas en la arena  
 Morible de una playa procelosa.

Aun no llega á enxugarse  
 El llanto, quando ya la dulce risa  
 A los labios se asoma á toda prisa,  
 Y la loca alegría nuevamente  
 Vuelve del corazon á apoderarse.  
 Para el amigo tierno brevemente  
 Nos volvemos tan duros, tan helados,  
 Qual puede serlo el mármol insensible  
 En que estan sus despojos encerrados,  
 Y tirando á destruir en lo posible,  
 Todo vestigio de su amarga historia,  
 Que el cariño haya impreso en la memoria,  
 Olvidamos del todo su existencia,  
 O quedamos con tanta indiferencia  
 Para él, como el estúpido ganado  
 Que paze sobre el triste monumento  
 En que está sepultado,  
 Y esparce sus cenizas por el viento. (b)  
 ¡ O decrépitos viejos, que conmigo  
 A la locura alegre aun dais abrigo,  
 Sordos á la voz fúnebre que clama  
 Del fondo del sepulcro, si la llama  
 Viva del rayo, el espantoso trueno  
 De la muerte que os priva del amigo,  
 No altera ese semblante tan sereno,  
 Volved la vista hácia vosotros mismos  
 Sepulcros vivos, y leed temblando:  
 " Tu vida está por puntos acabando!"

Y tú ¡joven Lorenzo! que te ries  
 De mi temor, ¡no ves que en los abismos  
 Hunde la muerte al mozo mas lozano,  
 Como el mas débil y caduco anciano?  
 A todos hiera. Nunca de ella fies.  
 Con los ojos y oídos siempre atentos,  
 Observa sus menores movimientos.  
 Sin cesar vela intrépido y armado.  
 Jamas sobre la lanza reclinado,  
 Te espongas á que doble la pereza  
 Del lisonjero sueño tu cabeza,  
 Y ese enemigo fiero y advertido,  
 Te embista quando estás desprevenido.  
 ¡Quántos duermen cubiertos en el dia  
 Con el humilde polvo de la tierra,  
 Que quando el año próximo corria,  
 En su teatro brillante,  
 Hicieron el papel mas importante!  
 Bien que la húmeda huesa lo encierra,  
 De su nombre el sonido,  
 Aun se oye entre los hombres repetido.  
 ¡Qué es lo que te asegura de la muerte?  
 ¡Ha hécho contigo treguas, te ha ofrecido  
 Mas respeto tenerte,  
 Que á tantos que en tu edad ha destruido?  
 ¡Acaso ya de víctimas saciada  
 Ha suspendido la sangrienta espada?  
 Aun brilla, aun brilla en su robusta mano,

Amenazando al mas robusto y sano.  
 No ménos fácilmente  
 Caerán este año que el antecedente,  
 El hombre de la vida,  
 Y la hoja de la rama dividida,  
 ¡Pero cómo podemos olvidarnos  
 De que somos mortales?  
 ¡Para desengañarnos  
 De este error lisonjero  
 Es menester acaso dedicarnos  
 A leer las inscripciones sepulcrales?  
 El objeto mas bello y placentero  
 De esta vida á los ojos nos presenta  
 La imágen de la muerte macilenta,  
 Con sus mismos primores disfrazada.  
 Todo nos habla de ella, y su figura  
 Cada instante variada,  
 Baxo otras tantas formas nos apura.  
 Las artes mismas, si hermosear pretenden  
 Nuestras casas, en ellas la suspenden.  
 Las paredes del quarto en que habitamos,  
 De muertos adornamos,  
 A los que han dado vida los pinceles,  
 O han retratado en mármol los cinceles.  
 El hombre envanecido,  
 De una serie de abuelos ilustrada,  
 Recorre sus retratos uno á uno:  
 Coloca al punto aquella prolongada

Fila de hombres sacados del olvido,  
 En lugar distinguido y oportuno,  
 Para poderla ver continuamente :  
 Ellos, como otros tantos lisonjeros,  
 De su antigua nobleza pregoneros,  
 Su vanidad adulan dulcemente:  
 De los vivos colores engañado,  
 Juzga que es un adorno primoroso  
 Que á su palacio da nueva alegría.  
 No ve el ciego infeliz, quan enlutado  
 Pone su cuarto con el silencioso  
 Pueblo de muertos de que está rodeado,  
 Que su retrato aumentará algun día.  
 Nuestros mismos teatros y recreos  
 La idea de la muerte nos despiertan.  
 Melpomene con voz sonora y triste,  
 Para que los que viven se diviertan,  
 Conmueve los callados mausoleos :  
 Las cenizas dispersas incorpora  
 De los héroes antiguos : los reviste  
 De nuevo cuerpo y vida,  
 Y sus desgracias tiernamente llora.  
 Entre tanto la turba entretenida  
 De mirones, tranquilos escuchamos,  
 Qual si fuéramos todos inmortales,  
 Los sucesos fatales  
 De las personas que á la vista ofrece.  
 Si su trágica suerte lamentamos,

Un acto generoso nos parece,  
 Y en nuestra propia suerte no pensamos.  
 ¿Y qué es el mundo mismo  
 Sino un vasto sepulcro y triste abismo,  
 De todos los vivientes paradero?  
 Sin sus despojos, este suelo fiero  
 Y estéril no produce. Lo fecunda  
 La destruccion. Si gozan los sentidos  
 Algun deleyte, nace de la inmunda  
 Substancia de los cuerpos destruidos.  
 El hombre y el gusano  
 De cadáveres solo se apacientan.  
 Entre las partes que del polvo avientan  
 Los ayres, ó que cubren nuestra esfera,  
 Ni una hay que no haya sido de antemano  
 Parte del cuerpo de uno ó mas vivientes.  
 Labra el arado lento en su carrera  
 Los despojos de nuestros ascendientes :  
 Con el duro azadon los destrozamos,  
 Y en las doradas mieses los segamos :  
 Vueltos en pan nos sirven de alimento :  
 Lo mismo son en sí los frutos todos,  
 Que el paladar recrean de mil modos.  
 Así la exterior tierra que hace asiento  
 Sobre el globo y su esfera fertiliza,  
 No es mas que la ceniza  
 De sus desventurados moradores.  
 Nosotros insensibles reozamos

Sobre sus ruinas, y con gran sosiego  
 Al expedito baylarin miramos,  
 Que hace con pies ligeros mil primores,  
 Sobre escombros de pueblos destruidos.  
 Quando con alas de invisible fuego  
 Vuela el alma que ve ya divididos  
 Los lazos de esta vida, y abandona  
 A su destino el cuerpo desdichado;  
 El sol extrae de él con su templado  
 Calor lo mas sutil, y proporciona  
 A la tierra lo que á ella pertenece;  
 Cobra el agua lo líquido, y el viento  
 Juega con lo demas. Todo elemento  
 Con despojos del hombre se enriquece;  
 Y la naturaleza dilatada  
 De las ruinas del hombre está poblada.  
 ¡Méno en el humano pensamiento,  
 La muerte en todas partes halla entrada!  
 Y no es mortal el hombre solamente,  
 Lo son todas sus obras igualmente.  
 Muere segunda vez quando se acaba  
 Su estatua ó su retrato, que le daba  
 Cierta especie de vida: desfigura  
 El tiempo hasta su propia sepultura:  
 Aun el mas vasto imperio no subsiste.  
 ¡Qué se hicieron los Griegos y Romanos?  
 Sus nombres ya no son sino ecos vanos,  
 Y la mitad de la sabiduría

Nuestra en leer consiste,  
 Entre las pocas ruinas que hasta el día  
 Se han conservado su epitafio triste.  
 ¡O muerte, el pensamiento poderoso  
 Abre á mis ojos repentinamente  
 Las puertas de tu imperio tenebroso,  
 Adonde nunca el resplandor luciente  
 Del sol, ni de astro alguno ha penetrado!  
 ¡Tiendo la vista ansiosa, y exâmino  
 Sus lôbregas cavernas, sus inmensos  
 Abismos! ¡Quánto cetro arrinconado  
 Descubro! ¡Quánto Rey, que á los inciensos  
 Hecho de la lisonja, su destino  
 Terminó entre las ruinas de su Estado!  
 ¡Sus mismos mausoleos que creyeron  
 Inmortales, como ellos perecieron!  
 ¡Qué muchedumbre de artes é invenciones  
 Raras, hácia mí viene apresurada  
 De laurel ya marchito coronada!  
 ¡Qué de sabias naciones!  
 ¡Qué de célebres siglos se aparecen  
 Delante de mis ojos, y se ofrecen  
 A dar pasto á mis tristes reflexiones!  
 Sus imágenes vanas se aceleran,  
 Y unas á otras se empujan, qual si fueran  
 Olas de un vasto mar amontonadas.  
 ¡O cómo hierben las generaciones  
 Que arrastran en sus ondas agitadas!

¡Melancólicas pasan á mi lado  
 Las sombras de los muertos mas famosos!  
 ¡Su gesto da á entender, que discurriendo  
 Van de su antigua gloria, y repitiendo  
 Quan vana fué y lo poco que han durado  
 Sus triunfos engañosos!  
 ¡Todos dan al pasar una mirada  
 De dolor compasivo, acompañada  
 De un suspiro profundo,  
 A los grandes y sabios de este mundo!  
 ¡Pero ay Dios! ¡Y qué espectro desmedido  
 Hacia mí á paso lento va llegando!  
 ¡Cuál crece á cada instante, dilatando  
 Sin fin su mole inmensa! ¡Qué figura  
 Tan extraña! ¡Ya llena el extendido  
 Espacio de los ayres con su anchura!  
 ¡Mi fantasía cede fatigada!  
 ¡Pára mi sangre del terror helada!  
 ¡Es un entero mundo fenecido,  
 Cuya sombra á mis ojos se presenta!  
 ¡De cenagosas ovas coronado,  
 Tristemente apoyado  
 Sobre su urna, lamenta  
 La destruccion de todas sus regiones,  
 Y sus generaciones  
 En un diluvio horrible sumergidas!  
 Gimiendo anuncia al mundo venidero,  
 Que han de ser consumidas

Todas las suyas en incendia fiero:  
 Mas no halla asenso en el linage humano:  
 Como Casandra profetiza en vano.  
 El agua y fuego son los elementos,  
 Que de Dios ofendido, á la venganza  
 Sirven regularmente de instrumentos.  
 Para este fin los tiene recludos,  
 A pesar de su bárbara pujanza,  
 Y en prisiones distintas divididos.  
 Ambos desde ellas, sin cesar bramando,  
 Se estan el uno al otro amenazando.  
 Quando Dios ve que la hambre, peste y guerra  
 No remedian las culpas de la tierra,  
 Por turno abre las puertas de diamante  
 De sus antros profundos;  
 Desde el pie de su trono en el instante,  
 Rugiendo como horrible torbellino,  
 A devastar el orbe furibundos,  
 Rápidos precipitan su camino.  
 Ya la verdad me llama:  
 Oygo su voz augusta y temerosa:  
 Su fuerza me arrebata: la grandeza  
 Del asunto mi helado pecho inflama.  
 A media noche, á la hora silenciosa,<sup>(c)</sup>  
 En que el orbe entregado á la torpeza  
 Del sueño mas profundo, se recrea  
 En gustosos delirios, y se emplea  
 En disfrutar placeres, que varia

Y finge su fecunda fantasía,  
 Saldrá de las tinieblas la terrible  
 Última escena repentinamente,  
 Qual del herido acero  
 Salta la chispa ardiente ;  
 Con tanta prontitud como la horrible  
 Llama que sale del cañon guerrero ;  
 A una seña de Dios los formidables  
 Hijos del fuego, todos sa apresuran  
 A salir de sus cuevas escondidas.  
 Con truenos espantables  
 Rompen sus almacenes reservados  
 Las tempestades, y en la tierra apuran,  
 En apretadas lluvias encendidas  
 Sus rayos : de cometas abrasados  
 Se puebla el ayre ; en rápidos torrentes  
 Corre el fuego ; las cumbres eminentes  
 De los montes se encienden : ya la llama  
 La dilatada superficie inflama  
 De las tierras y mares, de manera  
 Que hace un vasto volcan de nuestra esfera ;  
 Ni las enormes rocas que subsisten  
 Desde que empezó el mundo, se resisten  
 Al voraz fuego, forman derretidas,  
 Vastas corrientes de ondas encendidas,  
 La llama á todas partes alza el vuelo,  
 Prende en los astros y se abraza el cielo.  
 El ángel destruidor, rápidamente

Recorre el universo en el ardiente  
 Carro veloz, que al paso que camina,  
 Todo quanto halla quema y extermina.  
 El hombre se despierta horrorizado,  
 Y se halla un día eterno comenzado.  
 La admiracion embarga sus sentidos,  
 Hasta el mas alto punto ; de repente  
 Ve llegada la gloria, y á su lado  
 El terror, cuyos tristes coloridos,  
 Contrastan en el quadro al refulgente  
 Resplandor que acompaña á la primera.  
 Truena el abismo, y con feroz bramido.  
 Por sus negras cavernas repetido,  
 Rompe, revienta, y por la boca fiera  
 Vomita un mar inmenso de azufradas  
 Olas de fuego, oculto á los humanos  
 En sus eternas simas ignoradas.  
 A devorar se apronta, y con insanos  
 Rugidos, de pedir ni un punto cesa,  
 Que se le dé la destinada presa.  
 En esto hácia los términos lejanos  
 Que el vasto éter comprende,  
 Yeo que magestuoso  
 Un nuevo cielo, puro y rutilante  
 Se despliega y se extiende  
 A las plantas del Todopoderoso,  
 El mismo Señor es, el que distante  
 Reconozco que viene acompañado

De innumerable coro  
 De ángeles; uno con las alas de oro  
 Le precede, barriendo  
 El polvo de los astros, que porfiado,  
 Va el fuego á toda prisa disolviendo.  
 Aun hace esfuerzos la naturaleza  
 Con las mortales ansias combatiendo.  
 ¡ Oyela dar el último gemido!  
 ¡ Dónde estamos Lorenza! La fiereza  
 De ese diluvo ardiente ha derretido  
 La tierra, y en su centro se ha sumido.  
 ¡ En dónde ¡ ay tristes! nos esconderemos  
 Del divino furor, adónde huiremos?  
 Para este grande día salió el mundo  
 Del caos tenebroso,  
 Y el hombre del terreno cenagoso  
 De este globo infecundo.  
 Desaparece á vista de esta idea  
 Todo deseo frívolo y terreno;  
 Toda ilusión falaz que lisonjea  
 Nuestras pasiones, cesa. El hombre lleno  
 De temor, abandona sin tardanza  
 Esta tierra, á que estaba tan asido,  
 Y á echar la mano al cielo se abalanza.  
 ¡ Cómo será posible que dé oído  
 Desde hoy á ningún otro pensamiento?  
 Me parece que tengo aquella escena  
 Delante de los ojos; que ya siento

Temblar la tierra toda conmovida;  
 Y que de vena en vena  
 Hiela el temor mi sangre detenida.  
 Ya del éter rasgado el azul velo,  
 Mil aladas legiones  
 De espíritus gloriosos hácia el suelo  
 Se precipitan del remoto cielo,  
 Cuyas vastas regiones  
 Dexan desiertas: el Omnipotente  
 Juez descubro ó lo léjos, asentado  
 Sobre un trono de fuego reluciente.  
 A sus pies está abierto el reservado  
 Volúmen, que contiene los procesos  
 De los predestinados y precitos:  
 Los méritos en él se ven escritos,  
 Como desnudos todos los excesos.  
 De él salen vivos rayos de invisible  
 Luz, que penetra el pensamiento mismo,  
 Y su último secreto hace visible.  
 ¡ Mas qué ángel es aquel fiero y disforme,  
 Que del profundo centro del abismo,  
 Cargado de cadenas va saliendo,  
 Los cielos y la tierra maldiciendo?  
 ¡ Contra Dios alza la cabeza enorme!  
 ¡ Aun conserva su frente ennegrecida  
 Los hondos surcos con que el rayo ardiente  
 La señaló en su rápida caída!  
 En su ira reconozco el insolente

Enemigo de Dios, el implacable  
 Perseguidor del hombre miserable.  
 Viene á oír para siempre su sentencia.  
 ¡ Con rabiosa impaciencia,  
 Revuelve á todos lados  
 Al oír la los ojos espantosos,  
 Que parecen meteoros inflamados.  
 Dentro de dos nublados tenebrosos !  
 Blasfema al mismo Dios, cuyo terrible  
 Poder toda su audacia desalienta :  
 Juzga caer de nuevo, y hace cuenta  
 Que entónces da principio al insufrible  
 Infierno, y que sus fuegos acrecienta.  
 El tiempo, de los rayos despojado  
 De aquella gran lumbrera,  
 Que su dorado carro precediendo  
 Daba luz á su rápida carrera,  
 Ahora con paso incierto, gobernado  
 Del resplandor escaso y moribundo,  
 Que aun dura, del horrendo  
 Incendio de los astros y del mundo,  
 Léntamente camina.  
 Con voz terrible llama el numeroso  
 Esquadron de sus hijos olvidados :  
 Hierve con repentina  
 Mutacion el terreno polvoroso :  
 Salen de los sepulcros abrasados,  
 Con nueva vida las generaciones

Todas llenas de espanto :  
 Sordo al amargo llanto  
 De aquellos aterrados esquadrones,  
 En un solo rebaño los congrega,  
 Y así á la eternidad se los entrega.  
 Sola esta reyna; si ántes parecía,  
 La eternidad un sueño á los mortales,  
 Todo al contrario es sueño en aquel dia  
 A no ser ella. Ondeán sus fatales  
 Banderas por el viento,  
 Qual funestos cometas :  
 Hinchadas por el ayre sus trompetas,  
 Dan sonido mas fuerte y espantoso,  
 Que el mar bramando á impulso del violento  
 Soplo del húmedo austro tempestuoso.  
 Los hombres á millones acudiendo,  
 Se juntan en el puesto señalado  
 Para el acto tremendo,  
 En que de las escenas que han pasado,  
 Ha de quedar el nudo desatado.  
 ¡ Qué campo tan inmenso se previene !  
 Apénas basta á tanta muchedumbre.  
 En su ámbito contiene  
 Todos los hombres que del sol la lumbr  
 Gozaron en el curso numeroso  
 De los siglos, que llenos de impaciencia  
 La conclusion esperan  
 De aquel acto solemne y misterioso,

Y hasta oír en silencio perseveran.  
 Ya el tiempo se pasó de la clemencia:  
 Todo será extremado: irrevocable—  
 Dios se levanta del excelso asiento:  
 Pronuncia la sentencia formidable:  
 Dexa su gloria y la virtud vengadas.  
 La eternidad con rostro inexorable,  
 Al punto con un solo movimiento  
 De su vista separa en dos manadas  
 Todo el rebaño del linage humano:  
 A cada una señala con la mano,  
 Y abre á un tiempo su eterno paradero:  
 Arroja su invencible brazo fiero  
 Los malos al abismo tenebroso,  
 Cierra sus puertas, y la enorme llave  
 Sobre los tristes vuelve, á quienes cabe  
 Aquel destino infausto y horroroso:  
 Abandonan la amable luz gimiendo,  
 Y de una en otra sima van cayendo:  
 Repiten aquel fúnebre gemido  
 Las bóvedas del reino del olvido.  
 ;O quan distintas voces se perciben  
 Hacia el remoto y claro firmamento,  
 Angeles á millones que reviven  
 De sus cenizas llenan de contento  
 El universo todo, y hacia el cielo  
 Resplandecientes vuelan desde el suelo!  
 ;Qué cantos de alegría

Por el éter resuenan! Ni aquel día  
 Que dió principio á todo lo criado  
 Fué con tales aplausos celebrado.  
 Ya Dios muestra sin velo su semblante.  
 El resplandor brillante  
 De aquella luz divina,  
 Las venturosas almas ilumina  
 De repente, y aplauden admiradas  
 Del Criador las obras consumadas.  
 Brilla el mundo moral, sin que le quede  
 Obscuridad alguna, que les vede  
 Ver de todas sus partes una á una  
 La connexion exácta y oportuna,  
 Y todo el plan de gloria coronado.  
 ;Ya la celestial corte ha comenzado  
 Sus eternos conciertos!—; Y qué suerte  
 Me cabrá? ; Libre acaso de la muerte  
 Cantaré entre los otros inmortales  
 De la dicha los cánticos triunfales?

## NOTAS.

(a) El olvido de la muerte es el error capital de los ancianos. ; Léjos de mí semejante error! Deben ya contarse por muertos los que se dexan ocupar de él. Sus almas estan ya enterradas, y el

mundo es su sepulcro. La gloria de la vejez consiste en desear la muerte. Este deseo es un elogio de la vida pasada, garante de la felicidad venidera. Debieramos pronosticarnos á nosotros mismos nuestra futura suerte. Este seria el mejor medio de quitar á la muerte su amargura. Pensemos muchas veces en ella para aprender á no temerla. El alma, que huye de pensar en la muerte, está rodeada de tinieblas mas profundas que las de la media noche. Dormida en brazos de este error lisonjero á orilla de un precipicio, caerá en él primer impulso del viento.

¿Querrás saber ; O Lorenzo ! por qué me obstino en repetirte tanto el nombre de la muerte ? Escucha : es que este pensamiento es una fuerte palanca que levanta al hombre del polvo, y le hace tener derecho. Este pensamiento llena la profundidad del abismo infernal, y nos facilita una baxada mas suave para el sepulcro. ¿Qué corazon de carne se atreverá á zumbarse y jugar con la formidable eternidad, á arriesgarla al vuelco de un dado, y á no tomar interes alguno en la alternativa de dos suertes extremadas por todos títulos é irrevocables ? Cada momento que llega á nosotros cierra el sepulcro que el momento precedente tenia ya abierto.

No hay encanto que no pierda sus colores engañosos á la luz de la muerte. La sabiduría mundana se inmota en su presencia, y se eclipsan todos sus falsos atractivos. Esta vana sabiduría es muy pródiga en prometer. No cesa de levantar planes para lo futuro ; pero los delinea sobre unas hojas tan ligeras como las de la Sibila : al menor soplo se esparcen por los ayres : ¿ cuánto se distingue de ella la verdadera sabiduría ! Aquella, como la luna

en menguante, disminuye cada día, y por grados se apaga : esta al contrario, como el mismo planeta en creciente, aumenta cada dia en tamaño y resplandor. Quando la sabiduría mundana tarda en nacer, acaba brevemente su carrera : concluye en cortísimo tiempo su papel insensato, y apenas dice la última palabra y entra en el sepulcro, quando la muerte la quita la máscara, y denuncia al Excelso su locura. La verdadera sabiduría al contrario, nos conduce triunfantes al cielo.

(b) La muerte de nuestros amigos se precipita sobre nosotros como una nube, cuyos húmedos vapores apagan el fuego de nuestras pasiones, y amortiguan el falso resplandor de la vida, que ciega aun al mismo sabio. Nuestros amigos moribundos son unos gastadores que allanan la escarpada cuesta de la muerte, quebrantan las barreras del miedo y horror con que la naturaleza le ha embarazado, y convierten el sepulcro en un abrigo seguro contra las tempestades. Son tambien diputados enviados por el cielo para darnos los mas saludables consejos. Para bien nuestro padecen aquellos desmayos y agonias. ¿ Y hemos de desperdiciar nosotros los frutos que podemos sacar de sus dolores y su muerte ! ¿ Hemos de contristarlos con nuestra ingratitude, despreciando las tiernas instancias con que convidan nuestros corazones á la virtud ?

¿ Por qué nos priva el cielo de nuestros amigos ? No es ciertamente por venganza, es por piedad : es para atar al corazon del hombre con los lazos del cariño el pensamiento de la muerte, que la indolencia ó la depravacion de la razon dexan perder con tanto descuido ; pero aunque se unan la razon y la ternura, no tienen fuerzas suficientes para destruir los hechizos del mundo. Advierte como se acerca

realmente á tí la hora irrevocable, al paso que está tan léjos de tu pensamiento. Empleamos toda la vida en olvidarla, quando lo debiéramos hacer en meditar su importancia. ¡Acaso la muerte, que está amenazando continuamente en nuestra puerta, la muerte, la única cosa que sea real é importante para el hombre, es algun huésped de confianza, del qual podamos decir sin prevenirnos para recibirle: *Venga quando se le antoje?* En efecto, á pesar de nuestra ciega imprudencia que cada dia se esfuerza en apresurar su venida á pesar de la multitud de precursores que continuamente nos la anuncian, jamas dexa de sorprendernos. ¡Y qual es la causa de tan extraño descuido? Los cielos miran al hombre; y al verle obrar de este modo se llenan de admiracion. ¡Estan por ventura tan apretados los deleytes de la vida, que no halle lugar para introducirse entre ellos un solo instante de inquietud y temor, ó es por el contrario tanta la muchedumbre de sus inquietudes y afaes, que no pueda romper por ellos el pensamiento de la muerte para llegar al alma?

Viejos insensatos, estais sentados y rodeados de una multitud de libros. Os perdeis en el laberinto de una ciencia inútil, que no es mas que una pomposa ignorancia. ¡Quereis ser mas sabios que los que mas se precian de serlo? Pues aprended lo que os importa saber. La vida ordinaria os presenta un vasto campo en donde podreis coger la única ciencia necesaria. La entrada es fácil, y el suelo no está erizado de espinas. No desecheis con desden las verdades triviales que el libro de la naturaleza y de la experiencia exponen en todas partes á vuestra vista. Los frutos que podreis sacar de ellas son frutos inmortales. No continueis en descaminaros

por las obscuridades de un estudio inútil y abstracto. Por hacer famosos vuestros nombres os alimentais de una vanidad que os envilece, y vuestra virtud disminuye á medida que se extiende vuestra reputacion. Vuestra ciencia, como la luna, no da mas que una claridad sin fuerza y sin calor, y vuestro corazon metido entre frias especulaciones está siempre helado. ¡Despertaos, pues, observadores curiosos, que deseais saberlo todo, excepto lo que os interesa!

(c) ¡En dónde estan ahora los que hicieron el año pasado los primeros papeles sobre el teatro del mundo! ¡Qué se ha hecho de su ceño altivo! ¡En qué han parado sus coturnos y su penacho! Los espectáculos mas alegres de la vida nos hablan de la muerte con el estilo mas florido. Nuestros teatros nos representan la imágen del bordado paño que cubre un féretro. Nos recuerdan la muerte, como las guirnaldas de flores suspendidas sobre un sepulcro. Como osados bandoleros que desentierran los tesoros mas escondidos, registramos y revolvemos la tierra de los sepulcros, para encontrar materiales que sirvan á nuestros placeres. ¡Será posible que arrastremos siempre como el torpe gusano sobre las sepulturas, sin pensar en nuestra propia fragilidad, y en la última suerte que se nos acerca!

¡Y sabes ¡O Lorenzo! qual es esta suerte en que ha de parar el hombre! Ha de perecer la naturaleza; pero el hombre ha de renacer. Los farsantes de la tierra varían continuamente sobre su superficie las escenas pasajeras, y hacen gemir el universo baxo el peso de sus delitos. ¡Y cómo gemirá el universo quando se vea inundado por un

miga, que destruía todas sus producciones, espira con él.

Empieza á reynar la eternidad. ¡Soberana respetable y ultrajada, quan justo es tu resentimiento contra el linage humano! ¡Quántas veces llamas-tes á las puertas de nuestros corazones! ¡Quán-tas veces te valistes de la voz de Dios para des-pear al hombre? Y este siempre te desechó, como una importuna imaginación, como un sueño desagradable, al paso que insensato acogía con amor á sus mas infames enemigos. Pues véate ahora el miserable abrir tus puertas millares de veces mas espaciosas, que la distancia que se ex-tiende desde el Indo al Polo helado.

## SEPTIMA NOCHE.

### EL CARACTER DE LA MUERTE.

¡QUAN feroz es la muerte, y cuán extraña!  
 ¡Si á lo ménos su bárbara guadaña  
 En los ancianos solo ensangrentase,  
 O en aquellos mortales desdichados,  
 De miseria y tristeza devorados—  
 Si puntual á seguir se sujetase  
 De la naturaleza el curso lento,  
 Sin preceder qual suele su carrera,  
 Mas rápida que el viento—  
 Si esperase que fuera  
 Del tiempo poco á poco consumido  
 Nuestro cuerpo, y al paso que cayese  
 Por sí mismo á cenizas reducido,  
 Al lóbrego sepulcro lo barriese!—  
 ¡Mas ay suerte infeliz! ¡Su mano impía  
 A él nos arrastra á veces,  
 Llenos de robustez y lozanía!  
 ¡Enemigo sangriento,  
 Si es un bien nuestra vida, te enfureces  
 Y la cortas! ¡La alargas si es tormento!

nuevo diluvio, y no por un diluvio de agua como el anterior!

Sobre el mundo se elevará un firmamento harto diferente del que el hombre hasta ahora ha visto ó puede haber imaginado. Estará sembrado de estrellas animadas como el actual de estrellas materiales. ¡Qué sol tan distinto lo alumbrará! ¡Cuán poco se parecerá este sol entónces á quando estaba oculto en Belen! ¡Qué diferencia habrá de este Dios humanado al que gemia en el calvario! Con todo, ¡es el mismo hombre de dolores! Pero ¡quán mudado está! ¡Qué pompa precede á su terrible magestad! Todo el cielo le acompaña. Los ángeles le siguen triunfantes. Este suceso ¡O Lorenzo! aunque ha de ser el último en el curso de la naturaleza, debe ser el primero en el pensamiento del sabio. Este pensamiento es el único que puede moverme: solo él es capaz de despertar al hombre por adormecido que esté, y de arrancarnos de los brazos de la muerte por mas que nos tenga asidos. Si no quieres sumergirte para siempre, busca, miéntras tienes proporcion, un apoyo mas firme que la tierra. Quando el justo se turbe y se confunda, ¡en dónde hallará abrigo el culpado? Para aquel dia de terror, de sentencia irrevocable y de desesperacion, baxó la Eternidad, que jamas habia salido del cielo, á visitar al hombre, pasajero y miserable. ¡Y acaso este dia está aun remoto! No: ¡ya ha comenzado en tu interior!—La conciencia, comisionada por Dios para juzgarte, está ya en su tribunal, y te adelanta la sentencia. ¡Y solo el hombre ha de ser insensible á la decision de aquel dia tremendo que ha de determinar su perpetua suerte? Si fuera prudente, este seria el principio y fin de todos sus pensamientos. ¡Cer-

ará siempre los ojos á un espectáculo que se lleva la atencion de los ángeles, y aun de su celestial Monarca? Los ángeles formando brillantes círculos, que se elevan proporcionalmente unos sobre otros segun sus clases, á manera de un anfiteatro, rodean el parage destinado al espantoso y final juicio; y tienen la vista clavada en los hombres, interesándose en su suerte. Por el hombre mismo se prepara el Excelso á vengar su gloria. Todas las criaturas le suplican á voces que manifieste á los ojos de los mortales el mundo moral, y que aumente el resplandor de la naturaleza renovándola.

Este dia está siempre presente á mi pensamiento. ¡Pero cuándo llegará! Ni los ángeles saben decírmelo. No pueden adivinar el fatal momento escondido á todas las criaturas, y cubierto con una nube impenetrable. Pero ello es cierto que se acerca. El parage que para él está destinado es ménos difícil de adivinar. Dia horrible, que has de terminar las esperanzas y los temores del hombre, que has de hacer patentes todos los corazones, y fixar nuestros destinos, que has de acabar y comenzar todo, dime, ¡en dónde estás! No te encuentro, ni en el tiempo, ni en la eternidad. Estos dos Monarcas, uno de lo pasado, y otro de lo venidero, vienen á encontrarse en tí como en el confin de sus dos imperios, para tratar y determinar de qué modo han de unir todas sus respectivas fuerzas, á fin de aumentar la grandeza, y servir á la ira de aquel Señor supremo, de quien ámbos han recibido el poder que tienen. El tiempo al punto como un Rey despuesto, se desdenea de vivir. Se hiere con el filo de su guadaña, y su reynado, que habia comenzado con el universo, acaba con él; pero no fallece solo: la muerte, su implacable ene-

miga, que destruía todas sus producciones, espira con él.

Empieza á reynar la eternidad. ¡Soberana respetable y ultrajada, quan justo es tu resentimiento contra el linage humano! ¡Quántas veces llamas-tes á las puertas de nuestros corazones! ¡Quán-tas veces te valistes de la voz de Dios para des-pear al hombre? Y este siempre te desechó, como una importuna imaginación, como un sueño desagradable, al paso que insensato acogia con amor á sus mas infames enemigos. Pues véate ahora el miserable abrir tus puertas millares de veces mas espaciosas, que la distancia que se ex-tiende desde el Indo al Polo helado.

## SEPTIMA NOCHE.

### EL CARACTER DE LA MUERTE.

¡QUAN feroz es la muerte, y cuán extraña!  
 ¡Si á lo ménos su bárbara guadaña  
 En los ancianos solo ensangrentase,  
 O en aquellos mortales desdichados,  
 De miseria y tristeza devorados—  
 Si puntual á seguir se sujetase  
 De la naturaleza el curso lento,  
 Sin preceder qual suele su carrera,  
 Mas rápida que el viento—  
 Si esperase que fuera  
 Del tiempo poco á poco consumido  
 Nuestro cuerpo, y al paso que cayese  
 Por sí mismo á cenizas reducido,  
 Al lóbrego sepulcro lo barriese!—  
 ¡Mas ay suerte infeliz! ¡Su mano impía  
 A él nos arrastra á veces,  
 Llenos de robustez y lozanía!  
 ¡Enemigo sangriento,  
 Si es un bien nuestra vida, te enfureces  
 Y la cortas! ¡La alargas si es tormento!

;Te complaces en ver que sobreviva  
 El pobre al poderoso,  
 Y el hombre desgraciado al que es dichoso!  
 ;Quántas veces la mano compasiva  
 Del hombre delicado y enfermizo,  
 Cuya vida consumes lentamente,  
 Cose al jóven robusto la mortaja!  
 ;Y quántas tu capricho antojadizo,  
 De tal modo baraja  
 Nuestras vidas, que llora amargamente  
 El decrepito anciano la temprana  
 Pérdida de su nieto, sepultado  
 En la edad mas lozana,  
 Sobre su triste túmulo inclinado!  
 ;Yo con mis propias manos he cavado  
 El tuyo! ; O mi Narcisa!  
 ;Te he puesto en él quando con dulce risa  
 Apuntaba en tu edad la primavera!  
 ; Mas para qué renuevo la penosa  
 Cuenta de tu brevisima carrera!  
 ;Larga fué, pues viviste virtuosa!  
 No el astro que gobierna diligente  
 El año: la virtud es la medida  
 Puntual de lo que dura nuestra vida.  
 Sin ella, aunque de edad un siglo cuente,  
 Muere jóven el hombre: así borremos  
 De la gradaba fecha de qualquiera  
 Epitafio, los años malgastados

Que á la virtud no han sido delicados;  
 Contarlos en la vida no debemos,  
 Pues es falso que el hombre los viviera.  
 Al paso que se apaga  
 La virtud en su pecho, va creciendo  
 En él la hambre de honores y riquezas,  
 Que insaciable lo está siempre royendo,  
 Por mas esfuerzos que haga  
 Para aplacarla. ; Miseros mortales,  
 Qué poco conoceis las ligerezas,  
 Los juegos desleales,  
 Con que esa diosa, que llamais Fortuna,  
 Se entretiene, y os hace  
 Delirar tantas veces! Su semblante  
 Pérfido, es mas mudable que la luna.  
 Alegre se complace  
 En engañar y atormentar al triste,  
 Que da en la necedad de ser su amante.  
 Al paso que él insiste  
 En seguirla, se le huye como el viento.  
 ; Qué exemplos de este loco embaimiento  
 Me presenta tanto hombre, que cansado  
 La sigue sin mudar jamas de intento,  
 Por mas que de ella sea desdeñado!  
 ; Y qué triste espectáculo me ofrecen  
 Los pocos que sus dones favorecen!  
 Mueve la impia deidad las alas de oro,  
 Que en el ayre agitadas resplandecen,

Y abre el rico tesoro;  
 Encarga al ciego acaso que divida  
 Sus envidiados dones;  
 Acuden los mortales á millones  
 Con los brazos abiertos, extendida  
 La mano á ver si pueden alcanzarlos,  
 Y si no, unos á otros arrancarlos.  
 Mira quando estos dones caen en tierra,  
 Con quanta furia cada qual se aferra  
 Del que los coge. El mas enamorado,  
 No hace allí cuenta del objeto amado,  
 Sino de su interes. El padre oprime  
 Enfurecido al hijo. El tierno amigo,  
 Por el amigo maltratado gime.  
 Tiran como á enemigo,  
 A todo el que hace estorbo á su codicia.  
 ¡Quánta es su astucia, quánta es su malicia,  
 Para rastrear la presa deseada!  
 ¡Qué audacia para hacerse dueños de ella,  
 En hallando ocasion acomodada!  
 Ninguna reflexion les hace mella.  
 La honradez y justicia, en vano oponen  
 De sus sagradas leyes la barrera,  
 La saltan sin escrúpulo, y posponen  
 Todo á su ardiente empeño: se acelera  
 La turba, por el rastro persiguiendo  
 Bienes, puestos, honores, dignidades,  
 Que á toda prisa se le van huyendo.

Alguno alcanza; los demas rendidos  
 De la fatiga y las adversidades,  
 Caen aquí y allá desfallecidos.  
 Uno mismo es en todos el ardiente  
 Deseo, mas la suerte es diferente.  
 El uno por correr mas impetuoso  
 De lo que es menester, del codiciado  
 Término pasa: el otro mas pesado  
 Viene á perderlo, quando ya gozoso  
 Casi llega á cogerlo.  
 Algunos que han llegado á poseerlo,  
 Su dicha aplauden, quando repentino  
 Como precipitado torbellino,  
 Un reves sobreviene, que traslada  
 Las riquezas que tienen en la mano  
 A un mísero, que al ver la inesperada  
 Felicidad, pasmado pierde el tino.  
 ¡Ay de ellos si llegaron á pegarse  
 Sus corazones con amor insano  
 A aquellos falsos bienes, de manera  
 Que no puedan volver á separarse  
 Sin hacerse pedazos! Mas ceguera  
 Es aun la del avaro, que hechizado  
 Del interes, de sí mismo olvidado  
 Guarda escondido é intacto su tesoro,  
 Y perece por falta de alimento.  
 ¡Mas cuál es ¡O pleyteantes! vuestro intento?  
 ¡Hacia dónde correis enfurecidos!

Vuestra atencion imploro.  
 ¡ No gozareis en dulce paz unidos,  
 Mejor que entre contiendas,  
 De esas ricas haciendas  
 Con que os ha distinguido la fortuna ?  
 No dan oídos á razon alguna :  
 La ira los enagena : á competencia  
 Entran en el confuso laberinto,  
 En donde habita la ruidosa ciencia  
 De la legislacion. Granza gozoso  
 El negro cuervo, que en aquel recinto  
 De trampas y de sangre se mantiene,  
 Al ver aquel gustoso  
 Nuevo manjar que á su hambre se previene :  
 Acude y los despoja, hasta que quedan  
 En cueros quando de él se desenredan.  
 De un palacio viniéron opulentos,  
 Y ahora desnudos, míseros y hambrientos,  
 Buscan alguna choza en que abrigarse,  
 Y del maligno público ocultarse.  
 ¡ Y quantos tambien mueren abrumados  
 Baxo el peso de bienes desmedido,  
 Que fortuna sobre ellos ha llovido !  
 ¡ Pocos son los que saben moderarse,  
 Quando con tal favor se ven tratados !  
 Llega por fin la muerte,  
 Y en destruir de un golpe se divierte  
 Todas las diferencias, reduciendo

A una pobreza igual todos los hombres.  
 Junta en su urna imparcial todos sus nombres  
 En cédulas, y á un tiempo revolviendo,  
 Sin distincion los bienes, dignidades,  
 Méritos, prendas, títulos, edades,  
 A ciegas saca de ella la primera  
 Cédula, con que da su mano fiera.  
 ¡ Si alguna vez las víctimas elige,  
 Tiemble el que sea dichoso !  
 Que del cruel enemigo el brazo duro,  
 Casi siempre el primer tiro dirige,  
 Contra aquel que le mira desdeñoso  
 Por su distancia y juzga estar seguro.  
 Parece que encargó Dios á la muerte :  
 “ Tus golpes sean los mas inopinados  
 Enseña á los vivientes á temerte.”  
 ¡ Qué exácta es en cumplir estos mandados  
 Terribles ! ¡ Cómo burla la inhumana  
 Todos nuestros proyectos, y escarmienta  
 Nuestra seguridad ! No pasa dia  
 En que cruel no desmienta,  
 Nuestra prevision vana,  
 Las conjeturas en que el hombre fia.  
 ¡ Quántas veces quedamos espantados,  
 Al ver los infortunios desusados,  
 Imprevistos que acaban con su vida !  
 A pura admiracion, se nos olvida  
 El dolor de aquel golpe lastimero,

El resplandor alegre que despide  
 Nuestra felicidad, debe llenarnos  
 De inquietud, como el mas funesto agüero.  
 La obscuridad de la miseria impide  
 Que la muerte cruel llegue á acertarnos,  
 Al paso que la luz, quanto mas pura,  
 Tanto mas en el blanco la asegura.  
 La fortuna parece que tiene hecha  
 Con la parca homicida union estrecha.  
 ; Con qué delicadeza la alimenta  
 Las victimas para ella destinadas!  
 Luego que estan cebadas  
 A fuerza de regalos, las corona  
 De flores, y las lleva á la sangrienta  
 Ara del monstruo que jamas perdona.  
 ; Quántas veces la diosa fementida  
 Vemos que va á sacar de la escondida  
 Lobreguez de una choza, á un desdichado  
 Que vive en la pobreza  
 De los demas mortales olvidado!  
 Que un rápido vuelo, en un instante,  
 De la opulencia al centro mas brillante  
 Le traslada, le colma de riquezas,  
 De placeres y honores,  
 Y en la mas alta cumbre le coloca,  
 Como objeto de todos sus favores,  
 Para ser visto, y excitar la loca  
 Envidia de los otros; mas apénas

Empieza á disfrutar de las agenas  
 Adoraciones vano, y solicita  
 Vuelto en sí sosegar,se,  
 O de su nueva dicha embriagarse,  
 Quando la diosa cruel le precipita  
 De aquella altura, á la cuchilla fiera  
 De la rabiosa muerte que le espera.  
 Su feliz suerte fué por la mañana  
 Brillante objeto de la envidia humana,  
 Y es por la tarde inagotable vena,  
 Del triste llanto y compasion agena.  
 Por largo tiempo una robusta encina  
 Sin estorbo domina  
 El ayre con su copa alta y frondosa,  
 Cubre su opaca sombra la espaciosa  
 Llanura que circunda el tronco erguido;  
 El ganado encendido  
 Por el sol meridiano, se apresura  
 A guarecerse á aquel impenetrable  
 Asilo, y disfrutar su deleytable  
 Y perpetua frescura;  
 Dilatadas edades,  
 Hizo frente á la furia continuada  
 Del viento y tempestades;  
 Pero la hacha afilada  
 Su elevacion repara; en el momento  
 Embiste á sus raices; al violento  
 Incesante golpeo derribada,

Tronando con horrisono estampido,  
 Se tiende sobre el campo estremecido;  
 De sus inmensas ramas la espesura,  
 Oculta casi toda la llanura;  
 Se conmueven y tiemblan los cercanos  
 Campos al estallido,  
 Por los ecos lejanos  
 De valles y barrancos repetido.  
 Así para asustar á los humanos,  
 Derriba la guadaña de la muerte,  
 Las cabezas mas nobles y elevadas,  
 Y sus aras se ven ensangrentadas  
 De lo mas pingüe. Solo el ser dichoso,  
 Basta para atraerte  
 Sus golpes. Quanto mas el luminoso  
 Fuego de nuestra vida resplandece,  
 Tanto ménos ardiendo permanece. (a)  
 ¡ La alegre juventud cómo lucia,  
 Quál la salud brillaba  
 En tus hermosos ojos! ¡ O hija mia!  
 ¡ Ay de mí, demasiado florecia  
 Para ser duradera tu belleza!  
 ¡ Yo sobrado dichoso me encontraba!  
 ¡ No lo fui mucho tiempo!—No acababa  
 De concebir que la naturaleza  
 Hubiese hecho aquella obra primorosa,  
 Para destruirla en término tan breve.  
 No podía creer que aquella boca hermosa,

Que aquella nueva y encarnada rosa,  
 Abierta entre la nieve,  
 Que dulcemente se me sonreia,  
 Al punto para siempre iba á cerrarse;  
 Y que aunque la veia  
 Viva, estaba ya muerta interiormente.  
 ¡ Pronto ¡ ay de mí! lo estubo totalmente!  
 Así suele ocultarse  
 La muerte, baxo el velo artificioso  
 De una vida robusta y duradera:  
 Presenta á nuestra vista por defuera  
 De la salud el colorido hermoso;  
 El insensato amante se alucina  
 Con la apariencia del objeto amado,  
 En que toda su dicha ha colocado.  
 Al mirar el carmin de sus rosadas  
 Mexillas, la belleza peregrina  
 De su boca, en que estan depositadas  
 Las gracias y el candor, llega á olvidarse  
 Que á una mortal adora;  
 ¡ Qué ceguedad! ¡ El infeliz ignora,  
 Que dentro de un instante alzará al cielo  
 Los tristes ojos, prontos á anegarse  
 En lágrimas de horrible desconsuelo!  
 Ya con la tierna Aspasia, el venturoso  
 Lisandro estaba próximo á enlazarse:  
 La fortuna propicia los habia  
 Colmado de sus dones: conocia

Aun el mundo envidioso  
 De ámbos á dos el mérito y belleza,  
 Y á pesar de la envidia los amaba;  
 La juventud en ellos florecia:  
 Su opulencia era igual á su nobleza:  
 Se amaban tiernamente—; Qué faltaba  
 A su felicidad para que fuera  
 Completa, sino hacerla duradera?  
 La alegre hora nupcial se determina:  
 Aspasia aguarda á un tiempo, el digno esposo  
 Y la felicidad, en un hermoso  
 Y soberbio palacio que domina  
 El mar, á sus riberas colocado:  
 Tranquila ve las olas espumosas,  
 Venir con un murmullo continuado,  
 En sus sólidos muros á estrellarse:  
 ; Ah, y qué léjos está de rezelarse,  
 Que al paso que ellas corren tumultuosas  
 Unas tras de otras, corre su ventura,  
 Y hácia su fin funesto se apresura!  
 ; Con igual rapidez desaparece,  
 Que los rayos brillantes  
 De la trémula luz, que resplandece  
 Sobre sus crespas aguas vacilantes!  
 ; La aurora prometió á los dos amantes  
 El dia mas hermoso,  
 Y este dia dichoso,  
 Vió á entrambos divididos,

Por la bárbara muerte destruidos!  
 Lisandro tiernamente se despide  
 De su querida Aspasia, y la asegura  
 Volver, como llorosa se lo pide,  
 Aquella tarde misma. ; En vano jura!  
 Ya las pérfidas ondas va surcando:  
 El cielo se oscurece; una tormenta  
 Horrible se levanta; el mar bramando  
 Se abre, y en sus abismos le sepulta:  
 Llega la nueva cruel; la macilenta  
 Cara del mensajero,  
 Da á conocer lo que el silencio oculta:  
 Ve Aspasia escrito en ella el golpe fiero,  
 La muerte infausta de su tierno amante;  
 Siente venir la suya en el instante;  
 Su corazon revienta, destrozado  
 A fuerza de amargura;  
 Los sollozos la ahogan; fallecida  
 Va á ocupar en la obscura  
 Morada del sepulcro el dulce lado  
 Que no llegó á ocupar estando en vida.  
 El palacio envidiado,  
 Que habia de servir al venturoso  
 Enlace, se ha trocado en doloroso  
 Monumento, á la muerte dedicado.  
 Las homicidas aguas que han cubierto  
 De luto su recinto y desierto,  
 Con ondas insensibles lo rodean,

Y sus caidas murallas señorean.  
 Aun al desapiadado marinero,  
 Le parece que escucha lastimero  
 Gemido de los dos desventurados,  
 Y no puede negar alguna escasa  
 Lágrima compasiva, quando pasa  
 Cerca de aquellos mares mal hadados.  
 ¡Mas para mi dolor bastará acaso  
 Que de lágrimas corran dos raudales?  
 ¡Quién me ha de dar consuelo?  
 Vánamente en hallarlo me desvelo.  
 ¡He conseguido ni un momento escaso  
 Adormecer mis enconados males?  
 La senda misma que anhelando sigo  
 Para huir de su furor, va á dar conmigo  
 En medio de su turba encarnizada.  
 En este mismo instante el pensamiento,  
 Por mas que en detenerle me fatigo,  
 Lleva á mi alma forzada  
 A la idea que causa su tormento.  
 ¡Aquellos dos amantes infelices  
 A lo ménos á un tiempo feneciéron!  
 ¡En su funesta suerte,  
 De algun modo felices,  
 El consuelo tuviéron  
 De no ser divididos por la muerte!  
 Los mortales no habian de enlazarse  
 Jamas, ó no llegar á separarse.

¡No puedo, á la verdad, Narcisa mia,  
 Acordarme de tí, sin que destile  
 Sangre mi corazon! Pero con todo,  
 Por mucho que en tu pérdida cavile,  
 Solo como á hija tierna te queria:  
 Tu ser de ningun modo,  
 Aunque inmediato, estaba tan unido,  
 Que con el mio fuese confundido.  
 Ella\* al contrario, junta íntimamente  
 Conmigo, una persona componia.  
 Eramos solo un ser; y si clemente  
 El cielo me la hubiera conservado,  
 Las demas penas hoy olvidaria.\*  
 A Narcisa en su madre la encontraba,  
 Y aun al caro Filandro le borraba  
 De mi memoria aquel objeto amado.  
 ¡O tierno lazo! ¡O dulce compañía!  
 No es una mera union de inclinaciones,  
 Es una íntima mezcla inseparable  
 De dos enagenados corazones,  
 Que enteros ya no pueden dividirse.  
 Aunque quiera la muerte inexorable  
 Separarlos, jamas logra salirse  
 Con su intento, pues no corta sus lazos,  
 Sino un corazon solo en dos pedazos.  
 Por la terrible herida

\* Habla de su muger.

Fluye, y se desvanece  
 Para siempre la dicha que allí anida.  
 ¡Feliz entre los dos el que perece!  
 El otro trozo lánguido y sangriento,  
 Mientras palpita, sin cesar padece  
 Amarga pena, bárbaro tormento.  
 La muerte es su consuelo. ¡Mas qué hacemos  
 Pobre corazón mio?  
 ¡Adónde va á parar tu desvarío?  
 Esta llaga cruel jamas toquemos.

NOTA.

(a) Como batallan perpetuamente los elementos en el campo de la naturaleza, así la muerte combate con la vida. Quando la vida es dichosa, animada, brillante y alegre, la muerte la mira como una ofensa, como una traicion hecha al soporoso letargo que da la ley en su imperio, en donde hasta el deleyte y la bulliciosa ambicion yacen embargados de un eterno sueño. Quanto mas gozosa es la vida, tanto mas la aborrece. Tiene por la mayor honra oprimirla, y extender sobre ella todo su poder. Se complace la muerte en valerse de estratagemas. Es aficionada á sorprehender. Como desea, quando hace presa de qualquier objeto, jactarse de su destreza, quanto ménos la temen, tanto mas gloriosa la parece, y tanto mas la alegra su victoria. ¡De cuántos artificios no se vale para adormecer

nuestros rezelos! Ni el disimulado Tiberio ocultaba sus designios con un velo tan espeso. Semejante á aquellos Príncipes que viajan disfrazados y de incógnito por las Cortes extrangeras, la muerte toma el nombre y el disfraz de la vida. Adopta todas las formas que pueden servir á sus horribles proyectos; y aunque posee un imperio mas vasto que el que alcanzó el Aguila Romana con su vuelo, aun quiere extenderlo. Semejante á Neion ya se presenta disfrazada de baylarin, ya conduce un brillante carro, ó ya vestida de amazona maneja con ligereza un caballo. Nadie la reconoce hasta el instante en que devora su víctima, atropellada y abatida á sus pies. Tiene el mayor cuidado en tomar siempre aquellas figuras que ménos se parecen á su esqueleto descarnado. Un cuerpo robusto y grueso es su disfraz mas regular. ¡Dichosos aquellos que no se dexan engañar de las apariencias! El hombre que tiene siempre uno de sus ojos clavado en la muerte, y el otro fijo en el cielo, es á un tiempo mortal é inmortal. Como hace mucho tiempo que me dedico á penetrar los artificios de la muerte, y observo cuidadosamente todos sus movimientos, la he visto, ó he soñado verla al tiempo que en su tocador dexaba los rasgos horribles de su figura, para tomar otra garbosa y agradable. Supuesto que tú ¡O Musa! te acuerdas de este extraño caso, recuérdame sus circunstancias. Aunque con efecto haya sido un sueño, siempre servirá para dar á conocer el carácter de este monstruo.

Me hallaba yo en una concurrencia de jóvenes sin seso; quiso entrar en ella la muerte; la naturaleza la cerró la puerta; pero poco despues tuvo que abrirla á instancias de un Médico famoso, que la venia dando el brazo. Tuvo buen cuidado de des-

pachar á la entrada al Doctor, para poder conservar el *incógnito*. Habia cedido su magra figura, y sus huesos descarnados á un viejo y listo usurero, en agradecimiento de que la cebaba una excelente víctima en la persona de cierto mancebo pródigo: en lugar de su esqueleto habia tomado el ligero garbo de este jóven petimetre, su ayre de moda, su ceño militar, y su magnífico vestido, con el qual ocultaba su horrible mórtaja. Su talle jorobado se endereza, se alarga, y se vuelve ayroso; por último, esconde sus mortales flechas en los ojos de la hermosa Mira. Acomodada así la espantosa máscara sale á buscar sus aventuras. ¿Me preguntarás adonde acude? Mejor dirías: ¿y adonde dexa de acudir? Para que entiendas los parages que mas frecuente, bástete saber que no sigue con mas puntualidad la noche al día, que la muerte los pasos del deleyte, quando el deleyte camina por qualquiera senda desaprobada por la razon.

Quando la disolucion cierra las puertas á la razon, y la alegría desordenada destierra el juicio, ocupa la muerte la cabecera del banqueto ó del sarao, gobierna el bayle, vuelca los dados, y llena hasta los bordes su nocturna copa. Bebe alegremente á la salud de sus gozosos compañeros, y se rie interiormente de ver que se rien de ella, como si estuviera ausente y remota de su presencia; y quando mas calientes tienen las cabezas, y no les ocurre el menor rezelo de tenerla presente, quando convidan á todos los deleytes de la tierra para que inunden sus corazones de alegría, y asistan á la esplendida cena, quando su pensamiento, enagenado de gozo, da vuelta á la llave, y cierra totalmente la puerta á la muerte, se quita de repente este tirano la máscara. Los mira con ojos airados.—Los infelices retroceden aterrados, caen unos

encima de otros, y espiran en brazos de la desesperacion.

No es mayor el espanto, ni mas súbito el terror, quando llevada sobre las rápidas alas del salitre, tocado por el fuego, abrasa, rompe, brilla, truena y devora.

¿Es posible ¡O Lorenzo! que porque ignoras el momento en que la muerte te ha de destruir, te adormezcas abrigado con la agradable copa de la seguridad? Su incertidumbre misma es la que la hace peligrosa. No imites á los infinitos insensatos, que abusan de toda la longitud de su vida con pretexto de que ignoran el punto en que se ha de terminar.

La muerte de Narcisa fué prematura, pero no por esto imprevista; en medio de la alegría de la fresca juventud no se olvidaba de que habia de morir. Sus ojos y sus pensamientos se adelantaban muchas veces á encontrarse con su venidera suerte. En vapo la fortuna, entendiéndose con la muerte para engañar á mi hija, procuraba alucinarla, acumulando en sus manos todas sus brillantes bagatelas, y agitando á su vista sus alas de oro. Jamas pudo apartar sus ojos del último término del hombre.

¿Está acaso Lorenzo hechizado aun del resplandeciente aparato de las grandezas humanas? ¿Anhela todavía fabricar su nido en la sublimidad de los ayres, sobre la delgada punta de una endeble rama, expuesta á quebrarse al menor aliento del zéfiro, y á precipitarlo consigo?

Si son verdaderos mis acentos, las mismas caricias de la fortuna apresuran la venida de la muerte. ¿Te atreves aun á mirar con apetito el oro? ¿Quieres todavía correr á tu ruina? La muerte gusta de apuntar á un blanco brillante, y de hacer

tiros famosos que espanten, al paso que destruyan. Solo con que yo recogiese las flechas que tira á las cabezas que sobresalen entre la muchedumbre, sobrarian para llenar mi aljava. ¡Y cuánto no daría yo por poder suspender esta aljava, mas allá de la region del ayre cerca del celeste Sagitario, para que desde allí llamase la atencion pública, y fuese el objeto de la contemplacion del linage humano?

Seria sí, una constelacion terrible, pero al mismo tiempo benéfica, que serviría para guiar entre las olas tempestuosas de la vida á los mortales, que la fortuna se complace en llenar de sus peligrosos dones. Como brillante faro les haría evitar el escollo en que casi todos naufragan; escollo que no consiste sino en que crece su seguridad á medida que el peligro aumenta, y olvidan su suerte próxima alucinados por la felicidad presente.

## OCTAVA NOCHE.

## LA INMORTALIDAD.

No la perdí, es verdad, como á Narcisa,  
De su edad en la verde primavera.  
Ni con muerte improvisa  
Dió fin, como Filandro, á su carrera.  
¡Y esto acaso es capaz de consolarme!  
Antes quando no hubiera otro motivo,  
Este solo bastara á atormentarme.  
Aquellas inhumanas dilaciones,  
Me han hecho padecer un excesivo  
Cúmulo de continuas aficciones.  
Quanto mas tardó el golpe, fué mas vivo,  
Mas atroz para mí, pues á medida  
Que duraba su vida,  
Mas y mas nuestras almas se juntaban,  
Y sus estrechos lazos apretaban.  
Como estos uno á uno se rompieron,  
En mi sensible corazon abriéron  
Otras tantas heridas penetrantes,  
Que con dolores vivos é incesantes,  
En un tormento horrible me han tenido,

tiros famosos que espanten, al paso que destruyan. Solo con que yo recogiese las flechas que tira á las cabezas que sobresalen entre la muchedumbre, sobrarian para llenar mi aljava. ¡Y cuánto no daría yo por poder suspender esta aljava, mas allá de la region del ayre cerca del celeste Sagitario, para que desde allí llamase la atencion pública, y fuese el objeto de la contemplacion del linage humano?

Seria sí, una constelacion terrible, pero al mismo tiempo benéfica, que serviría para guiar entre las olas tempestuosas de la vida á los mortales, que la fortuna se complace en llenar de sus peligrosos dones. Como brillante faro les haría evitar el escollo en que casi todos naufragan; escollo que no consiste sino en que crece su seguridad á medida que el peligro aumenta, y olvidan su suerte próxima alucinados por la felicidad presente.

## OCTAVA NOCHE.

## LA INMORTALIDAD.

No la perdí, es verdad, como á Narcisa,  
De su edad en la verde primavera.  
Ni con muerte improvisa  
Dió fin, como Filandro, á su carrera.  
¡Y esto acaso es capaz de consolarme!  
Antes quando no hubiera otro motivo,  
Este solo bastara á atormentarme.  
Aquellas inhumanas dilaciones,  
Me han hecho padecer un excesivo  
Cúmulo de continuas aficciones.  
Quanto mas tardó el golpe, fué mas vivo,  
Mas atroz para mí, pues á medida  
Que duraba su vida,  
Mas y mas nuestras almas se juntaban,  
Y sus estrechos lazos apretaban.  
Como estos uno á uno se rompieron,  
En mi sensible corazon abriéron  
Otras tantas heridas penetrantes,  
Que con dolores vivos é incesantes,  
En un tormento horrible me han tenido,

Durante largos años. Me sentia,  
 Por grados lentamente consumido,  
 Morir como ella misma cada dia;  
 Qual misero oprimido  
 Por la crueldad de un bárbaro tirano,  
 Que aumentando de intento  
 Por grados insensibles su inhumano  
 Tormento, se complace en dilatarle  
 La muerte, y apurarle  
 Todo el alcance de su sufrimiento  
 Prolongando sus penas,  
 Hasta que miembro á miembro destrozado,  
 Y de sangre agotadas ya las venas,  
 Se desanime aquel corazon fuerte,  
 Y le obligue la muerte,  
 Con gemido forzado,  
 A confesar que ha sido desgraciado.  
 ¡Qué martirio tan fiero y doloroso  
 Es el de caminar así, arrastrando  
 Con paso perezoso  
 Hácia su fin! El ir atravesando  
 Lleno de incertidumbres y temores,  
 La serie dilatada y afligida  
 De los últimos años de la vida,  
 Como una larga mina tenebrosa  
 Que va á dar del sepulcro á los horrores;  
 Cada instante encontrarse  
 Mas y mas sumergido en su espantosa

Obscuridad profunda,  
 Y ver que por instantes va á apagarse  
 La luz de la esperanza moribunda.  
 Tal es la senda lóbrega y fragosa  
 En que al fin de mis dias me ha metido  
 Por fuerza mi destino miserable:  
 Por estas tristes horas de despecho,  
 Por estas asperezas ha seguido  
 Mi vejez muchos años arrastrada,  
 Caminando con pena intolerable,  
 Dexando á cada encuentro el pie deshecho,  
 La huella en viva sangre señalada.  
 El amor propio ya no se atrevia  
 A levantar la voz: este obstinado  
 Adulador del hombre, se veia  
 De seducirme ya desengañado,  
 Y sin poder disimular mis males.  
 ¡Quántas veces inmóvil, desolado,  
 Fixa en ella la vista detenia,  
 En que estaban pintados los fatales  
 Anuncios del horrible desvario,  
 Del triste pensamiento á pesar mio!  
 ¡Y quántas veces muerta la juzgaba,  
 Quando hácia mí los labios inacilentos  
 Volvia sonriendo cariñosa!  
 Así el mortal semblante disfrazaba,  
 Con apariencia plácida y gozosa,  
 Por no. afligirme á mí, y sus sentimientos

A lo interior de su alma recogia,  
 Mas siempre fué su diligencia ociosa.  
 Penetraba su mal.—Su tierno zelo,  
 Al paso que ocultarlo pretendia,  
 Agriaba mas y mas mi desconsuelo.  
 La muerte en sus entrañas escondida  
 Minaba los cimientos de su vida,  
 Con progresos continuos é insensibles.  
 Tan activa y tan terca,  
 Como un guerrero ejército que cerca  
 Una fuerte ciudad bien defendida,  
 La inhumana apretaba sus terribles  
 Ataques sin cesar, hasta que helado  
 El miserable cuerpo en tierra diese.  
 Su furor obstinado,  
 De los auxilios débiles triunfaba,  
 Que la naturaleza administraba  
 Unida con el arte, sin que hubiese  
 Fuerza en la humanidad que resistiese.  
 ¡O astros nocturnos que escuchais mi llanto,  
 Y estais hechos á verme miserable,  
 Bien sabeis quantas veces con espanto  
 Me hizo dexar el sueño la implacable  
 Muerte, agitando con el poderoso  
 Brazo, la blanda almohada en que al reposo  
 Mi cansada cabeza me entregaba!  
 Al despertarme, la primera cosa  
 Que á mi afligida vista presentaba,

Era mi tierna y desgraciada esposa  
 A mi lado, que ya desfallecida  
 Iba acabando su penosa vida.  
 ¡ Quántas veces aquellas noches largas,  
 Bañando el lecho en lágrimas amargas,  
 Gastaba en contemplar la decadencia  
 De aquella vida, en cuya competencia  
 No estimaba la mia!  
 ¡ Y cuánto no sufría  
 Velando en aquel puesto doloroso  
 Sin cesar, y observando el presuroso  
 Paso con que al sepulcro caminaba!  
 Una hora no pasaba  
 Sin que en su rostro lánguido advirtiese  
 Funesta novedad, y en él creciese  
 De las mortales sombras la espesura.  
 No, no fué tal mi horror, tal mi amargura,  
 En el terrible dia  
 En que me hallé á la orilla conducido  
 De mi sepulcro, y vi como se abria  
 Su seno tenebroso, el desmedido  
 Abismo donde mora,  
 La horrible eternidad que el mundo ignora.  
 Sin duda no me hallé tan asustado  
 Que en el crítico instante en que á mi vista  
 Revolviéndose estaba,  
 Y ya para volcarse el fatal dado,  
 En que mi vida ó muerte se juzgaba.

He conseguido, es cierto, que subsista  
 Mi vida, ¡pero en esto qué he ganado?  
 El privilegio odioso de alargarme  
 La pena cruel que tanto me ha oprimido.  
 ¡Mas por qué á la tristeza he de entregarme  
 Con tal obstinacion, y sin consuelo  
 He de llorar la pérdida funesta,  
 De aquellos que en verdad no se han perdido?  
 ¡Por qué ronda con tanto desconsuelo  
 El pensamiento nuestro los callados  
 Túmulos, y sin fruto nos molesta  
 Con su afición? ¡Se apaga por ventura  
 El alma, aquella luz celeste y pura,  
 Debaxo de los mármoles helados  
 Que ocultan su ceniza á nuestros ojos?  
 No, nada de ella (pues hasta ahora ignoro  
 Qué es su nombre en el eterno coro)  
 Nada de ella, repito, ha fenecido,  
 A excepcion de los únicos despojos  
 Que á la muerte tocaban. No ha dexado  
 Mas que aquel basto y mísero vestido  
 Que vivir la impedia:  
 Solo el dolor para ella se ha acabado.  
 Ella goza de vida y alegría;  
 Yo si que estoy en brazos de la muerte.  
 ¡Cielo piadoso, la desdicha mia  
 Debe compadecerte!  
 Tienen derecho los desventurados

Como yo á tus bondades—; Qué poblados  
 Estan nuestros sepuleros! ; Quán fecundo  
 En su lóbrego seno! ; El hombre nace  
 Desde él á nueva vida!  
 Al contrario este mundo,  
 En que mi ser abandonado yace,  
 Es desierto infecundo,  
 Es triste soledad desconocida,  
 De funestos cipreses asombrada,  
 De lágrimas amargas inundada.  
 Es calabozo mísero y profundo,  
 Cerrado por la bóveda del cielo,  
 En que estoy recluido,  
 De incesante desvelo,  
 De dolor insufrible consumido.  
 En la mansion en que mi esposa habita  
 Todo es sólido y real, nada aparente.  
 Nunca allí la mundanza solícita,  
 Ni halla cabida, todo es permanente. (a)  
 Corramos, pues, sobre su sepultura,  
 Un velo para siempre. Su alma pura  
 En ella ya no existe.  
 Si aquel paso es terrible, lo ha vencido.  
 Mis ojos, aunque tanto de ellos diste,  
 La siguen en su vuelo presuroso  
 A la inmortalidad, y mi alma llena  
 Llena de admiracion y ardor no conocido,  
 Divisa un órden nuevo, y numeroso

De objetos, totalmente diferentes  
 De los que ha visto—; El gozo la enagena!  
 ; O noche, favorece mis ardientes  
 Deseos! ; ven, inspira el canto mio!  
 ; Quiero enseñar al hombre,  
 La dignidad del hombre! ; En tí confío  
 Que suplas de mi ingenio la flaqueza,  
 Para que al mundo asombre,  
 El ver que corresponden mis acentos  
 Sonoros, de este asunto á la grandeza!  
 ; Despierta, ó tú dormida fantasía!  
 Rompan de la verdad los sentimientos  
 Mi duro corazon. Mi pecho helado,  
 Arda en sus mismas llamas abrasado,  
 Qual arde el sol en la mitad del dia.  
 ; Oxalá que mis versos en nobleza  
 Compitan con el alma,  
 Y que como ella sean inmortales!  
 ; Qué digo! Esta desdeña la baxeza,  
 La pasagera y despreciable palma  
 De la gloria mundana  
 Sus laureles caducos y fatales.  
 No esta esperanza vana,  
 Otra mas noble anima el pecho mio:  
 En la eternidad sola me glorío;  
 A esta la voz levanto;  
 De esta espero el salario de mi canto.  
 ; Salve, ó tú inmortal hombre!

; Blasfemaré qualquiera que te nombre  
 Perecedero! Pasarás dichoso  
 Las puertas de la luz que dan entrada  
 A la inmortalidad. Verás gozoso  
 Para siempre tu vida renovada.  
 Admirarán los cielos la llegada  
 Del frágil ser, del huésped no esperado.  
 ; Gracias te doy, ; O Dios omnipotente!  
 ; O benéfico Dios! de que hayas dado  
 La eternidad al polvo, al débil hijo  
 De la tierra! Rendido totalmente  
 De contemplar tus grandes maravillas,  
 La vista en vano, lánguido dirijo,  
 De este piélago inmenso á las orillas,  
 Para hallar donde pueda hacer asiento,  
 Mi cansado y absorto pensamiento.  
 ; Y dirán que es virtud el adorarte!  
 ; No es la mas dulce precision amarte?  
 Mas si la eternidad he recibido  
 Solo para sufrir, si únicamente  
 Este don sirve para eternizarme  
 En mi suerte infeliz, y acrecentarme  
 Las penas que me tienen consumido,  
 Vano es mi gozo. Pero Dios clemente,  
 Nos mira con piedad, si arrepentida  
 Nuestra alma de los torpes lazos huye,  
 Con que la ha aprisionado el vicio insano,  
 Y á la austera virtud se restituye,

En el glorioso libro de la vida  
 Vuelve á escribirla con su propia mano.  
 En su bondad seguro  
 Desafío á la muerte. Un gozo puro  
 Mi corazón inunda, y le prepara  
 A dar un culto digno al soberano  
 Y benigno Señor que así le ampara.  
 Los ángeles, las almas racionales,  
 De un mismo fuego fueron animados  
 Por el sumo Criador. A él le debieron  
 Igualmente su origen; mas salieron  
 En quanto á facultades desiguales;  
 Pues siendo destinados  
 A objetos varios, á distintos hados,  
 Así lo requeria  
 De su divino plan la economía.  
 Después que por un término ceñido,  
 Todos, según sus clases, han sufrido  
 Las pruebas de virtud, y la experiencia  
 Que ordenó la Divina Providencia;  
 Todo el que ha conservado su nobleza,  
 De su celeste origen la pureza,  
 Para siempre con él vuelve á juntarse,  
 Y en un mar de delicias á engolfarse.  
 No eres hombre, un gusano, un vil insecto;  
 Conócete á tí mismo, admira ufano  
 Lo que vales, y ve aquí el grande arcano  
 En que está toda la sabiduría.

Quando de la razón al juicio recto  
 Cito mi pensamiento, y ya cerradas  
 Las puertas de la vaga fantasía  
 Vuelto á mí mismo atento me exámino,  
 ¿ Puedo dexar de ver que dimanado  
 Del cielo, por las sendas ignoradas  
 De este mundo, qual noble peregrino  
 Vagueo de mi patria desterrado?  
 ¡ Ay! quanto mas su ser mi alma repasa,  
 Tanto mas su ambición crece y la abrasa.  
 El mundo con desprecio do mí lanzo,  
 Y alegre me abalanzo  
 A la inmortalidad; tan noble idea  
 Cambia á mis ojos todo lo criado,  
 Todo lo perfecciona y hermosea.  
 Antes un caos informe parecia  
 El mundo, obscura noche lo cubria;  
 Ahora en todas sus partes acabado,  
 Disipada la sombra, resplandece.  
 Cubre un brillante y vivo colorido  
 De la naturaleza al extendido  
 Campo. Nada parece  
 Vil á mi vista, todo se ennoblece.  
 Aunque es mi ser el mismo que ántes era,  
 Dirian que ha mudado ya de esfera.  
 ¿ Qué nuevas perspectivas se presentan  
 A mis ojos? Varían y acrecientan  
 Sin cesar su hermosura.

Distingo claramente la futura  
 Sucesion de los hados,  
 Que hoy en profunda noche sepultados,  
 Aun á la vista perspicaz se esconden  
 De la sagaz y osada conjetura.  
 Las puertas me abre la naturaleza,  
 Que á sus ocultos senos corresponden ;  
 Mi alma absorta sus pasos endereza  
 A unas desconocidas  
 Vastas regiones. ¡ Qué feliz encanto !  
 ¡ Con qué voces de gozo repetidas,  
 Enxuto ya mi llanto,  
 Hallaré, abrazaré en sus deliciosos  
 Vergeles, otros seres tan dichosos  
 Como el mio ! ¡ Qué turbas tan crecidas.  
 De espíritus de un órden diferente?  
 ¡ Qué de naturalezas totalmente  
 Nuevas descubriré en aquél instante?  
 Del sol me olvidare. Otra luz mas pura,  
 Otro universo mucho mas brillante,  
 Borrará la memoria de esta obscura  
 Prision, que ahora á mi vista fascinada,  
 Parece una obra inmensa y acabada.  
 ¡ O destino feliz ! ¡ O inmortal vida !  
 ¡ Quién podrá dar de tu naturaleza  
 Justa definicion, quién la medida  
 Llegará á conocer de tu riqueza?  
 Sé que no tienes fin, que tu luciente

Hilo ha de devanarse  
 Por los siglos, y nunca ha de agotarse.  
 No sucede esto con la trama obscura  
 De esta vida infeliz, que brevemente,  
 Como un soplo ligero,  
 Su duracion apura.  
 Y aun este corto espacio le gastamos  
 En restaurar los golpes, con que el fiero  
 Precipitado tiempo, al paso que huye,  
 Nuestra salud y robustez destruye.  
 Y aun la misma salud que ponderamos,  
 ¡ Qué viene á ser sino una prolongada  
 Enfermedad, á fuerza de remedios  
 Diarios y continuos paliada ?  
 Padece el alma iguales intermedios  
 Que el cuerpo en su salud. Ya está robusta,  
 Ya lánguida como él. Aun la mas justa,  
 La mas virtuosa accion que á nuestros ojos  
 Parece pura, siempre alguna liga  
 Lleva que á rebaxar su precio obliga ;  
 El deleyte mas vivo y mas suave,  
 De punzantes abrojos  
 Herizado, jamas llega á causarnos  
 La limitada dicha que en él cabe.  
 Y aun esta nunca llega á contentarnos ;  
 No es mas que un moderado y pasagero  
 Alivio, concedido á los mortales,  
 Para esforzarlos á sufrir el fiero

Cúmulo de sus males,  
 Superior á la humana resistencia.  
 De nuestro ser la hechura,  
 Aun completa no está. Nuestra existencia  
 No hace mas que empezar; hasta ahora dura  
 Nuestro obscuro crepúsculo, la aurora  
 Que con escasa luz precede al día.  
 El hombre en embrión, que todavía  
 Dentro del seno de su padre mora,  
 Está ménos distante  
 De esta imperfecta vida, que lo estamos  
 Nosotros de la vida verdadera,  
 Que en vano suspiramos  
 Hasta el último instante,  
 En que la muerte rompa la grosera  
 Venda mortal, que á nuestra vista oculta  
 Su esplendor, y en tinieblas nos sepulta.  
 ; O gozo imponderable  
 El del hombre, al momento que se vea  
 Libre ya de la cárcel miserable  
 De este cuerpo, y posea  
 Para siempre el palacio refulgente  
 De la inmortalidad! ; Qué alegremente  
 Exclamará: " estos bienes admirables,  
 He de gozar por siglos perdurables!"  
 ; Qué impetuoso delirio de alegría  
 Y admiracion producirá en el alma,  
 El paso repentino,

Desde el confuso obscuro remolino  
 De este polvo, á la luz del claro día,  
 A una dichosa inalterable calma!  
 Al llegar, espantados de la fiera  
 Noche, de los horrores de la muerte,  
 De esta vida penosa aun condolidos;  
 ; Qué efecto nos hará aquella primera  
 Impresion, de una nueva y feliz suerte!  
 ; Qué raptos deliciosos, qué latidos  
 De placer sentirá el alma pasmada!  
 ; Detente ; O Dios benigno! tu largueza  
 Los límites excede; es demasiada  
 Del hombre la flaqueza!—  
 A la idea sola de esta desmedida  
 Fortuna, se desmaya y desalienta  
 Mi débil corazon. Mi alma oprimida,  
 De la grandeza misma se amedrenta  
 De su felicidad, teme anegarse  
 Si llega en tal océano á engolfarse.  
 ; Qué serie de prodigios infinita  
 Se explayará á mis ojos! ; Qué inaudita  
 Muchedumbre de objetos,  
 Aun á mi mortal vista no sujetos,  
 Me admirará, saliendo de repente  
 De las tinieblas que ahora me la ocultan!  
 Entónces podrá el hombre totalmente  
 Satisfacer el insaciable anhelo  
 Que tiene de saber todas las cosas.

Las mismas sombras que ahora dificultan,  
 Como un espeso velo  
 Que del mundo moral reconozcamos  
 Los secretos, entónces luminosas,  
 Háran que todo claro lo veamos.  
 Quedará el mundo físico igualmente,  
 Alumbrado y patente.  
 La inconexión, la oposicion que ahora  
 En muchas de sus partes observamos  
 Desaparecerá. Conexa y llena  
 Seguirá en todos puestos la cadena  
 De las criaturas, cuya union ignora  
 El mas sabio hasta aquel feliz instante.  
 Al presente confunden la dudosa  
 Vista, ya cierto objeto disonante,  
 Ya diversos fragmentos esparcidos,  
 Cuyo concierto ignora; pero entónces  
 Se verán de esta masa prodigiosa,  
 Aun los cuerpos mas mínimos, unidos  
 Con inmortales y brillantes gonces.  
 No habrá el menor desórden, ni un vacío  
 Se encontrará en toda ella; redondeada  
 Y perfecta, con todo su atavío  
 De luz resplandeciente,  
 A la vista encantada  
 Estará manifiesta eternamente.  
 Desde la escueta cumbre de algun monte,  
 Abraza de una ojeada el horizonte,

Mira esa multitud innumerable  
 De globos inflamados, que fluctuando  
 En las ondas del éter cristalinas,  
 Surcos de luz brillante van dexando  
 Al paso en aquel mar interminable.  
 Figúrate la dimension enorme  
 Del mayor de esos globos que exâminas;  
 Repara en otros infinitamente  
 Mayores, y conforme  
 Con ellos le compares, irás viendo  
 Que es un punto, respeto al estupendo  
 Tamaño de otros. Esto es cabalmente  
 Pretender comparar de la ballena  
 Al bulto agigantado,  
 El diminuto pueblo de brillantes  
 Atomos, pescadillos invisibles,  
 Que sin sentir engulle, quando llena  
 El vientre dilatado:  
 Pues esos mismos orbes que gigantes  
 Juzgamos, son tambien imperceptibles,  
 Respecto á aquel vacío incalculable,  
 En que todos sus luces acumulan,  
 Como la multitud innumerable  
 De glóbulos de sangre, que circulan  
 De vena en vena por el cuerpo humano.  
 ¡Tal es el vasto plan! ¡Tan larga mano  
 Tuvo el Criador supremo! Pues al punto  
 Que á tu vista ilustrada,

En grande se presente y todo junto,  
 Este cúmulo inmenso de portentos,  
 Juzga si tu alma quedará admirada;  
 Y si el deleyte es hijo  
 De nuestra admiracion, ¡qué movimientos,  
 Qué ímpetus sentirás de regocijo,  
 Qué encanto será el tuyo, quando vieres  
 La vestidura augusta, la admirable  
 Magestad de aquel ser inexplicable  
 Que hizo todos los seres,  
 Y esa infinita multitud de esferas,  
 Dexó caer de su mano poderosa,  
 Qual muestra compendiosa,  
 Por donde su grandeza traslucieras?  
 Todas estas criaturas, en presencia  
 De aquella fuente inmensa y luminosa  
 De donde se origina su existencia,  
 Aun tendrán ménos brillo que las flores  
 De nuestros campos, junto al encendido  
 Astro que de la tierra ha producido  
 Su ser y sus colores.  
 ¡Cuál es, pues, ese eterno sol del cielo,  
 Que en rápidos torrentes de luz pura,  
 Derrama la alegría y el consuelo  
 Sobre toda viviente criatura,  
 Y cuya vista sola es la suprema  
 Felicidad! La muerte sola puede  
 Darnos la solucion de este problema.

¡Y á qué precio tan corto se concede  
 Tanta ciencia y deleyte! Solo cuesta  
 Dexar del cuerpo la mansion funesta.  
 ¡Y cuál será tambien nuestra alegría,  
 Al vernos para siempre en compañía  
 De tanto noble espíritu, de tales  
 Ciudadanos amables é inmortales,  
 Que estan ahora invisibles,  
 O ya tranquilos en el alto cielo  
 Junto al trono de Dios, ó ya terribles,  
 De vivo fuego armados  
 Guardando en este suelo  
 A sus tristes hermanos desterrados?  
 ¡O qué envidiable union disfrutaremos  
 Con estos moradores celestiales!  
 No habrá allí division; serán iguales  
 Todos los intereses: viviremos,  
 Poseyendo en común quanta riqueza  
 Encierra toda la naturaleza.  
 Libres, llenos de luces, embriagados  
 De delicias, seremos iniciados  
 En los misterios del Omnipotente:  
 Se nos hará patente  
 El plan sabio y profundo,  
 Que dirigió la fábrica del mundo.  
 Nuestra vista hechizada irá pasando  
 De uno en otro prodigio, y admirando  
 En cada punto, un rastro luminoso

De las plantas del Todopoderoso.  
 ¡Mas por qué mi alma en estas cosas para?  
 A él mismo le verémos cara á cara.  
 ¡O augusta eternidad!; tú sola tienes  
 Una existencia real y verdadera,  
 Y todos los demas males ó bienes,  
 No son mas que una sombra pasagera!  
 ¡Podrá acaso el que viva persuadido  
 De su inmortalidad, tener por males  
 Los lances de esta vida mas fatales?  
 ¡Quál seria el esclavo que afligido  
 Hoy de su infeliz suerte se quejase,  
 Si con toda certeza le constase  
 Que ya mañana, al despertar el sueño,  
 Libre de sus cadenas se hallaria,  
 Y de un imperio dueño?  
 Su actual estado alegre olvidaria,  
 Un cetro imaginario manejando,  
 Y mil magnificencias proyectando.  
 Del mismo modo el hombre virtuoso,  
 Es como un Rey menor de edad, que espera  
 Quando sea mayor mudar de esfera,  
 Y reynar inmortal y venturoso.  
 ¡Qué pensamiento puede dar al alma  
 Mayor elevacion, mayor grandeza!  
 El solo es el que calma  
 Del corazon humano la tristeza;  
 Suaviza de sus penas la amargura

Con alegría pura;  
 Le esfuerza en el trabajo y le sostiene.  
 Delante de él los males de esta vida  
 Pierden toda su fuerza. Su fingida  
 Felicidad la máscara no tiene  
 Que ántes nos engañaba: el mundo todo  
 Eclipsado, se aleja de tal modo,  
 Que apenas divisamos en la densa  
 Remota obscuridad su mole inmensa:  
 Cesan las distinciones, los honores  
 Frívolos que reparte la fortuna:  
 Acaban los reveses y favores  
 De esta voluble diosa: ya ninguna  
 Desigualdad entre los hombres queda;  
 El grande y el plebeyo, el opulento,  
 Y el triste que mendiga su alimento,  
 Se ven amontonados sin que pueda  
 La vista discernir su diferencia  
 A tal distancia y en la sombra obscura.  
 Así si alguno, desde la eminencia  
 Del remoto Saturno, se pusiera  
 A especular atento nuestra esfera,  
 Que la enorme distancia desfigura,  
 Toda á su vista se reduciría  
 A un liso globo, y no distinguiría  
 Los hondos valles, ni los elevados  
 Montes de horrendos riscos erizados.  
 Rompa de un miserable las cadenas

Una mano piadosa ;  
 Sáquele de un obscuro calabozo,  
 Cuya humedad dañosa  
 Y ambiente craso, apénas  
 Le dexan respirar, y del impuro  
 Recinto de aquel pozo,  
 Trasládelo de pronto á una alta eumbre,  
 Donde disfrute de la elara lumbre  
 Del sol, y de un ambiente saave y puro ;  
 Su corazon se inunda de alborozo :  
 Registra el campo ameno y dilatado,  
 Del inmenso horizonte terminado,  
 Que en todos los contornos se presenta  
 Con tanta admiracion, como si fuese  
 La vez primera que gozado hubiese  
 Escena tal : el infeliz alienta :  
 Se siente aligerar del peso horrible  
 Que le oprimia : piensa que renace  
 A otra distinta vida :  
 Su alma tierna y sensible,  
 De sí misma se olvida,  
 Y en ímpetus de gozo se deshace.  
 Tales son los impulsos de alegría  
 De una alma desenvuelta  
 Al cabo, de los lazos vergonzosos  
 De los vanos placeres, que á porfia  
 Sujeta la tenian ; que ya suelta  
 De los grillos penosos

Del torpe vicio y de la tiranía,  
 De las viles pasiones,  
 Ligera á las regiones  
 De la razon su vuelo precipita,  
 En su elemento propio vuelve á hallarse,  
 Y eternas esperanzas respirando,  
 Aun en la inmensa luz quiere engolfarse  
 En que su Dios habita.  
 Allí la verdad pura contemplando,  
 Bebe en la fuente misma, las ideas  
 Mas nobles que la dan mayor consuelo.  
 El justo de este modo asido al cielo  
 Inmóvil, ve á sus pies rodar el orbe,  
 Sin que rompa las plácidas tareas  
 De su contemplacion el movimiento,  
 Que nunca á sentir llega, ni le estorbe  
 El confuso ruido  
 Que viene ya sin fuerzas á su oido.  
 Rebosando esperanzas y contento,  
 La idea de su dicha venidera,  
 Le tiene siempre en éxtasis profundo.  
 Ya enteramente ausente de este mundo.  
 De la inmortalidad huella el camino  
 Feliz. Ninguna cosa pasajera  
 Puede fixar el fuego peregrino  
 De sus deseos. Brilla inútilmente  
 El sol para sus ojos distraidos.  
 Ni aun el trueno despierta sus sentidos.

Cérquenie de repente  
 Tempestades horrendas; fieros vientos  
 Silven embravecidos;  
 Conmúevanse del orbe los cimientos;  
 El á su Dios unido estrechamente  
 Nada teme, seguro  
 De que él le sacará de todo apuro.  
 Los años y la vida  
 Vuelan sin que él lo sienta:  
 La terrible avenida  
 De crueles agonias y de males,  
 Que acompaña á la muerte, y atormenta  
 A los demas mortales,  
 Su quietud no perturba; ántes gozoso  
 Se arroja á aquel abismo tenebroso,  
 Al paso que el impío aun en la calma,  
 El espanto y horror tiene en el alma.  
 Ciertos de aquel amparo poderoso,  
 No encerremos nuestra alma en esta estrecha  
 Cárcel del mundo. Pues á cada instante  
 Tememos ver deshecha  
 Esta basa de polvo que sostiene  
 Nuestros pies y sumirnos; acudamos  
 Al asilo mas sólido y constante  
 Que el cielo nos previene:  
 Al rápido torrente resistamos,  
 Que arrebatá los míseros mortales  
 A objetos viles y perecederos.

Paremos, y admirando las señales  
 Sublimes, los anuncios verdaderos  
 De la vida inmortal que nos espera,  
 Avancemos de un siglo la carrera  
 Del tiempo, y en el hombre que ahora existe,  
 El hombre venidero contemplemos.  
 ; Con qué gozo verémos  
 La imágen de este triste  
 Semblante, á nuestros ojos ya mudada,  
 De inmortales facciones hermo세ada!  
 ; Precioso espejo, que nos restablece  
 En aquel natural y noble estado  
 Que al hombre pertenece,  
 Quan gozosos verémos trasladado  
 En tu brillante luna, el lisonjero  
 Plan de nuestro destino venidero!  
 Hagamos diligentes  
 De nuestro ser dos hombres diferentes,  
 El uno ya inmortal que desde el cielo,  
 Al que aun está en la tierra dé consuelo:  
 Oygámoslos callando,  
 Quando en nuestro interior se estan hablando,  
 Siendo nosotros interlocutores,  
 Y aun tiempo objetos de la interesante  
 Conversacion que tienen entablada.  
 ; No sientes ; O Lorenzo! que esta idea (a)  
 En tu pecho despierta los ardores  
 De una vanidad noble! Ni un instante

La reprimas ; es justa y bien fundada :  
 Nada con ser modesto se grangea,  
 Quando es virtud ser vano.  
 Si el hombre en un sentido es despreciable,  
 En otro es muy sublime y respetable.  
 La clave de este enigma está en su mano :  
 Basta que no equivoque  
 Sus miras, y coloque  
 El aprecio y desprecio en donde debe.  
 Así ten vanidad si eres juicioso,  
 De poseer una alma y ser virtuoso.  
 ¿ Qué gusto hay en la tierra á que no lleve  
 Ventaja el disfrutar del pensamiento ?  
 Reyes, Imperios, ¿ qué ofreceis al hombre  
 Que pueda á la nobleza compararse,  
 De una alma llena de conocimiento  
 De que nació inmortal, que de este nombre  
 Digna, sabe gozarse y respetarse ?  
 Con todo el hombre estúpido, á la tierra  
 Sus deseos limita ;  
 Baxo del polvo, sin reparo encierra  
 Una serie infinita  
 De eternas esperanzas, y sofoca  
 En treinta años de tiempo, en un momento  
 Toda una alma inmortal. Encarcelado,  
 De la terrestre atmósfera rodeado,  
 A la prision estrecha que le toca  
 Se acostumbra, y contento

Por el suelo vilmente va á arrastrarse,  
 Quando debiera al cielo sublimarse.  
 Enagena con torpe indiferencia,  
 Aquella rica herencia,  
 En la que al lado del Omnipotente,  
 Ha de segar el justo eternamente,  
 Delicias sin medida,  
 Quando esté de estos siglos concluida  
 La serie momentánea, y ya la suerte,  
 Tiempo, dolor y muerte,  
 Se hayan vuelto á la nada.  
 Siempre que veo una alma alucinada,  
 Que sus fuerzas y activo fuego emplea  
 En penosas frioleras, que agitada  
 De continuo, segun la lisonjea  
 O la amenaza la fortuna, pasa  
 Del gozo á la tristeza, ó se desvia  
 De esta, y vuelve otra vez á la alegría,  
 Me parece estar viendo aquella masa  
 Inmensa del Océano alterarse,  
 Y sus horrendas olas encrespase  
 Con el frívolo empeño  
 De ahogar un gusanillo el mas pequeño,  
 O levantar la paja mas ligera.  
 Hombres á los sentidos entregados,  
 Que á la breve carrera  
 De esta vida ceñis vuestra existencia,  
 Mirad en estos rasgos delineados,

Del hombre mas feliz vuestra imprudencia.  
 Llama á un deseo, viene, le despide;  
 Otro distinto pide,  
 Le fastidia, al momento  
 Le deshecha: así rueda descontento  
 Por todos los deseos, miétras dura  
 Esta vida, y se apura  
 Sin fruto por hallar algun objeto,  
 Que su corazon triste satisfaga.  
 Supongamos que el mundo esté sujeto  
 Todo á su voluntad; que apénas haga  
 La menor seña, quando ya cumplido  
 Halle lo que desea, de manera  
 Que viva alegre. ¡Ay Dios! La hora postrera,  
 El momento temido,  
 ¡Con qué ímpetu que viene  
 Aunque tarde! ¡Ni un punto se detiene  
 La fatal lanzadera  
 Que texe tu mortaja! ¡Qué ligeros  
 Vuelan y huyen los años! Los primeros  
 Que en este mundo mísero has vivido  
 ¡En dónde existen? ¡Insensiblemente  
 En la sima del tiempo se han hundido!  
 ¡Tan léjos de nosotros al presente,  
 Qual si nunca se hubieran disfrutado!  
 El dia actual parece un paxarillo,  
 Que en la mano del hombre aprisionado,  
 Se esfuerza con las alas y el piquillo

Por soltarse y volar. Aun no ha pasado  
 En ella inquieto algun breve monumento,  
 Quando huye diligente por el viento.  
 Con tanta rapidez como se aleja  
 El tiempo de nosotros, empareja  
 La muerte, dando fin en un instante  
 A la vida mas larga y mas brillante.  
 La eternidad tan sola permanece.  
 ¡Y á quién el poseerla pertenece?  
 Si quieres con certeza averiguarlo  
 A tu conciencia puedes preguntarlo.

## NOTAS.

(a) ¡En dónde está la region de la vida bien-aventurada, objeto de los mas ardientes deseos del sabio? La luz del sol es demasiado débil para llegar hasta ella: las estrellas mas elevadas arrastran en un parage infinitamente inferior y remoto. La muerte poderosa, la muerte sola puede, llevándonos en triunfo sobre el sol y los astros, colocarnos en aquella feliz morada.

(b) ¡Vivir inmortal!—; Este pensamiento solo llena todas las potencias de mi alma! No puedo cansarme de pensar en él. Quando estoy engolfado enteramente en esta meditacion, se pasaria un siglo sin que yo lo notase, y volveria á ella con la misma ansia. ¡Qué otro pensamiento puede causar una impresion mas viva en mi sensibilidad? Es-

tremece mi alma con tanta violencia, como un trueno mi oído. Mi razón no puede volver de su admiración, y los ímpetus de mi reconocimiento agotan mi corazón. Mi alma con esta idea no dormita ya á orillas del sepulcro, ántes bien toma vuelo y sube triunfante á respirar sus ayres nativos: ayres que alimentan su noble ambición, y despiertan las chispas brillantes de fuego celestial que el Criador ha depositado en su interior. No tiene entónces un pensamiento siquiera que arrastre mas acá de las estrellas. ¿Se dirá acaso que me dexo llevar demasiado del entusiasmo? El alma que no es capaz de elevarse á este entusiasmo, es una alma débil: no han sido pocas las que han sentido sus divinos ímpetus, si no jamas hubiera corrido la sangre de los Mártires. Pues para ningún hombre es imposible lo que tantos hombres han podido hacer. ¿Quién será el que combatido por las tormentas de la vida, pueda pesar en su pensamiento el valor de esta felicidad infinita, sin sentirse penetrado, arrebatado y abrasado en celestiales llamas? En vano, durante esta niñez tenebrosa, se atormenta el alma: jamas podrá concebir las inmensas prerogativas del reino que ha de heredar.

## NOVENA NOCHE.

## LA INMORTALIDAD. PRUEBAS FISICAS.

¡La Religión es todo! Esta gran diosa  
 Baxó del alto cielo  
 A ser de los mortales el consuelo.  
 El mundo actual en su siniestra mano  
 Traxo, y en la gloriosa  
 Diestra el mundo futuro.  
 Ella es la que sostiene y la que eleva  
 Sobre sí mismo al infeliz humano.  
 Es el fiador seguro  
 De la nobleza de su ser; la prueba  
 Que acredita el valor de sus virtudes.  
 Aun en esta mansion perecedera  
 De la flaqueza y las vicisitudes  
 En que reyna la muerte,  
 Da al hombre una alma fuerte,  
 Que procede qual si una deidad fuera.  
 ¡O tú inmortalidad! ¡O Providencia!  
 Ambas formais la basa incontrastable  
 En que el pie humano puede hacer asiento.  
 Lo restante es un mar pérfido, inestable,

tremece mi alma con tanta violencia, como un trueno mi oído. Mi razón no puede volver de su admiración, y los ímpetus de mi reconocimiento agotan mi corazón. Mi alma con esta idea no dormita ya á orillas del sepulcro, ántes bien toma vuelo y sube triunfante á respirar sus ayres nativos: ayres que alimentan su noble ambición, y despiertan las chispas brillantes de fuego celestial que el Criador ha depositado en su interior. No tiene entónces un pensamiento siquiera que arrastre mas acá de las estrellas. ¿Se dirá acaso que me dexo llevar demasiado del entusiasmo? El alma que no es capaz de elevarse á este entusiasmo, es una alma débil: no han sido pocas las que han sentido sus divinos ímpetus, si no jamas hubiera corrido la sangre de los Mártires. Pues para ningún hombre es imposible lo que tantos hombres han podido hacer. ¿Quién será el que combatido por las tormentas de la vida, pueda pesar en su pensamiento el valor de esta felicidad infinita, sin sentirse penetrado, arrebatado y abrasado en celestiales llamas? En vano, durante esta niñez tenebrosa, se atormenta el alma: jamas podrá concebir las inmensas prerogativas del reino que ha de heredar.

## NOVENA NOCHE.

## LA INMORTALIDAD. PRUEBAS FISICAS.

¡La Religión es todo! Esta gran diosa  
 Baxó del alto cielo  
 A ser de los mortales el consuelo.  
 El mundo actual en su siniestra mano  
 Traxo, y en la gloriosa  
 Diestra el mundo futuro.  
 Ella es la que sostiene y la que eleva  
 Sobre sí mismo al infeliz humano.  
 Es el fiador seguro  
 De la nobleza de su ser; la prueba  
 Que acredita el valor de sus virtudes.  
 Aun en esta mansion perecedera  
 De la flaqueza y las vicisitudes  
 En que reyna la muerte,  
 Da al hombre una alma fuerte,  
 Que procede qual si una deidad fuera.  
 ¡O tú inmortalidad! ¡O Providencia!  
 Ambas formais la basa incontrastable  
 En que el pie humano puede hacer asiento.  
 Lo restante es un mar pérfido, inestable,

Que se hunde á nuestros pies sin resistencia,  
 Y á todos nos devora en un momento.  
 ¡Mi ser acabe! Exclaman las pasiones.  
 ¡Deseo absurdo y vano!  
 ¡Torpe blasfemia del orgullo humano!  
 Existir, y existir perpetuamente,  
 Es el triunfo de nuestros corazones,  
 El don mas deseado y excelente.  
 ¡Y por qué á vivir siempre el hombre aspira?  
 Ven, Lorenzo, á saberlo; ven, desciende  
 A las honduras de la incomprensible  
 Eternidad. La vista atenta extiende  
 Por todas ellas. Mira  
 En la profundidad de lo futuro  
 Descubrirse la luz inextinguible  
 De la felicidad; sus claras fuentes  
 Abrirse á todos lados;  
 Rios de gozo inagotable y puro,  
 Correr arrebatados  
 De aquellos manantiales permanentes.  
 El ser frágil que tiene limitadas  
 Las horas de su vida, el miserable  
 Hombre que en solo un dia  
 Enteramente desfalleceria,  
 Si para ver sus fuerzas restauradas,  
 Cada noche al remedio saluable  
 Del sueño no acudiera,  
 Velando pasara siglos sin cuento,

Seguidos de otros siglos, una entera  
 Eternidad en raptos de contento,  
 De admiracion y reconocimiento.  
 Verá la inmensidad de lo infinito.  
 Quedará satisfecho su apetito  
 Con sus bienes sinfin, y será tanto  
 Su gozo en adorar el sacrosanto  
 Dios que le hizo feliz, que enardecido  
 Creerá que él mismo en Dios se ha convertido.  
 Tú que aquí no eres dueño de un momento,  
 Que de este infeliz mundo en los confines,  
 Como la endeble flor en los jardines,  
 Apenas naces quando te marchitas;  
 Tú que eres pasajero como el viento;  
 Tú mismo poseerás perpetuamente  
 Las riquezas mas grandes y exquisitas,  
 Que dar puede una mano Omnipotente.  
 No: jamas los mortales concibiéron  
 Quan liberal es Dios, ni conociéron  
 Lo grande que es un hombre virtuoso.  
 Extienda, pues, el justo su esperanza  
 Sin límites, y viva en la confianza  
 De que por mas que fuere codicioso,  
 No ha de agotar al Todopoderoso.  
 ¡O Dios! ¡de las virtudes sacra fuente,  
 Tuyo es mi corazon! ¡Seré dichoso  
 Si atiendo á tus consejos obediente!  
 ¡Tu eterna duracion sea la medida

De mi virtud! ¡Posponga á tí mi vida!  
 No una credulidad injusta y ciega,  
 Sino una fe que sin temor se entrega  
 A tu eterna palabra, me asegura  
 De mi inmortalidad. Ni á la crianza,  
 O al clima en que he nacido casualmente  
 Debo mi religion. Ni de la dura  
 Despótica enseñanza  
 De mis primeros años, preocupado  
 Abrazo como esclavo incautamente  
 Las primeras ideas que ha grabado  
 En mi alma, quando estaba  
 Solo pasiva, y no reflexionaba:  
 Al paso que en la edad he ido creciendo,  
 Mi razon cuidadosa ha ido poniendo  
 Todas mis opiniones  
 Para pesarlas en su fiel balanza,  
 Y ha desechado todas las nociones  
 Que ella no penetraba, respetando  
 Solo aquellas que tienen por fianza  
 La palabra de un Dios, pues aunque obscuras,  
 De la verdad eterna dimanando,  
 Han de ser las mas ciertas y seguras.  
 A esta sola verdad el sacrificio  
 Debemos de las luces y del juicio  
 Humano; en lo demas la razon debe  
 Ser el primer objeto que se lleve  
 Toda nuestra atencion y rendimiento,

Como una emanacion, como un aliento  
 De la eterna razon del soberano  
 Criador, que quando al bueno recompensa,  
 O al malo sienta la terrible mano,  
 O premia la razon, ó de su ofensa  
 Toma venganza sobre el hombre insano.  
 Guardémonos de creer que la sagrada  
 Religion de sus términos excluye  
 A la razon. ¡Sin esta acaso fuera  
 Virtud la religion? ¡Si careciera  
 El hombre, como bruto, ó inanimada  
 Piedra de aquesta prenda, que en sí incluye  
 La libertad, qué mérito tuviera?  
 Creamos, pues, que somos inmortales,  
 Para mostrar que somos racionales.  
 Así mejoraremos nuestra suerte,  
 Y esperaremos sin temor la muerte.  
 ¡Es posible que se hallan hombres tales,  
 Que abriguen en su pecho una alma eterna,  
 Con tanta indiferencia, como un monte  
 Insensible, en su parte mas interna,  
 Esconde alguna rica mina de oro?  
 El dia en que se arruine y se desmonte  
 La tierra que rezela aquel tesoro  
 Ignorado, verán que lo han perdido,  
 Mas sin poder volver á recobrarlo;  
 Notarán el abismo en que han caído,  
 Pero quando no puedan evitarlo.

¡Y no es aun mas monstruoso  
 El empeño con que otros se apresuran,  
 En ahogar los internos sentimientos  
 Que continuamente los apuran,  
 Y abatirse al estado vergonzoso  
 De los brutos, empleando sus talentos  
 Y su ambicion en solo envilecerse?  
 Por mas que la razon y la conciencia  
 No cesen un instante de oponerse  
 A su baxeza, luchan con violencia  
 Contra ellas, y gravitan fatigados  
 Por hundirse en la nada, con la horrible  
 Esperanza de verse sepultados  
 En su lóbrega noche inaccesible.  
 Se obstinan en borrar la marca augusta  
 De la inmortalidad que en la alta frente  
 Impresa llevan, y su boca injusta  
 Blasfema contra el alma, contra aquella  
 Deidad que en ellos vive interiormente.  
 ¡O tú, Rey celestial, cuyo pie huella  
 La inmensidad de dos eternidades,  
 De entre las quales una habia pasado,  
 Antes que el mundo fuese fabricado,  
 Y á correr comenzasen las edades  
 Puestas en movimiento:  
 Tú, cuya vista abraza, cuya mano  
 Dirige, cuyo aliento  
 Aviva toda la naturaleza,

Esfuerza mi flaqueza,  
 Miétras en defender el don me afano  
 De la inmortalidad que concediste  
 Benigno al hombre, el don en que consiste  
 Toda su dicha, y cuyo precio ignora  
 Todo aquel que no te ama y no te adora!  
 A sí mismo él incrédulo se miente.  
 A un tiempo toda la naturaleza  
 Contra él alza la voz y le desmiente.  
 De los cielos y tierra la grandeza  
 Y hermosura, nos dicen claramente  
 Nuestra inmortalidad; nos la predica  
 La razon; anhelando se dedica  
 A conseguirla corazon humano:  
 Todo nos la demuestra,  
 O nos hace desear que sea nuestra. (a)  
 Si para tí; O mortal! es un arcano  
 Y quieres penetrarlo, ven conmigo  
 Del universo al templo soberano:  
 Allí de la inmortal sabiduría,  
 El oráculo amigo  
 Consulta, y oye lleno de alegría,  
 Como con sus respuestas te asegura  
 De tu inmortalidad. Aunque nacida  
 De la mano de un Dios inalterable,  
 Esta naturaleza es tan variable,  
 Que á cada paso cambia de figura,  
 De mil revoluciones combatida;

Pero siempre subsiste aunque mudada,  
 Sin ser en parte alguna aniquilada.  
 La noche acude al apagarse el día;  
 Y este de entre sus sombras renaciendo  
 Nos alegra de nuevo; ese estupendo  
 Ejército de estrellas que lucía  
 Con débil resplandor desaparece;  
 Mas volver prontamente nos ofrece:  
 Del mismo modo que se muda el cielo,  
 Varía de continuo nuestro suelo.  
 Mira el estío ardiente;  
 ¡Quál resplandece su encendida frente!  
 Ya huella nuestros campos dilatados,  
 Quema la yerba, y con los abrasados  
 Pies va esparciendo las marchitas flores  
 Por el suelo, y disipa sus olores;  
 Pero ya disminuye el encarnado  
 Color de sus mejillas: demudado  
 Demuestra su semblante,  
 Que es el pálido otoño, el que delante  
 De los ojos tenemos;  
 Mas al otoño mismo ya no vemos:  
 En un breve momento envejecido,  
 Ya es el invierno triste encanecido  
 Por las nieves que viene á despojarnos,  
 Rodeado de carámbanos y hielos,  
 De los bienes que acaba de dexarnos  
 El otoño. Los cielos

Al ver al fiero monstruo se entristecen,  
 Y sus brillantes luces oscurecen  
 Con negras nubes: insensiblemente  
 Pierde el viejo inflexible aquel horrendo  
 Ceño; la primavera deleytosa  
 Renace, conducida suavemente  
 Por los zéfiros blandos: va volviendo  
 A la naturaleza  
 Su semblante risueño, la gozosa  
 Primera juventud y la belleza.  
 Dexa finalizada  
 Del año la carrera dilatada;  
 Y al paso que del orbe se desvia,  
 Da voces al estío refulgente,  
 Para que del tostado mediodía,  
 Venga á darle principio nuevamente.  
 Vuelve á reverdecer lo que ha secado  
 Su calor; nada queda aniquilado:  
 Los puntos que ahora vemos descendiendo  
 En la rueda, de nuevo irán subiendo:  
 La materia su forma á cada paso  
 Pierde; pero esta pasa al mismo instante  
 A refundirse en otra. Del ocaso  
 De la muerte renace otra brillante  
 Vida, y de esta, si acaba, otra pulula.  
 Así el vital espíritu circula  
 En esta mole inmensa, remplazando  
 Los vacíos que en ella van quedando:

Ni el átomo perece mas pequeño.  
 No hay ente alguno que de ser dexando,  
 Dé á conocer que se halla arrependido  
 El Sempiterno dueño  
 De haberlo de la nada producido,  
 Qual si mudable fuese,  
 O lo que ha de venir no precaviese.  
 Esta perpetuidad es el emblema  
 De la inmortalidad que el hombre goza.  
 A impulsos de la extrema  
 Incesante violencia  
 De los tiempos, su cuerpo se destroza  
 Y varía su ser, mas no perece.  
 La única diferencia  
 Que hay entre el alma y la naturaleza  
 Es que esta en las mudanzas que padece  
 Forma un inmenso círculo, y el alma  
 Al contrario, endereza  
 Qual pura llama sin cesar el vuelo  
 En línea recta, interminable al cielo.  
 ¿Y quien ha de negar á esta la palma  
 De la inmortalidad, de que disfruta  
 Su mismo cuerpo, la materia bruta?  
 ¿La parca ha de dar fin con su guadaña  
 Al ser mas noble, y verse perpetuado  
 El que en todo es mas baxo y despreciable?  
 ¿Seria la del hombre suerte extraña,  
 Si estando para su uso destinado

Quanto revive, él solo miserable  
 De volver á vivir fuese privado,  
 Siendo así que no hay otra criatura  
 Que perciba en el mundo el sentimiento  
 De su dicha, y la horrible desventura  
 De ver aniquilada su existencia?  
 ¿Ha de ser inferior en preeminencia  
 Al grano que le sirve de alimento,  
 Sufriendo él solo la terrible suerte  
 De ser aniquilado por la muerte?  
 Hay otra ley tambien que nunca olvida  
 Naturaleza; fiel en su observancia,  
 Grada á grada recorre la extendida  
 Escala de la vida,  
 Sin omitir el mas imperceptible  
 Punto, la mas ligera circunstancia.  
 Con progreso insensible  
 Va pasando la serie indefinita  
 De variaciones, nada precipita  
 Todo ser que intermedia, se halla unido  
 Por cada punto opuesto, á los distantes  
 Extremos de lo grande y lo pequeño:  
 Todas las partes de este gran diseño  
 Forman un todo nunca interrumpido,  
 Un cuerpo inmenso, cuyas abundantes  
 Coyunturas la vista no percibe.  
 Aquí inerte, dormida,  
 Guarda la materia á ser movida:

Allí ya, aunque insensible, vegetando  
 De alguna suerte, vive  
 A medias. Mas allá ya disfrutando  
 De sensibilidad, goza completa  
 La vida. A igual progreso está sujeta  
 La inteligencia. Apenas resplandece,  
 Qual chispa débil en los animales,  
 Como una escasa aurora nos ofrece,  
 Y precede las luces mas cabales  
 De la razon. Brilla esta en los humanos,  
 Mas su luz las medidas aun no llena.  
 ¡Pues cómo ha de seguirse la cadena  
 A los entes eternos, sobrehumanos  
 Que son puros espíritus? Confiesa  
 Que si el hombre es mortal, considerado  
 En parte, es inmortal por otro lado;  
 O si no al punto cesa  
 La conexión que en la cadena admira;  
 Faltan las piezas, y su union espira;  
 Queda un vacío, queda un claro extenso;  
 En la continuidad de aquel inmenso  
 Orden de criaturas.  
 Estas verdades puras  
 Son consecuencias de la analogía,  
 La mas segura guía,  
 Que á la razon humana se ha franqueado,  
 Para hallar la verdad sin extravío.  
 Parece que el impío,

Con la homicida muerte coligado,  
 Desmiente á toda la naturaleza,  
 Y de su testimonio la certeza  
 Llega á negar. El insensato abjura  
 De la razon; renuncia á su futura  
 Felicidad; sin reparar degrada  
 La magestad del hombre tan sagrada.  
 ¡O y quan distintamente  
 Piensa el sabio! “; Si el Todopoderoso  
 Lo quiere, exclama, vuelva nuevamente  
 El universo al caos tenebroso;  
 Quede disuelta en polvo nuestra esfera,  
 O caygan sobre mí precipitados  
 Esos orbes lucientes, desquiciados  
 De sus sitios, que mi alma no se altera!  
 ; Nada teme, totalmente segura  
 De que saldrá triunfando  
 De en medio de las ruinas abrasadas  
 Del universo, y como llama pura  
 Subirá el vasto incendio dominando,  
 Del cielo á las regiones elevadas!”  
 Con semblante risueño  
 Ve como se destruye enteramente  
 Todo lo que es materia. El vano empeño  
 Del rayo que le cerca, y solo alcanza  
 A consumir su cuerpo, es suficiente  
 Y segura fianza  
 De que su alma no puede ser destruida.

Su temple es totalmente impenetrable  
 A los tiros que arroja la homicida  
 Muerte; se ven caer á todos lados  
 Sus dardos despuntados,  
 Y la alma persevera invulnerable.  
 Tales del sabio son los pensamientos.  
 ¡Ven, Lorenzo, y atentos (*b*)  
 Veamos si es el hombre una criatura  
 Ordinaria como otras, destinada  
 Como ellas á morir enteramente!  
 ¡Subamos á la altura  
 De las nubes; miremos la apartada  
 Esfera de la tierra, y juntamente  
 El gran poder del hombre contemplemos!  
 Cubierta en todas partes la hallaremos  
 De patentes vestigios  
 De su inmortalidad. ¡Qué de prodigios  
 Sobre su superficie derramados!  
 ¡Qué inmensidad de campos cultivados  
 Que las mieses esconden! ¡Qué espantoso  
 Número de navíos, que volando  
 Sobre el mar obediente,  
 Le traen lo mas precioso  
 De los remotos climas, lisonjeando  
 Alternativamente,  
 Segun quiere su gusto ó sus furores!  
 ¡Le sirve el mar! ¡Los astros y los vientos  
 Le utilizan! ¡Mitiga sus ardores

El fuego á su mandado, ó los aumenta!  
 Su vivo ingenio todo lo domina.  
 Trastorna á su placer los elementos,  
 Y la naturaleza, aunque violenta,  
 Debaxo de sus órdenes camina.  
 En vano esta le opone con empeño  
 Hondos abismos, riscos encumbrados,  
 Al mismo tiempo que ella fabricados,  
 Por detenerle; el hombre como dueño  
 Manda, y desaparecen  
 Los montes, los profundos valles crecen  
 E igualan el nivel de las llanuras.  
 Repara esas ciudades populosas  
 Y soberbias, que cubren las alturas  
 De los montes sobre ella suspendidas.  
 Mira otras en las vegas espaciosas  
 De los húmedos valles extendidas,  
 Que de su hondo recinto,  
 Forman un dilatado laberinto.  
 Ve allí sus altas torres elevarse  
 Por medio de los ayres, dominando  
 La vasta perspectiva, y coronarse  
 Con las luces del astro, que brillando  
 Sus encumbrados chapiteles doran.  
 Mas ¡qué nuevos encantos enamoran  
 La vista! Otras ciudades orgullosas  
 Dentro del mar se alejan:  
 De sus vastos palacios las hermosas

Imágenes, reflexan  
 En sus movibles ondas, que espumosas  
 Braman inútilmente,  
 Al rededor de aquella mole fiera.  
 En vano acuden con veloz carrera  
 A acometerla, vence fácilmente  
 Sus esfuerzos, é inmóvil persevera.  
 El hombre en el Océano ha ganado  
 Extendidas provincias; le ha mandado  
 Qual otro Dios: "No pases de este puesto,  
 De estas nuevas riberas que he dispuesto."  
 Si al equador un poco te aproximas,  
 ¡Qué invenciones sublimes, qué admirables  
 Artes florecen en aquellos climas,  
 Por un calor benigno fomentados!  
 Cuenta si puedes los innumerables  
 Templos, que allí sus cúpulas elevan  
 Al Dios mismo, á quien fuéron consagrados.  
 Mira la pompa allá de los triunfales  
 Arcos inmensos, que á las celestiales  
 Bóvedas emulando, nos renuevan  
 De antiguos vencedores la memoria,  
 Mundamente contándonos su historia.  
 ¡Repara aquí raudales de agua pura,  
 Que á pesar de su peso, dirigidos  
 Por la industria del hombre, á grande altura  
 Suben, y á baxar vuelven, convertidos  
 En un polvo menudo y espumoso!

¡Mira allí el impetuoso  
 Curso de aquellos rios, refrenado  
 Con vastos diques! Duerme encarcelado  
 En aquella prision profunda y fuerte,  
 El caudal de sus aguas, y convierte  
 En un tranquilo mar la árida tierra.  
 Mas allá el hombre rompe el continente  
 Dilatado, y arrastra diligente  
 Dos mares muy remotos, los encierra\*  
 En canales, y en medio de su imperio  
 Los hace unir con duro cantiverio.  
 ¡Mas agradan acaso á tu valiente  
 Corazon las escenas de la guerra,  
 En que esta infernal furia desatada,  
 Seguida del poder y de la gloria,  
 Vuela y esgrime la desnuda espada?  
 Pues mira ya los campos inundados  
 En viva sangre, y la feliz victoria  
 Que duda entre los bandos encontrados.  
 ¡No oyes allá á lo léjos cómo truenan  
 Los rayos de las naves, y resuenan  
 Con sordo y largo estruendo,  
 Que se va repitiendo  
 De una á otra por las olas del profundo  
 Mar? Pues esa es la voz de la Inglaterra  
 Que da la paz al mundo.

\* Alude al famoso canal de Languedoc.

Nada resiste al hombre. Abre la tierra  
 Sus ocultas entrañas, y en su mano  
 Sus mas ricos tesoros deposita.  
 Opones el cielo en vano  
 Una distancia enorme; el arte humano  
 La calcula. El astrónomo persigue  
 La estrella que la fuga precipita  
 Por la extension del éter, y consigue  
 Alcanzarla. Los términos del cielo  
 Se alejan mas y mas; rendida cede  
 Naturaleza al hombre, y rasga el velo  
 Que ocultarla no puede  
 A su perspicaz vista; en todas partes  
 Se encuentra subyugada por las artes.  
 El mundo entero ya es un monumento  
 Que atestigüa del hombre el gran talento  
 Y el poder invencible.  
 Aunque encontró imperfecta su morada,  
 El la dió con su ingenio esta visible  
 Agradable figura, y la postrera  
 Mano para dexarla rematada.  
 Emulo momentáneo del Potente  
 Criador eterno, acaba diligente,  
 Miétras dura esta vida pasajera  
 El universo. Al ver prodigios tales,  
 ¡Quién podrá no exclamar maravillado:  
 “Esta mansion ha sido ciertamente  
 Habitada por entes inmortales;

Suyas son estas obras que aquí admiro!”  
 ¡Queda ¡O mortal! tu orgullo lisonjeado  
 Al recorrer tus obras? Pues yo quiero  
 Enseñarte otra que es mas apreciable:  
 Escucha.—Es un suspiro  
 Compasivo hácia otro hombre miserable.  
 El bien moral es solo verdadero:  
 La muerte que á los otros no perdona,  
 A este solo respeta, á este corona.

## NOTAS.

(a) ¡Con qué bondad ha multiplicado la Providencia las pruebas de esta verdad necesaria, sin la qual todas las demas verdades son inútiles! ¡Cómo se apresuran á presentarse amontonadas delante de mi pensamiento!

(b) Pero estas imaginaciones (así las llama) no hacen fuerza alguna á Lorenzo. Aquellas inmortales coronas, aquella felicidad que le espera en una morada, colocada sobre los astros, no hace el menor efecto en su corazon; su ambicion no se satisface sino con objetos viles. Veré, si es posible, resfriar esta ambicion, y volver contra tí mismo la gloria y el vano resplandor del mundo que te seduce. Todo lo que te hace amable esta vida, te debe enamorar mas de la futura; y así si eres prudente, en la causa misma de tu mal encontrarás su remedio.

## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

### ACERCA DEL CONTENIDO

#### DE LAS DOS NOCHES SIGUIENTES.

En las dos noches siguientes se hallan varias proposiciones, que á primera vista, y separadas de las antecedentes y consiguientes, pudieran servir de tropiezo á algun lector totalmente ignorante. Y aunque es cierto que tal lector hallaria el mismo inconveniente en el tratado del autor mas católico que versase sobre la religion; no obstante, para obviar aun este remoto peligro, he dispuesto esta advertencia, que parecerá ociosa á los lectores sensatos; aunque espero que hechos cargo de que somos deudores, segun S. Pablo, á los ignorantes como á los sabios, no la llevarán á mal.

Han de advertir, pues, los lectores poco instruidos, que entre las muchas é incontrastables razones con que se puede probar la inmortalidad de nuestras almas, es una y de las mas fuertes la de las consecuencias desatinadas que se seguirán de suponerla mortal. Tales son, que los animales, aun-

que tan inferiores al hombre en la naturaleza de su ser, y criados para su servicio y uso, serian en aquel supuesto mas felices que él. Que el Criador habria dado al hombre el deseo de existir siempre, y el conocimiento de lo bueno y lo malo, solo para atormentarle y hacerle miserable. Que en la dicha suposicion de no haber otra vida, la suerte del malvado seria mucho mas feliz que la del justo, pues este en la presente vida es por lo regular mas desgraciado que el malo.

De estos absurdos y otros que omito resultaria precisamente, que Dios, léjos de ser infinitamente sabio y justo, seria un ente indolentísimo, que criaba todas las cosas desordenadas. Maligno, pues se complacia en criar otros entes capaces de sentir y entender, solo para atormentarlos sin causa y sin utilidad; é injusto, pues léjos de castigar al malo, al impío y desagradecido que le despreciaba y blasfemaba, le daba felicidad; y al contrario, oprimia y castigaba al justo, que le adoraba, y tenia puestas en él todas sus esperanzas.

Por consiguiente no se le deberia mirar como á Dios, pues que no lo era, sino como al mas bárbaro é injusto tirano, y habia sobradísimo motivo para todas las amargas imprecaciones, que á fin de probar lo absurdo de tal proposicion pone Young en boca del hombre. Y como es imposible, y repugna totalmente á la razon que Dios sea así, se

infiere claramente que el alma es inmortal. Aun el mas insensato conoce, que el figurarse un Dios indolente, maligno é injusto, es igual desatino al de decir que no hay Dios.

La prosperidad de los malos aun en este mundo choea de tal manera nuestra razon y las ideas generales de rectitud y justicia, que el mismo Dios ha grabado en ella, que hasta el santo Rey David, (*Psal. 72.*) creyendo como creia la vida futura, no obstante se conmovia y tenia por incomprendible dicha prosperidad, á la que no hallaba otra solucion, que los espantosos y eternos castigos que habian de llover sobre ellos en el otro mundo. ¡Pues qué seria si se verificase que despues de haber sido felices en esta vida, y haber oprimido á los justos en ella, no hubiese otra, y quedasen sin castigo alguno?

Los Gentiles mismos advirtiéron esta aparente injusticia, y se viéron precisados á suponer la vida futura como Platon, que dice: "Tendria muchisima cuenta á los malos que la muerte los aniquilase totalmente.—Pero no: nuestra alma quando se aparta del cuerpo, se lleva consigo sus obras buenas ó males, que son la causa de su felicidad ó su desgracia eterna. Los Gentiles que no creyéron la vida futura, no dexáron de tropezar en la prosperidad de los malos, y murmuráron de sus dioses, como Claudiano."

*Sed cum res hominum tanta caligine volvi  
Aspicerem; lætosque diu florere nocentes,  
Vexarique pios; rursus labefacta cadebat,  
Religio.—*

Supuesto todo lo que acabamos de decir, todas las proposiciones de Young en esta noche y la siguiente, que se dirigen contra la Providencia, contra la virtud, y á favor del vicio, deben entenderse en el caso supuesto de que Dios no castigase al malo, ni premiase al bueno; y que fuese no el Dios que es, sino un ente con todos los defectos que hemos apuntado. Y como este es un supuesto absolutamente absurdo, y dirigido únicamente á demostrar la justicia y bondad infinitas del verdadero Dios que adoramos, léjos de ser las tales proposiciones injuriosas á este Señor, sirven para dar mayor realce á su gloria.

Para que los lectores con quienes hablamos sepan aplicar las reglas que acabamos de apuntarles, pondremos un exemplo sacado de la onzena noche que se sigue. Al principio de ella dice Young: ®

Si es error la esperanza que tenemos de la inmortalidad; ¡qué error precioso! Esta proposicion no quiere decir que sea error el creer la inmortalidad del alma, sino que aun quando fuese dable que fuera un error, debian los hombres apetercerle para su consuelo, y por este medio probar el sumo apre-

cio con que deben mirar su certidumbre. Y así explica dicha proposición y todas las demás que se siguen, y las da el verdadero sentido por medio de aquellos versos que las terminan en la undécima noche hácia el fin, y empiezan así:

¡Mas no, nuestras blasfemias retractemos! &c.  
Pues en estos versos asegura y prueba con la falsedad de los supuestos antecedentes, la inmortalidad de nuestras almas.

Me parece que sería prolixidad el extenderse mas en un asunto tan claro.

## DECIMA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS MORALES.

¡Has muerto, ilustre Pope, totalmente!  
Tú que del cielo ingenio recibiste  
Tal, que á qualquiera eternizar pudiste,  
¡Has dexado de ser enteramente?  
No. Tú vives.—Te doy la enhorabuena  
De que has pasado ya á la opuesta orilla;  
No me despido, no, que brevemente  
Ha de volver á unirnos la cuchilla  
De la parca. Saldé de esta terrena  
Triste esfera del sol, llegará el día  
De ir á gozar tu dulce compañía  
Para siempre, en el clima venturoso  
En que brilla otro sol mas luminoso.  
No hace otra cosa el hombre que abismarse  
En la muerte, y volver á levantarse  
Al momento inmortal. ¡La sepultura  
Qué es si no subterránea senda obscura  
Que á una perpetua dicha le conduce?  
Su historia está en dos partes dividida,  
Pero muy desiguales; la primera

cio con que deben mirar su certidumbre. Y así explica dicha proposición y todas las demás que se siguen, y las da el verdadero sentido por medio de aquellos versos que las terminan en la undécima noche hácia el fin, y empiezan así:

¡Mas no, nuestras blasfemias retractemos! &c.  
Pues en estos versos asegura y prueba con la falsedad de los supuestos antecedentes, la inmortalidad de nuestras almas.

Me parece que sería prolixidad el extenderse mas en un asunto tan claro.

## DECIMA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS MORALES.

¡Has muerto, ilustre Pope, totalmente!  
Tú que del cielo ingenio recibiste  
Tal, que á qualquiera eternizar pudiste,  
¡Has dexado de ser enteramente?  
No. Tú vives.—Te doy la enhorabuena  
De que has pasado ya á la opuesta orilla;  
No me despido, no, que brevemente  
Ha de volver á unirnos la cuchilla  
De la parca. Saldé de esta terrena  
Triste esfera del sol, llegará el día  
De ir á gozar tu dulce compañía  
Para siempre, en el clima venturoso  
En que brilla otro sol mas luminoso.  
No hace otra cosa el hombre que abismarse  
En la muerte, y volver á levantarse  
Al momento inmortal. ¡La sepultura  
Qué es si no subterránea senda obscura  
Que á una perpetua dicha le conduce?  
Su historia está en dos partes dividida,  
Pero muy desiguales; la primera

Es esta breve y engañosa vida,  
 Que es como el frontispicio, y le introduce  
 A la segunda eterna y verdadera.  
 “Yo (blasfema el impío) en esta esfera  
 Terrestre, no veo mas que una indecible  
 Muchedumbre de espectros, que á millares  
 De una hora en el espacio imperceptible  
 Se mudan, qual las olas de los mares :  
 Obras insubistentes que produce  
 El capricho de un Dios, con un ligero  
 Soplo, y que el mismo Dios con otro fiero  
 Soplo, á la nada sin piedad reduce :  
 No son mas que una serie miserable  
 De entes sin duracion, que con estruendo  
 El torrente del tiempo formidable  
 Arrastra hácia el abismo de la nada.”  
 ¡Mas cómo! ¡en la corriente apresurada  
 Que á este abismo tremendo  
 Nos lleva, no ha de hallarse alguna roca,  
 A la que el hombre asido,  
 Pueda hacer una poca  
 Pausa, y entre las aguas que oprimido  
 Le tienen, respirar un breve instante,  
 Dar desde allí una ojeada penetrante  
 A su futura suerte, y engreirse  
 Con la audaz esperanza  
 De que nació inmortal, y ha de seguirse  
 Tras de aquella tormenta la bonanza!

¡En medio del naufragio continuado  
 De tanto ser precioso,  
 No ha de haber algun ser mas poderoso,  
 Cuyo trono elevado  
 En medio de las olas del profundo  
 Y fiero mar, de apoyo sirva al mundo :  
 Que como un alto faro luminoso  
 Domine su extension, y á sus perdidos  
 Dispersos hijos, en la noche obscura  
 Les señale el asilo, la segura  
 Costa, á que han de acudir todos unidos,  
 A gozar en su angusta compañía,  
 De una perfecta dicha y alegría!  
 ¡Algun ser por ventura no subsiste,  
 De quien dimane todo lo que existe,  
 Que sea el solo nudo  
 De quien la realidad toda dependa!  
 ¡Y este divino ser que tanto pudo,  
 Que los demas produjo de la nada,  
 Será dable que en la hora señalada  
 Por su bondad, no extienda  
 El poderoso brazo, y los liberte  
 De las sangrientas garras de la muerte!  
 ¡No mandará al sepulcro que al momento  
 Su presa restituya :  
 A la tierra y al húmedo elemento  
 Que den tambien la suya,  
 Y entreguen el depósito escondido

De las generaciones, que confiado  
 Fué por un tiempo breve á su cuidado?  
 Supuesto que el impío no haga cuenta  
 De la naturaleza endurecido,  
 Y que en tal grado el infeliz se ciegue,  
 Que á lo que ve mas claro le fe niegue,  
 ¿Se podrá resistir á lo que siente?  
 Si es tanta la torpeza de su oído,  
 Que á entender al Criador le inhabilite,  
 Quando por medio de las criaturas  
 Le habla, atienda siquiera á su conciencia,  
 Que las mismas lecciones le repite.  
 Mírese y lea dentro de su pecho;  
 En él verá grabadas las seguras  
 Pruebas de que es eterna su existencia.  
 Allí reside el juez, que á su despecho  
 Su error condena. La naturaleza  
 A sus hijos no engaña;  
 No es dable que cometa la vileza  
 De imprimir en el hombre tal patraña,  
 Que á el hombre induzca á error, ántes severa,  
 Siempre en desengañarle es la primera.  
 Conduce tu rebaño á un prado ameno;  
 Mira qual pace, de pesar ageno,  
 Respirando la paz y la alegría.  
 La paz ¡ay triste! que jamas consigue  
 El mismo dueño que á pacer lo guia.  
 A este un fastidio eterno le persigue

Como á los demas hombres: sin que queda  
 Uno solo exceptuado del tormento.  
 Con igual sentimiento  
 Se quejan de su suerte desgraciada,  
 El pastor y el Monarca; así sucede  
 Que en cabaña ó en trono  
 Ambos suspiran por el mismo tono.  
 ¿Y qué diferencia hay tan extremada  
 Entre los dos! El uno el mar encierra  
 Entre vastas provincias de su imperio;  
 No posee el otro en todo el hemisferio  
 Mas que una mal formada  
 Chozo de paja y tierra,  
 Que apenas le da abrigo  
 En el desierto campo quando llueve,  
 O siembra el aquilon copos de nieve.  
 ¿ Creeré que ha sido Dios mas generoso  
 Con mis propias ovejas que conmigo?  
 No lo debo pensar; blasfemaria.  
 Este fastidio universal que siento,  
 Cuyo peso horroroso  
 Oprime el alma mia,  
 No es mas que el interior conocimiento  
 De mi inmortalidad; es el gemido  
 De la naturaleza que está fuera  
 De su centro, y anhela el escondido  
 Bien en que está su dicha verdadera.  
 Está en efecto el hombre destinado

A ser atormentado noblemente,  
 Por su misma grandeza  
 Hasta morir; ó bien ciña su frente  
 Diadema real, ó bien en su cayado  
 Cifre todos sus bienes la pobreza.  
 Su paciencia, su hastío imponderable,  
 De su ser le demuestran la nobleza;  
 Le da á entender su suerte miserable,  
 Que nació para ser mas venturoso.  
 Esta no es nuestra patria, es un penoso  
 Extrangero desierto en que viajamos,  
 Y al paso disfrutamos  
 De la naturaleza un alimento escaso  
 —Con el qual nó nos saciamos.  
 En vano tira el hombre peregrino  
 A no dexar deleyte en su camino  
 Que no logre, se queda siempre hambriento  
 En medio de su estéril abundancia,  
 Pues nace de cada uno un increíble  
 Número de deseos, imposible  
 De conseguir que apura su constancia,  
 Así, quando subir ya no podrémos,  
 Antes que estarnos quietos baxarémos;  
 Como se vió en el dueño del Romano\*  
 Imperio, que cansado dió de mano  
 Al gobierno del mundo, y fué á ocultarse

\* Este fué Tiberio.

En Caprea por poder encenagarse  
 Sin estorbo en deleytes los mas feos.  
 La ambicion fué la que desesperada  
 De poder ya dar pasto á sus deseos,  
 Le hizo hacer esta torpe retirada.  
 Dios, con oculta fuerza incontrastable,  
 Impele los humanos corazones  
 A anhelar lo futuro.  
 La esperanza incansable,  
 Vuela siempre con alas extendidas  
 Tras todo objeto, cuyas perfecciones  
 A sus ojos agradan. Mas de apuro  
 Nunca sale. Insaciable,  
 Le fastidian las cosas ya adquiridas,  
 Y suspira por otras, obligando  
 Al hombre á que imprudente, sacrifique  
 El bien que está gozando,  
 Y á un tiempo su reposo  
 Por otro bien fantástico ó dudoso,  
 Que logrado igualmente se irá á pique.  
 Debaxo de sus pies huella impaciente,  
 Todos los beneficios del presente  
 Tiempo; destruye, acaba de mil modos,  
 Apenas nacen los placeres todos.  
 Sin cesar nos inquieta y atormenta,  
 Casi como pudiera la sangrienta  
 Desesperacion misma. ¿ Por qué el gozo  
 Del bien que ya poseo

Me satisface ménos que el deseo ?  
 ¿ Por qué este ha de causar mas alborozo  
 En mí que el disfrutar de una corona ;  
 Y por qué el mismo objeto que aficiona  
 Mi corazon, sepulta desde luego  
 Todo mi gusto si á lograrlo llego ?  
 ¡ Ah ! Sin duda el Excelso, que en el mundo  
 No nos dexa otro bien que la esperanza,  
 Otros bienes mayores nos afianza  
 Para adelante en suelo mas fecundo ;  
 Y una fuerza indecible,  
 Arrastra al hombre al término invisible  
 Por el Criador fixado,  
 Sin dexarle un instante sosegado.  
 Voy ahora á introducirte mas adentro  
 De tu alma. En esta vida, (a)  
 Nuestras potencias fuera de su centro,  
 Dan una escasa luz amortecida,  
 Bien inferior al resplandor brillante  
 Que en ellas cabe. Mira quan distante  
 En esta parte la razon humana  
 Se halla del ciego instinto de los brutos.  
 Aquella perceptible,  
 Cada instante infinitamente gana ;  
 Este al contrario, está rápidamente  
 Perfeccionado, y da todos los frutos,  
 De que su pequeñez es susceptible.  
 La razon á su fin va lentamente ;

Mas se arroja el instinto, y á carrera  
 Del que le corresponde se apodera.  
 Llega todo animal en pocos dias,  
 Al término á su especie señalado ;  
 Recibe aquellas cortas mejorías  
 Posibles, y ya llena  
 La medida del bien, á que se ordena  
 Su ser, se para ; y en aquel estado,  
 Inmóvil para siempre persevera.  
 Aunque siglos viviera,  
 No adquiriria el mas pequeño aumento,  
 En sus noticias y conocimiento.  
 Sin variedad en él se notarian  
 Siempre unos mismos actos repetidos.  
 De su gozo y deseo los ceñidos  
 Círculos, nunca un punto crecerian.  
 Muy al contrario el hombre, aunque viviese  
 Del astro que le alumbrá las edades,  
 No dexaria de aprender verdades  
 Nuevas, y quando el término viniese  
 De su vida, aun el último momento  
 Le encontraria de saber hambriento.  
 Nuestras inclinaciones naturales,  
 Como nuestras potencias, reprimida  
 Tienen toda su fuerza en esta vida :  
 Conocen que á este cuerpo delicado  
 Le serian sus ímpetus mortales.  
 Con todo aun es á veces demasiado

Su ardor, en arrojarse á los objetos  
 Vanos que se presentan á su vista ;  
 Mas nunca la conquista  
 De semejantes bagateles puede  
 Emplear su actividad, tener sujetos  
 Sus esfuerzos, y su ímpetu fogoso  
 Moderar, de manera que se quede  
 Todo en justo equilibrio y en reposo.  
 Siempre tienen de sobra  
 Nuestras inclinaciones una inmensa  
 Fuerza, que en este mundo jamas obra.  
 Esta fuerza suspensa,  
 No las dexa tranquilas un momento.  
 Su incesante inquietud y movimiento  
 La vida humana agitan,  
 Y tormentas continuas excitan ;  
 Su hambre desbastadora,  
 En un instante sin tomar áliento,  
 Estos frutos insípidos devora,  
 Que en sus inmediaciones de la tierra.  
 Para hallar otros nuevos, va corriendo  
 El ámbito que encierra,  
 Y todo quanto encuentra destruyendo.  
 Desprecia el ambicioso  
 La grandeza lograda,  
 Y con lástima mira su pasada  
 Gloria, que compró á expensas del reposo.  
 Tal César, siendo ya del mundo dueño,

“; Por esto hice (exclamó) tan fuerte empeño!”  
 Quando nuestra alma de entusiasmo llena,  
 Su mérito admirando se enardece,  
 Breve un entero siglo la parece  
 Para gozar la estimacion agena.  
 No nos basta que seamos alabados  
 De nuestros coetáneos; obstinados  
 Queremos que los siglos venideros  
 Repitan sus aplausos lisonjeros.  
 Un escondido instinto indestruible,  
 Nos hace interesar en lo futuro  
 A pesar nuestro. Dentro del obscuro  
 Retiro de nuestra alma, con sensible  
 Complacencia percibe nuestro oido,  
 De nuestro nombre el eco repetido  
 Por la posteridad con nueva gloria,  
 Capaz de hacer eterna su memoria.  
 Esta feliz noticia celebrando,  
 Seguimos nuestra imágen conducida  
 Por la fama, y con gozo atravesado  
 Por la serie extendida  
 De las generaciones venideras,  
 No contentos de ver que á las postreras  
 Nuestro nombre ha llegado,  
 Quisiéramos al verla concluida,  
 Sobrevivir á todo lo criado.  
 ¿Soñaríamos tanto en la futura  
 Inmortalidad nuestra, si una dura

Suerte á dexas de ser nos destinase?  
 Ciegos, es cierto, erramos en la clase  
 De la inmortalidad que deseamos,  
 Pues debiendo buscar la verdadera  
 De nuestro ser total, nos lisonjemos  
 Con una sombra poco duradera,  
 Que apenas alcanzamos con la mano,  
 Quando dexa nuestra alma fastidiada,  
 Y cuyo ser imaginario y vano,  
 A nuestra vista se convierte en nada.  
 Mas aunque siempre vemos  
 Frustrarse nuestro intento, y disgustados  
 Miramos los objetos que ofrecian  
 Saciarnos nuestra ambicion; nunca podemos  
 Arrancar sus deseos, que se crian  
 En nuestros corazones arraigados:  
 En ellos los plantó naturaleza,  
 Para otros fines de mayor nobleza,  
 Y en ellos los conserva á pesar nuestro. (b)  
 El hombre por mas fuerte y por mas diestro  
 Que sea, nunca logrará pararse:  
 Seguirá sin cesar en remontarse.  
 Una fuerza interior, irresistible,  
 Un elástico muelle, que invisible  
 Nunca afloxa, le impelen hácia arriba,  
 Y siempre harán lo mismo mientras viva;  
 Aunque sus dones todos la fortuna  
 Sobre su alma desplome, no la oprime.

Sin detencion alguna,  
 Con fuerte reaccion se desenvuelve,  
 Y su propio lugar á ocupar vuelve.  
 Aun el villano que en pobreza gime,  
 La misma ambicion tiene que un Monarca;  
 Y hasta aquel infeliz que la vil marca  
 De esclavo lleva en la abatida frente,  
 Tiene tanta altivez como el potente  
 Sultan sobre su trono.  
 Exclama en su interior con tanto entono  
 Como aquel Rey Asirio: “; deteneos!  
 ; Admirad mi poder; ved sus trofeos!”  
 De esa altivez la causa es el interno  
 Eco, que le repite que es eterno  
 Su ser, como el del bárbaro tirano,  
 Que en sus cadenas le contempla ufano.  
 Fuera imposible que una alma estuviese  
 Quieta, sin aspirar á la grandeza  
 Que á su ser corresponde. Si no hubiese  
 Una grandeza real, se fingiria  
 Una á su antojo, y á ella con presteza  
 El vuelo interrumpido seguiria.  
 La propia estimacion es la primera  
 Inclinacion del hombre. Si encargado  
 Dexó Dios al deleyte del cuidado  
 De conservar su débil cuerpo en vida,  
 Mandó á la propia estimacion, que fuera  
 La que de la alma humana protegiese

La gloria, y por el mundo la extendiese.  
 Esta inclinacion es la que lucida,  
 Nuestra mansion adorna en todas partes  
 La que inventa las artes,  
 Aviva los talentos,  
 Convierte nuestras obras en portentos,  
 Y la corta ventura perfecciona,  
 Que esta esfera terrestre proporciona.  
 Todo quanto se ve de prodigioso,  
 De delicado ó grande, en la extendida  
 Humana sociedad, es obra suya.  
 En quanto que la turba mal sufrida  
 De las necesidades, y el mañoso  
 Deseo de una vida acomodada,  
 La ayudan con su fuerza á que construya  
 Sus obras, los cimientos colocando,  
 Segun su mismo plan, ó restaurando  
 Lo que el tiempo destruye, ella ilustrada,  
 Como Arquitecto todo lo dirige,  
 Lo adorna y lo concluye, qual exige  
 La gloria de nuestra alma. ¡Y qué no debe  
 Aun la virtud á su eficaz influxo!  
 Ella la aviva con la oculta espuela  
 De una emulacion noble; hace que lleve  
 El bien moral tan nuevos condimentos  
 Que á los hombres agrada: ella introduxo  
 En otros tiempos la famosa escuela  
 De filósofos sabios que formáron

Tanta secta, y con justos documentos  
 El hombre, aun en la infancia ilumináron.  
 ¡Quánta virtud moral hubiera habido  
 De ménos en el mundo, á no haber sido  
 Por el aprecio sumo con que mira  
 El hombre su persona! A este se agrega  
 El aprecio del público á que aspira;  
 Sin este rara vez el otro llega  
 A utilizar: en lo interior metido  
 De nuestro corazon, habla al oido,  
 Casi siempre en lenguaje lisonjero;  
 Quando el aprecio público, al contrario,  
 Sujeta nuestro mérito al severo  
 Y equitativo exámen de la humana  
 Sociedad. El temor de este plenario  
 Juicio, de que dimana  
 Si sale mal el general desprecio,  
 Aviva los esfuerzos del mas necio.  
 La virtud en un teatro colocada  
 Tan público, alumburada  
 Por todas partes de la luz del dia,  
 Ostenta sus primores á porfia.  
 Y este anhelo insaciable que abrigamos  
 De conseguir la estimacion agena,  
 Si no procede de viciosa vena,  
 ¡Por qué de todo el mundo lo ocultamos?  
 ¡Por qué si un hombre honrado nos sorprehende  
 En tal deseo, y vemos que se extiende

Este secreto nos avergonzamos?  
 Sin duda que por un maravilloso  
 Arte, este mortal cuerpo ha recibido  
 La facultad de ser un cuidadoso  
 Ayo que al alma misma la reprenda.  
 Dios con un fin moral ha dirigido  
 De nuestra sangre el círculo; ha dispuesto  
 Que siempre que descienda  
 El alma á envilecerse mendigando  
 Los aplausos ajenos, no contenta  
 Con disfrutar los propios, suba presto  
 A teñir las mexillas de rosada  
 Púrpura, publicando  
 Al mundo espectador aquella afrenta,  
 Que su nobleza dexa tan ajada.  
 ¡Por qué á los otros hombres en efecto,  
 Acude á sujetarse y se envilece?  
 ¡No tiene en su conciencia un juez mas recto  
 Y mas autorizado,  
 Que segun lo merece,  
 La alaba ó la reprende decontado?  
 La misma vanagloria  
 Que sin cesar nos hace á la memoria  
 Nuestra inmortalidad, y la grandeza  
 A que nos destinó naturaleza,  
 En el mismo placer nos acompaña.  
 El hombre nace para ser dichoso,  
 Su dicha en el placer sumo consiste,

Y como este placer tan solo existe  
 En Dios su último fin, si por extraña  
 Torpe equivocacion, ó por vicioso  
 Capricho, en otro objeto  
 Que en Dios quiere encontrarlo aun quando venza  
 Todo otro impedimento, su vergüenza  
 El placer anhelando hace incompleto.  
 Así un hijo de un Rey, que destinado  
 Nació á heredar un trono poderoso,  
 Si de su noble cuna se olvidase,  
 Hasta un extremo tal, que adocenado  
 Con la gente mas vil, se abandonase  
 A un juego indecoroso,  
 Dentro de su interior se correria  
 Por fuerza, y la vergüenza impediria  
 Que á su gusto del rato disfrutase.  
 Aun en los mismos brazos del mas vivo  
 Deleyte, nos persigue esta importuna  
 Vanidad, y nos causa un excesivo  
 Dolor. Por tanto no hay delicia alguna  
 Que no cuente á millares  
 Hipócritas que fingen alegría  
 Sin tenerla, así como en sus altares  
 Los cuentan las virtudes cada dia.  
 Quieren los hombres sin avergonzarse,  
 Poder de sus deleytes alabarse,  
 Y así quando á su honor no corresponden,  
 Cautos de todo el mundo los esconden.

Aun el mismo deleyte permitido  
 Con fin honesto, que al supremo grado  
 De la felicidad eleva todos  
 Nuestros sentidos, no está dispensado  
 De esta ley que el Criador ha establecido.  
 Una vanidad justa al hombre dice,  
 Que busque siempre los mejores modos,  
 De ocultar con secreto impenetrable  
 Aquel vivo placer, que aunque loable  
 En igual ocasion, tanto desdice  
 De su nobleza; y como á envilecerse  
 Va en aquel lance, para que entre tanto  
 Mejor pueda esconderse,  
 Le presta de pudor el noble manto.  
 ¡Y cuál será el motivo de esta fina  
 Construccion complicada,  
 De nuestros corazones, de este tacto  
 Moral que en nuestra fibra delicada  
 Se observa, de esta inagotable mina  
 De medios prodigiosos, con exácto  
 Orden á nuestro ser físico unidos  
 Intimamente, y siempre prevenidos  
 A dar á la virtud, si titubea,  
 El eficaz socorro que desea,  
 Quando ve que su guia  
 La razon, la abandona ó se extravía!  
 ¡Por ventura será una ilusion vana  
 Esa altivez que al hombre tanto afana?

¡Toda esa multitud de estratagemas  
 Que ha destinado el cielo,  
 A sostener el alma en las supremas  
 Regiones que á su ser son naturales,  
 Quando cansada va á abatirse al suelo,  
 O del rumbo equivoca las señales,  
 Se aplicó sin designio á los mortales?  
 ¡Y para esas pasiones, que en tumulto  
 Rompen del fondo oculto  
 Del corazon humano, y á porfia  
 Le destrozan, no existe algun objeto  
 Que sea proporcionado á su energía,  
 Y pueda tener su ímpetu sujeto? (c)  
 ¡O moralistas frios,\*

\* T. Es indudable que el hombre salió de mano de Dios, aunque inocente, dotado de estas inclinaciones naturales, que entónces, sujetas completamente á la razon, en nada se oponian á la innocencia. Sin ellas no hubiera tenido su alma movimiento ni libertad. Amaba naturalmente la felicidad; pero la colocaba en la fruicion de Dios; y este amor era justo: aborrecia el mal moral, que es el pecado; y este aborrecimiento era legitimo. Temia el mal físico, esto es, el dolor; pero con subordinacion á Dios, sin que su tempo pasase de los términos debidos. Sentia deleyte en comer, v. gr. pero no terminaba este deleyte sino en Dios, de quien procedia; y tenia así este como los demas apetitos sujetos á la razon, y por consiguiente á las leyes eternas del Criador que la dirigian. Estas

Vosotros que tenéis vuestros helados  
 Temperamentos por segura norma  
 De vuestros juicios, condenais osados  
 Los naturales bríos  
 De estas inclinaciones, y de forma  
 Tratais á estos agentes principales,  
 Propios de nuestras almas inmortales,  
 Que los haceis á todos delinquentes,  
 Y de un impuro origen descendientes.  
 Verdad es que el delito  
 Del abuso nació de su apetito,  
 Y nace siempre; pero no por esto  
 Dexáron de salir nobles y puras,  
 Dichas inclinaciones de la mano  
 Del Criador. Desde aquel sublime puesto

inclinaciones, pues en sí mismas eran buenas; pero de resultas del pecado, perdió la razón sus luces y su imperio; y equivocando su verdadero destino, coloca el último fin de estas inclinaciones en objetos sensibles, ó indignos de su primitiva nobleza, olvidando á Dios, que es el único á que debieran dirigirse; y como en estos miserables objetos no hallan saciedad, se arrojan con ímpetu de unos á otros, y precipitan al hombre en los mayores delitos. A estas inclinaciones desenfrenadas despues de la primera culpa, damos el nombre de pasiones, y debemos resistir durante nuestra vida mortal, dirigiendolas á su verdadero término, que es la posesion de Dios, bien único que puede calmarlas totalmente.

Como de un océano  
 De fuego, á las humanas criaturas  
 Comunicó estas chispas, con intento  
 De darlas el preciso movimiento.  
 Sean aquí los que fueren sus errores  
 Crasos, y sus indómitos furores  
 Descubro, y reconozco la grandeza  
 De su primer origen, en la misma  
 Desgracia que á mis ojos las abisma  
 En la mayor baxeza.  
 A pesar de su suerte miserable,  
 Como un Rey destronado,  
 Conservan algun rasgo respetable  
 De su primer estado.  
 Si del error que así las enagena  
 Las saca la razón y las refrena,  
 Su dignidad recobran decontado.  
 Su ardor tan enemigo del reposo,  
 Léjos de ser vicioso  
 Por sí mismo, ó mostrarnos la impureza  
 De su origen, indica su nobleza.  
 Consiste en que á cada una su apetito,  
 La arrastra como un rápido torrente,  
 Hacia un bien infinito,  
 En que se ha de saciar completamente.  
 Quanto mas de nuestra alma penetremos  
 El fondo natural, ya analizando  
 De nuestra voluntad las variedades,

Ya las demas potencias registrando,  
 Tanto mas claramente encontraremos  
 Impreso en ella el sello prodigioso  
 De la inmortalidad. Las propiedades  
 Dió el cielo á cada ser en este mundo  
 Precisas para hacerle venturoso.  
 Por mas que en desear fuere fecundo,  
 Su poder al deseo es adecuado.  
 Recorre cada ser exáctamente  
 Los puntos todos, del correspondiente  
 Círculo á sus progresos señalado.  
 Ni de estas proporciones la armonía  
 Vemos que se quebranta en parte alguna,  
 ¡Y ha de ser solo el hombre el infelice,  
 Que esta triste excepcion deba á su cuna?  
 ¡Solo él ha de apagarse al medio dia,  
 Y sin que su carrera finalice!  
 ¡Se ve que el sol suspenda su carrera  
 Sin acabarla, y dé á la noche fiera  
 Entrada, revolviendo el carro ardiente  
 Otra vez á los mares del oriente?  
 ¡Por qué motivo la naturaleza,  
 Que muestra de una madre la terneza  
 A todo otro viviente,  
 Solo para la triste raza humana  
 Ha de ser la madrastra mas tirana?  
 ¡Y pues que tanto perfecciona y lima  
 Sus mas pequeñas obras, solamente

Al hombre, que es entre ellas la obra prima,  
 Ha de dexar de dar la última mano?  
 ¡Y si este entre sus dedos tristemente,  
 Qual aborto temprano,  
 Ha de morir, sin verse en la debida  
 Completa perfeccion, por qué siquiera  
 No ha de acabar sin la tormenta fiera  
 De tanto horror su miserable vida?  
 ¡Con que ha de quedar solo una grosera  
 Ceniza de aquel hombre tan sublime,  
 Cuya funesta fatal el orbe gime;  
 De aquel agudo ingenio que esparcía  
 Por todas partes la sabiduría;  
 De aquella alma celeste que brillaba  
 En la tierra, y á Dios representaba?  
 ¡Cómo? ¡En el punto en que este ser ilustre,  
 De la deidad imágen, comenzaba  
 A tener forma y explayar su lustre  
 Ha de borrar la muerte su hermosura,  
 Y envolverle en la eterna noche obscura,  
 Hasta dexarle á nada reducido?  
 ¡Quando á su sepultura  
 Conducimos un héroe famoso,  
 Un ingenio de todos aplaudido,  
 O un hombre equitativo y generoso,  
 Y á vista de sus méritos, pasmados  
 Repugnamos tenerlos por mortales,  
 Juzgando que son entes celestiales

A la tierra baxados,  
 Será esta admiracion un sueño vano,  
 Y el resplandor de su moral grandeza  
 Se apagará, como un fuego liviano,  
 Al polvo mismo igual en la baxeza?  
 ¡O mortal, si tal es tu paradero,  
 Acude á tus establos á encontrarte  
 Con tus dueños, que allí hacen su morada,  
 Y depon á sus plantas tu fruslero  
 Cetro, y tu monarquía desastrada!  
 En su presencia debes humillarte,  
 Tú eres su esclavo, y ellos son tus reyes.  
 Son, sin comparacion, mas entendidos  
 Que tú, en todo lo que hace á los sentidos.  
 Son libres; no conocen otras leyes  
 Que las de su apetito. A sus pies nacen  
 Sin cultivo las tiernas yerbecillas:  
 No riegan con sudores lo que pacen:  
 Naturaleza misma les presenta  
 A la boca sedienta,  
 Mil perennes y claras fuentecillas:  
 Nace y crece con ellos su vestido:  
 No tienen que ir á climas extrangeros,  
 Despreciando los mares alterados  
 A buscarlo, ó dar vuelta al extendido  
 Orbe, armados y fieros,  
 Por despojar los mundos ignorados  
 De sus tesoros. La naturaleza

Es la que guarda toda su riqueza  
 Y su dicha. Jamas han conocido,  
 Por no perderlas, la precision dura  
 De citar á su próximo á la obscura  
 Mansion, en donde mora  
 El monstruo aborrecido  
 Del litigio que todo lo devora.  
 Para ellos es qualquiera prado ameno  
 Un paraíso de delicias lleno;  
 Apenas llegan á él, quando embriagados  
 De una felicidad dulce y tranquila,  
 Se sacian de sus frutos sazonados:  
 Ninguno está prohibido  
 A sus deseos: su alegría es pura:  
 Nunca en ella destila  
 Sus gotas ponzoñosas la amargura:  
 Quanto es este deleyte mas subido  
 De punto que el que el hombre infeliz siente,  
 Tanto es mas permanente.  
 La libertad del hombre es peligrosa:  
 El que puede escoger puede engañarse:  
 No así la sensacion maravillosa  
 Del instinto, que siempre es infalible.  
 Nunca acontecerá que á equivocarse  
 Llegue, y á algun veneno eche la mano,  
 En lugar de otra cosa apetecible.  
 La duda, el temor vano,  
 La falaz esperanza, el sentimiento,

La desesperacion, jamas apuran  
 Su corazon contento,  
 Ni contra su sosiego se conjuran.  
 En vano los mas sabios racionales,  
 Sin cesar perseguidos de estos males,  
 Se esfuerzan por lograr la paz sincera,  
 La alegría que anida  
 En los mas despreciables animales :  
 Solos estos poseen la verdadera,  
 Gustosa ciencia de la sensual vida.  
 Este horizonte obscuro  
 Del mal moral, que es aun mas extendido  
 Que el de los males físicos,  
 Pondera nuestro apuro,  
 Lo habita la razon únicamente.  
 Solo el hombre el don cruel ha recibido,  
 De verter por sus ojos tierno llanto,  
 Y no le sobran incesantemente,  
 Sino ocasiones en que exercitarle.  
 Los animales mucho mas dichosos,  
 No sienten los pesares enojosos,  
 Que ni un instante dexan de apurarle  
 Miéntras el mundo habita.  
 La suma de las penas que padecen,  
 Se reduce al dolor : quando este cesa,  
 Todas se desvanecen :  
 Su fantasía no los exercita  
 Con la memoria de pasados males ;

Ni en lo que ha de venir los interesa,  
 La triste prevision del pensamiento,  
 Que no nos dexa quietos un momento,  
 Y amarga nuestros gozos mas cabales,  
 Y aun quando á ellos la muerte se aproxima,  
 No les causa temor. No la perciben  
 Sino en el mismo instante en que reciben  
 Su último golpe ; si este los lastima,  
 Por la primera vez, en él acaba  
 Su sensibilidad ; quando al contrario  
 El hombre que se alaba  
 De su ciencia, y se precia temerario  
 De dirigir los orbes celestiales,  
 Cada dia padece mil fatales  
 Tormentas, y envidioso de suerte,  
 Anhela en vano su tranquila muerte.  
 ¡Y será dable, ya que en esta vida  
 Estemos tan cruelmente distinguidos  
 De los brutos, que al fin de ella seamos  
 Con ellos en el polvo confundidos,  
 Y quede nuestra esencia destruida,  
 Sin lograr nueva suerte en que veamos  
 La injusta distincion desvanecida?  
 ¡Ha de cerrar la eternidad sus puertas  
 A nuestros justos fúnebres gemidos?  
 Si no han de ser oidos,  
 Si estas crueles sospechas salen ciertas,  
 ¡Qué destino tan raro y tan tirano

Es el del infeliz linage humano!  
 En alta voz quejémonos del cielo:  
 El hombre ya no es mas que un ser monstruoso:  
 No es ya el Rey de la tierra, el mas precioso  
 Viviente, es una mancha en el modelo  
 De la naturaleza.  
 ¿Con que el placer, el gozo y la riqueza  
 Han de estar para el malo reservados,  
 Y el dolor, la miseria y la tristeza,  
 Serán regularmente  
 La única herencia de los virtuosos?  
 En efecto los hombres mas malvados,  
 Los que ménos merecen, comunmente  
 Son los mas venturosos  
 En esta vida, y con jactancia oprimen,  
 A los buenos que baxo de ellos gimen.  
 ¡Y un Dios justo delante  
 De sus ojos, con tal indiferencia  
 Ha de ver padecer á la inocencia,  
 Y á la fiera maldad reynar triunfante?  
 ¿Si el sepulcro es la puerta de la nada,  
 De qué te sirve ¡O justo! tu soñada  
 Esperanza, tu inútil alegría?  
 ¿De qué el vivir velando, ó la porfia  
 De hacer guardia severa,  
 Porque á tu corazon no entre de afuera  
 El vicio, y se conserve siempre puro?  
 ¿Te juzgas sabio? Pues está seguro

Que no eres mas que un loco rematado,  
 En pelear con delirios ocupado.  
 Inocencia, verdad, sabiduría,  
 Nombres sacros, honrados, aplaudidos,  
 Por divinos tenidos  
 En todas las edades.—;Si algun dia  
 Ha de acabar totalmente la muerte  
 Nuestras almas, lloremos vuestra suerte!  
 Ya no sois mas que errores,  
 Plagas desconocidas,  
 Tristes enigmas, fuentes de dolores,  
 Que deben añadirse á las sabidas  
 Miserias que á los hombres atormentan.  
 Para qué os quiero, si en lugar de darme  
 Algun consuelo, solo de angustiarme  
 Servis, y á vuestra vista venenosa  
 Mis martirios se aumentan?  
 ¡Y qué es de la virtud, sin la gozosa  
 Esperanza de que ha de ser premiada?  
 ¡Y el premio en dónde está? El móvil que existe  
 Mas noble en su interior, es la fundada  
 Satisfaccion que en su conciencia siente,  
 Quando elige lo que es mas excelente.  
 ¡Y esta satisfaccion en qué consiste?  
 En que el alma que elige está segura  
 De hallar por este medio su ventura:  
 Luego la virtud es inseparable  
 Del amor ilustrado

De nuestros intereses verdaderos,  
 Y nuestro bien estar. Pero si es dable  
 Que acabe el alma entre los brazos fieros  
 De la muerte, ¿qual es el mas sagrado  
 Interes de los hombres? ¿No es acaso  
 El disfrutar en esta breve vida,  
 Los bienes con que alegre los convida,  
 Corriendo apresurada hácia su ocaso?  
 ¿Quántas veces al vicio le debemos,  
 Si esto es cierto, mirar como un amigo?  
 Si no hay otra esperanza: si atendemos  
 Solo al tiempo presente,  
 Es nuestro único bien: con ansia ardiente  
 Arrojámonos á él. Nuestro enemigo  
 Tirano es la virtud, que niega austera  
 Aun los pocos deleytes que él ofrece.  
 Si la razon carece  
 De su inmortal herencia venidera,  
 A los sentidos solos pertenece  
 El imperio; ellos solos son los dueños  
 Legítimos del hombre, y no los sueños  
 Que la parca de un soplo desvanece.  
 Detente, ¡O valeroso ciudadano!  
 ¿Por qué á morir te arrojas tan ufano?  
 Por defender mi patria, el pecho fuerte  
 Mil veces (dices) opondré á la muerte.  
 Tienes harta razon, si estás creído  
 De que eres inmortal. Ea este caso

Corre sin miedo al último fracaso,  
 Pues sabes que no puedes ser destruido;  
 Mas si todo lo pierdes con la vida,  
 No puedo ménos de compadecerte;  
 Eres un insensato en exponerte.  
 Mas te vale vivir cobarde y sano,  
 Que acabarte, ó sacar alguna herida,  
 Por la esperanza de un renombre vano.  
 No hay un hombre de seso mas vacío  
 Entre todos los locos que el impío,  
 Que creyendo quedar aniquilado  
 Por la muerte, sin miedo se abalanza  
 A encontrarla, arrastrado  
 De ambicion, de soberbia, de codicia,  
 De algun leve motivo de venganza,  
 Y á veces solo del exemplo ageno.  
 ¡O víctima, á quien pérfida acaricia  
 Y atrae la muerte, con la imágen vana  
 Del amor de la patria! ¡Arte inhumana  
 Para acabar contigo: tira el freno  
 A tu valor, y dexa que esta se hunda!  
 ¡Huye tú en una tabla del horrendo  
 Naufragio, y mas que todo se confunda!  
 Mi patria y mi Monarca estan pidiendo  
 (Replicas) que yo muera.  
 Si fueses inmortal, muy justo fuera;  
 ¡Mas qué te importan, dime,  
 Tu patria y tu Monarca, ó los trofeos

De una frívola gloria! ; Te interesa  
 Acaso el mismo Dios? Si tus deseos  
 De eterna vida sin piedad oprime;  
 Si al paso que tu sangre se derrama,  
 La parca, de tu ser haciendo presa,  
 Todas tus esperanzas desparrama;  
 Aunque el cielo te mande que la viertas,  
 Mientras que tú no tengas pruebas ciertas  
 De que ha de ser tu muerte bien pagada,  
 Dexa á un lado sus órdenes: pues nada  
 Te daña mas que el darlas cumplimiento,  
 Desobedece, y guarda tu existencia.  
 ¡Qué digo! ; Haces acaso resistencia  
 Al cielo en este lance? ; No te ha impuesto  
 En otro irrevocable mandamiento  
 Que te ames á tí mismo? Luego en esto  
 Le das la mayor prueba de obediencia.  
 Añado mas: si es libre mi albedrío  
 En los demas preceptos celestiales,  
 Para quebrantar este ya no es mio.  
 Una fuerza invencible  
 A que me ame me tiene precisado.  
 No hay alguno entre todos los mortales,  
 A quien sea posible  
 Sacrificar su ser, si no es pagado  
 Con otro nuevo ser mas venturoso.  
 Aun la virtud será el mas horroroso  
 Delito, si su logro ha de costarnos

El dexar de existir, pues que quebranta  
 Nuestra suprema ley, la ley mas santa  
 Que nos obliga á amarnos.  
 En vano aplauden todas las naciones  
 Tu víctima ; O virtud! Aquel terrible  
 Hecho, á pesar de sus ponderaciones,  
 No es mas que un suicidio aborrecible.  
 Verdad es, no lo niego,  
 Que la imágen sagrada  
 De la virtud ofrece desde luego  
 Una cierta hermosura con que agrada,  
 Y que aun esta vida,  
 Con algunos deleytes nos convida;  
 Pero no exâgéremos  
 El salario mezquino que en la tierra  
 Da, no nos paga la continúa guerra  
 Las penas que por ella padecemos.  
 Y si nuestra esperanza se reduce  
 A esta premio, aunque absortos la admiremos,  
 El vicio siempre la preferiremos,  
 Que mas utilidades nos produce.  
 ¡Y qué provecho sacan los humanos  
 De creer en Dios, no habiendo  
 Recompensa ó castigo en lo futuro,  
 Que obliguen á ofrecerle un culto puro?  
 La esperanza y temor son las dos manos  
 Que siempre estan armadas, defendiendo  
 Del delito enemigo á la conciencia.

Si el objeto á que aspiran no subsiste,  
 Se acabó la inocencia  
 La obligacion del hombre únicamente  
 Será amarse, y gozar de lo presente.  
 ¿Por qué, pues, si consiste  
 Mi dicha en destruir mi patria, no hago  
 Quanto yo puedo por lograr su estrago?  
 ¿Por qué á mi anciano padre que resiste  
 Demasiado á la muerte, y que me priva  
 De su herencia permito yo que viva?  
 ¿Me falta algun puñal ó algun veneno  
 Con que arrancar el alma de su seno?  
 Perezca el mundo todo si se opone  
 A mi felicidad, ó si su ruina  
 Puede ser de mis males medicina.  
 Así mi ley suprema lo dispone,  
 Que es mi amor propio, si he de ser dichoso;  
 Mas no ha de ser de modo que el reposo  
 Llegue á perder, ó exponga mi existencia:  
 Mi estudio priniepal, mi única ciencia  
 Ha de ser la trayeion, que el conservarse  
 Es la única virtud digaa de amarse.  
 Mas si de recompensa está privada  
 La virtud verdadera,  
 ¿Cuál es la cruel deidad que así tolera,  
 Que el hombre miéntras vive por su errada  
 Senda, trepe sin fruto y sin aliento?  
 ¿A qué fin viene el dominante tono,

Las incesantes voces  
 De su conciencia, que con tal encono  
 Se opone al vicio? ¿A qué el remordimiento  
 Que con penas atroces,  
 Al culpable deleyte da escarmiento?  
 ¿Por qué en nuestro interior damos abrigo  
 A estos traydores, que continuamente  
 Con falaces promesas nos seducen,  
 Hasta que en nuestras almas introducen  
 La enemiga virtud?—¿Pero qué digo?  
 Si esa conciencia que tiranamente  
 Nuestro interior domina,  
 Y tan en daño nuestro desatina,  
 No es mas que un ciego instinto, ¿en qué consiste  
 Que la razon qual cómplice la asiste,  
 Que conspira con ella  
 Contra nosotros, y si nos alumbra  
 Su luz, qual resplandor de una centella,  
 En lugar de guiarnos nos deslumbra?  
 No; pues que la virtud en este mundo  
 A los hombres aflige miéntras viven,  
 Y á veces totalmente los destruye;  
 No acaban ellos en el polvo inmundo:  
 Al lóbreo sepulcro sobreviven.  
 Si la vida del hombre se concluye  
 En sus tinieblas, si á esta corta esfera  
 De la tierra limita su carrera,  
 Si se acaba qual sueño en un momento,

¡ Para qué á su deseo se le ha dado  
 Tal extension, que nunca esté contento,  
 Hasta que vea su ser eternizado?  
 ¡ A qué fin lo pasado y lo futuro,  
 Como un nublado obscuro.  
 Entristecen la luz que alegremente  
 Dora el tiempo presente?  
 ¡ A qué esta prevision con que acrecienta  
 Su mal, y esta razon que le atormenta?  
 ¡ O Filandro! ¡ O Narcisa! ¡ O mi Lucía!  
 ¡ A qué fin se me dió este movimiento,  
 Esta ternura de amistad que siento  
 Hacia vosotros, y me despedaza?  
 Si nunca ha de llegar el feliz dia  
 De volveros á ver, si desenlaza  
 Para siempre la parca inexorable,  
 Despues de una hora breve de alegría,  
 Los dulces nudos que la mistad cria,  
 Devorando al amigo miserable,  
 ¡ Por qué ha de disfrazarse este tormento  
 Con los adornos de la dicha amable?  
 ¡ Y por qué siempre ansiosos anhelamos,  
 Buscando inútilmente aquel contento  
 De una felicidad que nunca hallamos?  
 ¡ Acaso en gravitar está empeñada  
 Nuestra naturaleza hácia la nada?  
 ¡ El hombre por lo mismo que en nobleza  
 Es superior á los demas vivientes,

Ha de ser de miseria y de tristeza,  
 Mas que ellos todos juntos oprimido?  
 El universo entero, si á esto asientes,  
 Se trueca, se trastorna y desordena:  
 Las clases de los seres diferentes  
 Se pierden: todo queda confundido,  
 Se rompe en mil pedazos su cadena:  
 Una nube espantosa desfigura  
 Y cubre toda la naturaleza;  
 Reyna en esta la negra desventura;  
 La razon misma pierde su entereza.  
 Y horrorizada al ver esta mudanza,  
 Cierra la última puerta  
 A la dulce esperanza.  
 No, no, el deseo increíble  
 De la aniquilacion, jamas ha entrado  
 Sino de un corazon en que esté muerta  
 La virtud totalmente, y que insensible  
 Ya de naturaleza haya cambiado.  
 El que á este punto llegue,  
 Es forzoso que al mismo Dios le niegue  
 La existencia. ¡ De qué nos serviria  
 En tal caso? ¡ Seria  
 Un inútil espectro, un monstruo horrible  
 De todo el universo aborrecido!  
 Si el deseo funesto é incomprendible  
 De dexar de existir se ha introducido  
 En vuestros corazones, ¡ qué Planeta

Siniestro á vuestra cuna ha presidido?  
 ¡En qué hora aciaga, y al rigor sujeta  
 Del triste desconsuelo,  
 Nacisteis á gozar la luz del cielo?  
 ¡Qué furias infernales agitáron  
 Vuestra desventurada fantasía,  
 Quando dió en tal sistema y tal manía,  
 De su existencia y bienes destructora?  
 Ya vuestras preeminencias se acabáron:  
 Murió vuestra razon, y qual señora  
 La parte animal sola sobrevive.  
 Pero decidme: ¿estais asegurados  
 De que sereis del todo aniquilados  
 Como os lo figurais? ¿De que no vive  
 El alma sino en tanto que el aliento  
 Vital anima el cuerpo, y si perece  
 Este, aquella tambien desaparece,  
 Qual vapor leve que disipa el viento?  
 ¡Y qué terrible esfuerzo es necesario  
 Para que llegues; O hombre! al temerario  
 Extremo de adoptar tales errores!  
 ¡Mas qué digo? Por mas que te fatigues,  
 Por mas empeño que hagas, no consigues  
 Volver tu alma inmortal á los horrores  
 De la nada. El poder que se te ha dado  
 Sobre ella, no se extiende  
 Mas que á desfigurarla:  
 Pues el aniquilarla,

De ningun ser criado,  
 Ni de tus fuerzas débiles depende.  
 Lo que á tí desgraciado te alucina,  
 Es que la obra divina  
 De la naturaleza no has leido  
 Hasta ahora sino en hojas separadas;  
 Lee todo su volúmen reunido,  
 Y mira en él con claridad grabadas  
 De la inmortalidad de tu alma las seguras  
 Pruebas, que divididas son obscuras.  
 Todas las dudas cesan, y se extiende  
 Todo el plan del Artífice divino:  
 Las diferentes clases de criaturas  
 Se vuelven á ordenar: el hombre asciende  
 Al alto imperio, al superior destino,  
 Que á su ser corresponde  
 Sobre los animales;  
 Todo aparece hermoso  
 En el vasto universo: no se esconde  
 Un punto de su círculo asombroso:  
 Todos estan patentes y cabales.  
 La inmortalidad es la única clave  
 De todo lo criado,  
 La que los siglos une y encadena,  
 La que dirigir sabe  
 Cada instante de tiempo separado  
 A un fin comun á todos, con que llena  
 Los claros que sin esto quedarían.

Este fin es la dicha, único nudo,  
 Sin cuyo enlace la moral esfera,  
 La física y civil se desharian.  
 Quedará el mundo de estas dos desnudo  
 Con trastorno total, mas la primera  
 Subsistirá, y las almas admiradas  
 Preguntarán el puesto que ocupáron  
 Las otras dos, que tanto en las pasadas  
 Edades, con sus brillos deslumbráron.  
 Extraño te parece  
 Haber de vivir siempre, pues no ofrece  
 Menos dificultad, que de la vida  
 Goces una hora. Lo maravilloso  
 No es cierto el continuar siempre existiendo,  
 Sino haber comenzado. Si atrevida  
 Nuestra razon delira, y la existencia  
 No admitimos del Todo-poderoso,  
 El mundo ya no es mas que un caos horrendo;  
 Mas si su providencia  
 Reconocemos, fuera de él no hay cosa  
 Que pueda parecernos portentosa.  
 La duracion da el precio  
 Y la importancia á todo ser. ¿Qué aprecio  
 Del mas sublime espíritu se haria,  
 Si hubiese de durar un solo dia?  
 Lo mismo era que grande, ó limitado  
 Apareciese, ó baxo que elevado,  
 Pues por tan poco tiempo subsistia:

Pero una inmortal alma, justamente  
 Interesa aun al mismo Omnipotente.  
 Merece que en sus actos intervenga  
 Como testigo y juez, y que prevenga  
 Atento los destinos que la esperan.  
 Ni estos á nuestra vista oculta el cielo,  
 Detras de alguna nube impenetrable:  
 Para que de algun modo se entendieran,  
 Dios alzó con bondad imponderable  
 Una punta del velo:  
 Desde la eternidad inaccesible  
 Al hombre se ha acercado,  
 Se nos ha hecho visible,  
 Y en medio de nosotros ha habitado.  
 El mismo su existencia eterna jura:  
 Su voz por todas partes asegura  
 Que es inmortal nuestra alma, y que no hay cosa  
 En todo el universo mas preciosa.  
 ¿Qué esfuerzos no ha hecho para que creyera  
 El hombre estas verdades? A este intento  
 Despues de dar el ser á este portento  
 Del universo, sumergió la esfera  
 Terrestre, y de las ondas cristalinas  
 Volvió á sacarla, y reparó sus ruinas.  
 Para este fin espanta  
 Al mundo con prodigios, y levanta  
 O abate los Imperios. Si á la tierra  
 En los tiempos antiguos envió tantos

Sabios que declarasen  
 Con su moral al vicio cruda guerra,  
 Y á la luz los humanos preparasen;  
 Si los Profetas santos  
 Leyéron y anunciáron lo futuro,  
 Qual si fuera presente con certeza;  
 Si Apóstoles y Mártires, el duro  
 Terreno de esta esfera cultiváron  
 Con su predicacion, ó le regáron  
 Con su sangre; si vió naturaleza  
 Sus leyes trastornadas  
 Con tantas maravillas ignoradas;  
 Si hubo mortales que desde este suelo  
 Subiéron vivos á habitar el cielo;  
 Si descendió Dios mismo  
 A visitar el infernal abismo,  
 Fue porque el sumo precio conocieses  
 De esa tu alma inmortal. Porque supieses  
 Esto, dexó el Empíreo, y humanado,  
 Consigo traxo al hombre el olvidado  
 Código de su ley. ; Antes que pongas  
 En él la mano, ó incrédulo atrevido,  
 Adoralo postrado, no te expongas  
 A ser de repentina muerte herido!  
 ; Con qué solemnidad, con qué tremendo  
 Aparato anunció al pueblo escogido  
 Su ley, sus voluntades soberanas,  
 En medio del estruendo

De truenos y trompetas espantables,  
 Que repetian las regiones vanas  
 Del ayre! ; Al oír sus voces formidables  
 Tembló asustada la naturaleza!  
 ; Confirma esta verdad, ó tú encendido  
 Monte de Sinai, que conmovido  
 De tus firmes cimientos, confesaste  
 De tu Dios la presencia y la grandeza;  
 Y tú lóbrega nube, que ocultaste  
 Su cumbre en vivas llamas abrasada!  
 ; Tambien vosotras ondas, que obedientes,  
 En el ayre quedando suspendidas,  
 Formando una muralla continuada  
 De cristales lucientes,  
 Hácia uno y otro lado divididas,  
 A Israel fugitivo paso abristeis,  
 Y otra vez juntas con furor volvisteis  
 Sobre el cruel enemigo, que obstinado,  
 Sin detenerse al ver el prodigioso  
 Camino, persiguiéndolos furioso,  
 Quedó en vuestros abismos sepultado!  
 ; Tambien vosotras llamas espantosas  
 Que del Caldeo tirano,  
 El furor implacable hicisteis vano!  
 ; Tú, tierra, que tus simas tenebrosas  
 Baxo los pies sacrílegos abriendo  
 De aquellos tres mortales, y volviendo  
 A cerrarlas, les diste sepultura

Qual mereció su bárbara locura!  
 ; En fin, todos vosotros, O elementos  
 De la naturaleza,  
 Atestiguan al hombre la nobleza  
 De su alma, y los portentos  
 Con que el Omnipotente  
 Ha pretendido hacersela patente!  
 ;Tiembra, O incrédulo, al ver que está velando  
 Este Dios, convencerte procurando  
 De tu impiedad, desde ántes que criase  
 El mundo, y de los siglos comenzase  
 La larga série en la primer aurora,  
 Hasta la presente hora!  
 ; Ciego sequaz de aquellos orgullosos  
 Filósofos antiguos, que prefieres  
 A toda autoridad los engañosos  
 Oráculos del Pórtico y Liceo;  
 De sus doctrinas que es mortal, infieres,  
 Tu alma, y con magisterio lo aseguras,  
 La verdad posponiendo á tus locuras;  
 Mas ; O infeliz! te engaña tu deseo;  
 Recorre sus escritos parte á parte,  
 No darás paso en ellos, sin hallarte  
 Compadecido á un tiempo y admirado!  
 En medio de los sueños de su hinchado  
 Orgullo ; qué de ideas elevadas!  
 ; Qué de grandes verdades no pensadas!  
 ; Qué moral! ; El delirio mas fogoso

De las musas no llega al prodigioso  
 Divino ardor que la sabiduria  
 En aquellos ancianos producía!  
 “ El sabio es (te dirán) independiente  
 De su cuerpo ; insensible totalmente  
 Al dolor, el acero que destroza  
 Sus miembros no le daña ; los tormentos  
 Mas crueles y espantables,  
 Son para él sensaciones deleytables ;  
 La misma quietud goza  
 Dando al fuego los últimos alientos,  
 En el toro de Falaris cerrado,  
 Que en un lecho de flores recostado.”  
 ; No es tal doctrina bien extraña y dura,  
 En unos hombres que á la sepultura  
 De existir la esperanza limitaban!  
 Como adivinos ciegos, anunciaban  
 Una verdad, aun de ellos no creida,  
 Que con espanto han visto ya cumplida.  
 La falsa intrepidez con que ellos vanos  
 Su flaqueza interior disimulaban,  
 Se observó realizada en los Cristianos  
 Sin pompa ni aparato, pues sintiéron,  
 Entre voraces llamas consumidos,  
 Impetus de deleytes desmedidos.  
 Los Estoycos mismos admirados,  
 A un tiempo arder y sonreir los víéron.  
 Confusos, al mirar verificados

Los sueños de su ardiente fantasía,  
 Por fuerza confesáron,  
 Que la verdad mas léjos se extendía,  
 Que quanto ellos soberbios deliráron.  
 ¡ Mas de dónde á estos sabios les viniéron  
 Ideas tan extrañas y elevadas,  
 De la opinion comun tan apartadas ?  
 De aquel instinto natural nacióron  
 De una alma eterna, que confusamente  
 Sospechando su fuerza y su nobleza,  
 Verdades les dictó, por la torpeza  
 De la humana razon no concebidas.  
 Qual ráfagas de luz que de repente,  
 Durante obscura noche resplandecen,  
 Y en su vasta extension se desvanecen,  
 Tal del fondo de aquellas corrompidas  
 Almas que las pasiones poseian,  
 Estas ideas nobles prorumpian.  
 Su ciega vanidad los lisonjeaba  
 Con la pompa de nobles pensamientos,  
 Y con gran magisterio aseguraba  
 Contra sus interiores sentimientos,  
 Mil cosas de que á solas hacian risa.  
 A manera de aquella Profetisa  
 De Delfos, se alteraban y encendian  
 Para decir oráculos, que habian  
 De cumplirse en los siglos venideros,  
 Quando el sol evangélico aclarase

De nuestra eternidad los lisonjeros  
 Fundamentos, y al paso dispipase  
 Las sombras de la muerte, que del mundo  
 Hacian un caos lóbrego y profundo.  
 Dixéron finalmente cosas tales,  
 Que no pudiéron ser imaginadas  
 Sino por unas almas inmortales ;  
 Y su verdad edades dilatadas  
 Dudosa, disputada sin provecho,  
 Con el tiempo ha llegado á ser un hecho.

## NOTAS.

(a) El conocimiento y el amor son dos cosas mas inseparables de la esencia del alma, que la luz y el calor de la del sol : ¡ Y si las almas perecieran con los cuerpos, que objetos tan limitados habian tenido aquí para satisfacer ámbas facultades ! ¡ Quanto trabajo nos cuesta el encontrar á fuerza de caver en este duro suelo algunas verdades ! ¡ Y qué poco merece ser amado todo lo que amamos ! ¡ Por qué las dos mas nobles potencias, es á saber, el entendimiento y voluntad, han de estar siempre hambrientas en el mundo, al paso que los apetitos, que tenemos comunes con los brutos, pacen todos los dias hasta saciarse ? ¡ Acaso no se nos han dado estas divinas potencias, sino como un diadema ridículo para insultar cruelmente á nuestra orgullosa pobreza, y para atormentarnos haciéndonos

desear una grandeza y una felicidad que no puede hallarse en este clima? No cabe en el Criador semejante intencion. Pues que ha dado á los hombres un ardor insaciable de conocer y de amar sin medida, es una prueba incontestable de que tienen por término objetos infinitos ; La Providencia acaso habia de haber acumulado tanto dones y tesoros en el hombre para hacerle zozobrar y perecer contra el escollo de la nada, quando mas ha merecido alargar su vida? Solo en la eternidad se encuentra la luz que puede aclarar estas obscuridades. ; O inmortalidad, solucion feliz y única de estos enigmas! ; Tú derribas del trono á los brutos, y restituyes al hombre su inmensa superioridad en presencia tuya recobra su precio la virtud, y dexa de ser una despreciable locura: cada accion buena nos trae en su mano un rico dote, que inunda nuestro corazon de esperanza y alegría! ; Aunque haya mucha amargura en la copa de la vida, mezcladas con ella en mayor cantidad la felicidad celestial, de modo que sobresalga su gusto y la bebamos con agrado! ; O Dios! ; Por qué eres tan generoso? ; O beneficencia que sobrepuja los términos de la admiracion, das el cielo en recompensa de haber disfrutado en la tierra placeres celestiales! No permitas, Señor, que mi corazon conozca límites en los deseos con que anhela una felicidad que no los tiene.

(b) Se ha ponderado demasiado el consejo famoso de Cineas á Pirro. Un consejo impracticable como este es precisamente insensato. Domaria la espada del Conquistado todo el universo, y aun no quedaria satisfecha su ambicion.

(c) ; Se resiste aun ; O Lorenzo! tu corazon obstinado! Tu corazon ha de ser por fuerza el que dé abrigo al traydor que pone en duda las verdades

que canto. Jamas puede decir el Scéptico que reside su incredulidad en su cabeza. A cada instante le desmiente su corazon. La razon está inocente, la voluntad sola es la culpada. ; Qué dirás si en prueba de esto encuentro en tu corazon impensados testigos que depongan contra él! ; Sospecharias tú que las pasiones mismas que hacen esclava al alma sobre la tierra son las que la proclaman tambien por heredera del cielo, y que al paso que la hacen dudar de su inmortalidad, la dan ellas mismas la mas clara demostracion de que es inmortal? Comienza por citar la ambicion al tribunal de tu razon. La vergüenza que tiene de sus mismos excesos, sus extravagancias, su hastío y su insaciable voracidad atestiguan á una la inmortalidad de tu alma.

¿ Y qué te dice la avaricia? Que solo es prudente el que tira á enriquecerse; que el sabio debe trabajar continuamente en recoger y acrecentar un tesoro; que la gloria del hombre consiste en aumentarlo, y que esta debe ser su única ocupacion. No se engaña del todo la avaricia; no hace mas que obedecer el natural instinto siempre activo que nos impele á lo mismo. Es indubitabile que debemos seguirlo y tirar á juntar un tesoro; pero la razon es la que debe declararla este tesoro, y no permitir que lo equivoque con otros tesoros aparentes, indignos de la nobleza del alma; y así si la razon no cumple con esta obligacion, ó nosotros no nos aprovechamos de su luz, nos vemos descaminados, y fixamos nuestro corazon en las falsas y percederas riquezas. Nuestra ciega industria apartada de la senda verdadera que va á parar á aquel tesoro infinito, se fatiga en cargar las horas presentes, con los cuidados anticipados de una vejez incierta, y

hace en la tierra sus provisiones con tanto afán, como si hubieramos de vivir en ella una eternidad.

*No desearás:* Es un precepto de la sabiduría; pero en esta prohibición solo deben entenderse los bienes que el sol alumbra. Suelta las riendas á tus deseos, y dexalos correr libremente mas allá de su esfera, que allí, léjos de habésete vedado, tienes obligación de extenderlos, y la codicia misma de aquellos bienes es virtud. El apetito insaciable de adquirir que tan arraigado está en el corazón del hombre, ¿no da á entender también que su vida es interminable? Si el hombre no hubiera sido destinado á alcanzar el cielo con el vuelo sublime de la virtud, no hubiera recibido la libertad de abismarse en la profundidad de la culpa. Confieso que la ambición y la codicia son plantas, que suelen producir los frutos mas amargos; pero á pesar de esto estan arraigadas en la inmortalidad: de esta sacan su alimento y su vida: si muchas veces las vemos brotar dolores y remordimientos, la religion puede corregir la amargura de estos frutos silvestres, purificar su xugo venenoso, darles una dulzura incomparable, y hacerlos brillar en la mesa de la felicidad.

El tercer testigo de los que te he ofrecido se burla de toda felicidad remota y venidera, y te promete falsamente el paraíso en la tierra; pero á pesar de su innata inclinación á mentir, alguna vez ha de deciros la verdad.

El nombre de este testigo es el deleyte. Jamas; O Lorenzo! te hiciste el sordo á la agradable voz de este adulator que seduce á todos los hombres; pues escúchale ahora con igual atención, y le oirás que te habla con la sinceridad de un amigo.

Qualquiera que no está lleno de vergüenza y de confusión al experimentar el mas vivo de todos los

placeres de los sentidos, dexa de ser hombre; ha perdido totalmente esta dignidad. El deleyte es un bien, y el hombre ha sido criado para gozarle; pero se entiende un deleyte digno de la nobleza del alma, del qual jamas se avergüence, y que dure eternamente. Así te atestigüa tu inmortalidad.

Sabed; O vosotros incrédulos tan poco dispuestos á dar crédito á la verdad! sabed que sola la inmortalidad es capaz de explicar el enigma de la naturaleza del hombre, y dar la solución de todos los problemas que resultan de su ser lleno de contradicciones. Sin ella la mitad de sus inclinaciones son inexplicables, y sus virtudes no son mas que un vano sueño. Los delitos mismos del hombre prueban su dignidad; su pasión insaciable á los placeres, á las honras y á las riquezas, anuncia que nació para gozar bienes infinitos. Los bienes todos de la tierra, que como una escasa gota de agua no hacen mas que irritar su sed intolerable, dan á conocer que ha de saciarse en una fuente inagotable.

No fué la culpa la madre de las inclinaciones naturales, que esclavizadas por ella, conocemos con el nombre de pasiones. No ardiéron con ménos fuegos en el paraíso terrenal ántes de la caída de Adán, solo sí que acertaban completamente en la elección de los objetos á que se dirigian. Heridas por la culpa, como aquel sabio Monarca del Oriente, se han embrutecido totalmente: olvidadas de los bienes infinitos que eran sus fines naturales, se revuelcan vilmente en el cieno, y degeneran en inclinaciones viles y terrestres; pero á la voz de la razón, auxiliada por el cielo, pueden volver á ocupar las alturas de su esfera primitiva, desde donde tomaban su noble vuelo, ántes que, seducidas por la imprudente curiosidad de Eva, baxasen á in-

cendiar este mundo sublunar. Sean cuales fueren sus yerros, ellos mismos son una prueba de los designios que el cielo tuvo al criar el fuego de estas inclinaciones en nuestro corazon.

La eternidad alumbra todos los objetos tenebrosos de este mundo, y al paso que los alumbra se dexa ver ella misma. Si reconoces al hombre por un inmortal, todas sus propiedades serán inteligibles para tí; pero si le consideras como un ser perecedero, todo en él se oscurece; todo presenta en él el colmo de la desdicha; y la razon gime, rodeada por todas partes de motivos de tristeza.

Los sueños del hombre, sus errores, sus vicios mismos le prueban su inmortalidad: todo quanto se presenta á nosotros nos promete ó nos demuestra otra vida, y el mundo actual es una profecía clara del mundo venidero.

## UNDECIMA NOCHE.

### LA ANIQUILACION.

Si es error la esperanza que tenemos  
De la inmortalidad; ¡qué error precioso!  
¡Con qué justa razon preferiremos  
Su dulce falsedad consoladora  
A la triste verdad! Aunque engañoso,  
Su vivo resplandor siquiera dora,  
Las negras sombras de esta breve vida,  
Y á disfrutarla alegres nos convida.  
La existencia futura  
Es alma de la actual. Si por ventura  
Ambas las separamos, no podemos  
Mas que gemir en la que poseemos.  
El impío que en dos porciones corta  
Su inmortal duracion, y se contenta  
Con la primera, su existencia acorta,  
Su ser cercana, y sin medida aumenta  
De la presente vida la amargura.  
Si es cierto ¡ay Dios! que yo estoy destinado  
A la nada que tanto me horroriza,

cendiar este mundo sublunar. Sean cuales fueren sus yerros, ellos mismos son una prueba de los designios que el cielo tuvo al criar el fuego de estas inclinaciones en nuestro corazon.

La eternidad alumbra todos los objetos tenebrosos de este mundo, y al paso que los alumbra se dexa ver ella misma. Si reconoces al hombre por un inmortal, todas sus propiedades serán inteligibles para tí; pero si le consideras como un ser perecedero, todo en él se oscurece; todo presenta en él el colmo de la desdicha; y la razon gime, rodeada por todas partes de motivos de tristeza.

Los sueños del hombre, sus errores, sus vicios mismos le prueban su inmortalidad: todo quanto se presenta á nosotros nos promete ó nos demuestra otra vida, y el mundo actual es una profecía clara del mundo venidero.

## UNDECIMA NOCHE.

### LA ANIQUILACION.

Si es error la esperanza que tenemos  
De la inmortalidad; ¡qué error precioso!  
¡Con qué justa razon preferiremos  
Su dulce falsedad consoladora  
A la triste verdad! Aunque engañoso,  
Su vivo resplandor siquiera dora,  
Las negras sombras de esta breve vida,  
Y á disfrutarla alegres nos convida.  
La existencia futura  
Es alma de la actual. Si por ventura  
Ambas las separamos, no podemos  
Mas que gemir en la que poseemos.  
El impío que en dos porciones corta  
Su inmortal duracion, y se contenta  
Con la primera, su existencia acorta,  
Su ser cercana, y sin medida aumenta  
De la presente vida la amargura.  
Si es cierto ¡ay Dios! que yo estoy destinado  
A la nada que tanto me horroriza,

¡Qué desesperacion nueva y obscura,  
 Sobré mí,, qual espesa nube pende  
 Y enluta mis potencias! ¡Qué extremado  
 Desconsuelo mi pecho martiriza!  
 ¡Qué horribles pensamientos  
 Turban mi fantasía! ¡Qué se extiende  
 Al rededor el horizonte obscuro  
 De mis males! ¡O tierra miserable!  
 ¡Y tú bárbaro cielo, á los lamentos  
 Del hombre dad oídos!  
 ¡Antes me consolable en todo apuro,  
 Con la esperanza firme y deleytable  
 De mejorar de suerte en lo futuro,  
 Y este futuro ¡ay Dios! que adormecidos  
 Mis pesares tenia es ya la nada!  
 ¡Solo me queda la presente vida,  
 A un continuo tormento destinada!  
 ¡Qué mutacion! ¡Qué mísera caída!  
 ¡A que abismo profundo y espantoso  
 En un momento me he precipitado,  
 Desde aquel paraiso delicioso,  
 Donde con la esperanza habia entrado!  
 Aun quando esta esperanza lisonjera  
 Fuese un sueño; ¡por qué con mano fiera  
 De mis ojos ¡O amigo! lo arrancaste?  
 ¡Qué quedé al despertarme horrorizado!  
 ¡Vuélveme el dulce error que me quitase!

Desaparece el resplandor del dia  
 A mi vista: una noche obscura y fria  
 Me cerca de repente:  
 Busco en su inmensidad inútilmente  
 La menor claridad: desnudo, hambriento,  
 El peligroso suelo huella al tiento.  
 Como ántes mis dolores suavizaba,  
 Ahora en mi pecho cada pensamiento,  
 Qual puñal homicida,  
 Abre sangrienta herida.  
 ¡Y qué fruto saqué quando soñaba  
 Que era posible mejorar de suerte,  
 Si esta idea envenena,  
 Y me hace mas sensible mi actual pena?  
 ¡Para qué de nacer necesitaba,  
 Si á manos de la muerte,  
 Despues de haber vivido desgraciado,  
 He de quedar de nuevo aniquilado?  
 ¡Quanto yo agradecia  
 Como un don del Criador, es ya un tormento!  
 Mi propio entendimiento,  
 De cuyas luces tanto me engreia,  
 Es al presente llama abrasadora  
 Que mi afligido corazon devora.  
 ¡O ciencia, que engañado apetecia,  
 Aparta de mis ojos tu terrible  
 Y fiel espejo: no me hagas visible  
 A mí mismo, pues sé que el conocerme,

Será para acabar de entristecerme,  
 Con la idea funesta de una esencia,  
 Condenada á perder toda existencia !  
 Antes, en contemplar me complacia  
 Un Criador generoso ;  
 Elevándome hácia él, me envanecía ;  
 De conocerle ansioso,  
 Alzaba un cabo del augusto velo,  
 Que su grandeza oculta á los humanos :  
 El ver algunos rasgos soberanos  
 De mi hacedor benigno era mi anhelo ;  
 Mas ahora ya á mis ojos se ha trocado  
 En un tirano cruel, que codicioso,  
 Que viva me ha mandado,  
 Y mi dicha se guarda y mi reposo.  
 El redunda de bienes indecibles,  
 Mas su dureza es tal, que no me envia.  
 Siquiera un solo rayo de alegría  
 Y de felicidad, que quando ménos  
 Me impida maldecirle. Son posibles  
 Para él todas las cosas, y tolera  
 Que yo á sus ojos de piedad agenos  
 Viva en tanta desgracia. ¡O noche fiera,  
 Condensa mas y mas tu negro velo,  
 Ocultale á mi vista ! ¡No me espantes  
 Con su presencia ! Si ántes  
 Era todo mi gozo y mi consuelo,  
 Ahora aborrezco ese espantoso amigo

De la ruina, ese amante de la nada,  
 Ese adusto tirano, que se agrada  
 De existir sin testigo,  
 Entre la destruccion y desconcierto  
 Del orbe, y de reynar en un desierto.  
 No vuelva á ver sus obras ; no atormente  
 Mi alma otra vez la idea de su gloria :  
 Borrese enteramente  
 De mi corazon triste su memoria.  
 El resplandor del universo ofende  
 Mi vista, y mas enciende  
 De mis penas el vivo sentimiento.  
 Del dolor oprimido, ¡qué contento  
 He de hallar contemplando la belleza,  
 O recorriendo el campo dilatado  
 De la naturaleza,  
 Si he de tener que confesar gimiendo,  
 Que no hay prodigio en él mas estupendo,  
 Que el destino del hombre desdichado ?  
 ¡Si he de ver con horror que el único ente  
 Dotado de razon, que en su recinto  
 Mora es el hombre, y que este justamente  
 Es el solo infeliz ; que está anhelando  
 Perdido en un confuso laberinto  
 De aficciones y penas, no logrando  
 Sino añadir al bárbaro tormento  
 De esta vida otro nuevo sentimiento ?  
 Virtud, ya no eres mas que una locura,

Una impiedad funesta, y un delito  
 Contrario á mi razon y á mi apetito.  
 Sobre esto, ingrata y dura,  
 Me niegas el salario de las penas  
 Que me cuestas. ¡Qué inútiles faenas  
 Sufre el que loco á conseguirte aspira!  
 La misma religion es ya mentira.\*  
 ¡Y las que el hombre llama obligaciones!  
 La única que conozco es, el librarme  
 De esta turba engañosa de ilusiones,  
 De deseos altivos, de esperanzas,  
 Que hasta el dia, en lugar de consolarme,  
 En mi pecho infeliz han producido  
 Tantas agitaciones y mudanzas,  
 Y de soberbia hinchado me han tenido.  
 ¡Insensato de mí, me persuadía  
 Que era la eternidad herencia mia!  
 ¡Huid léjos de mí, visiones vanas,  
 No importuneis ya mas mi fantasia!  
 ¡A qué me he de perder en tan lejanas,  
 Incógnitas regiones, si otro fruto  
 No he de sacar que duplicar el luto  
 De este mi corazon desesperado!  
 Nuestros deseos, pues, acomodemos  
 A la duracion corta que tenemos.  
 Pues que de todos modos son perdidos

\* Véase la advertencia de la página 176 para entender en su verdadero sentido estas proposiciones.

Los hombres, y está todo trastornado;  
 ¡Apartaos, razon, sabiduría,  
 Léjos de mí! ¡Vosotros ¡O sentidos!  
 El gobierno tomad del alma mia!  
 ¡Arrastradme desde hoy ciegas pasiones  
 A vuestro antojo; y tú, ignorancia, tiende  
 Sobre mi suerte el velo favorable  
 Y grato de tu noche impenetrable!  
 ¡Vosotros sois mis dioses! ¡De aficciones  
 Vuestro favor me libra, y de este pende  
 Mi dulce paz! ¡Vivamos  
 Qual brutos, pues como ellos acabamos!  
 Delirar y podrirse, es el destino  
 Unico con que el hombre al mundo vino.  
 ¡Qué puede haber mas cruel é ignominioso,  
 Que el saber que los mas abandonados  
 Malhechores, despues de entronizados  
 Sobre las tristes ruinas de los buenos,  
 Gozarán á su lado igual reposo,  
 De la honda huesa en los callados senos?  
 ¡El hombre por ventura  
 Pudo, ántes de existir, ser delinquiente?  
 ¡Y qué delito fué este irremisible,  
 Que dió motivo á la sentencia dura,  
 Que nuestro ser destruye totalmente?  
 ¡Por qué razon el hombre solamente  
 Es comprehendido en esta ley terrible?  
 “Serás mortal; serás desventurado.”

¡Acaso Dios, qual si un tirano fuera,  
 Necesita ocultar alguna cosa  
 A sus vasallos por razon de estado,  
 O quando con dolores nos acosa,  
 Ni nuestras quejas sufrirá siquiera?  
 O tú, Dios poderoso,  
 Para mí por lo mismo mas odioso ;  
 Si me has de aniquilar, ¿por qué criaste  
 El orbe, y de la nada me sacaste?  
 Como un delito cruel te lo echo en cara,  
 Pues no hay otro mayor si se repara,  
 Que el de emplear un poder imponderable,  
 En dar un sar, y darlo miserable.  
 ¡Acaso yo infeliz pedido habia,  
 Que me sacases á la luz del día?  
 ¡Dame la eternidad, ó en el momento  
 Llevateme tambien el pensamiento,  
 Que para vegetar y aniquilarme  
 No lo he de menester! Ya para nada  
 Me sirve esta alma de razon dotada.  
 ¡Si me has hecho este don únicamente  
 Para desconsolarme,  
 A fin que mi dolor mas se acreciente,  
 Para afilar las puntas homicidas  
 De mis penas, y agriar mas mis heridas,  
 Querrás que yo esté grato interiormente  
 A tu beneficencia?  
 ¡En lugar de arrancarme del asilo

De la nada, y de darme la existencia  
 Solo para sufrir, por qué tranquilo  
 No me dexastes entre tantos entes  
 Posibles, que jamas serán vivientes?  
 En lugar de forzarme á que hombre fuese,  
 Mejor hubiera sido que tu mano,  
 Mi ser cambiando, al número añadiese  
 De los demas insectos un gusano ;  
 Mas de ellos sin piedad me distinguiste,  
 Dándome esta razon que me atormenta,  
 Y esta caduca vida que consiste  
 En una muerte continuada y lenta.  
 ¡Pero ya que en el plan que tu formaste,  
 El hombre fuese necesariamente  
 Desdichado, por qué bárbaramente  
 Tambien á sus desgracias insultaste?  
 ¡Por qué sobre su mísera cabeza  
 Suspendiste ese augusto firmamento ?  
 ¡Qué soberbio palacio, qué belleza  
 Solo para que tenga alojamiento  
 La desesperacion! ¡ No has hermosado  
 La tierra, y sus campiñas fecundado,  
 Sino para que el hombre de tristeza  
 Desfallezca á tu vista, en su florido  
 Suelo lánguidamente embebecido  
 Con la imágen de un gozo, que distante  
 Jamas ha de alcanzar un solo instante ?  
 ¡ No has mandado á esos orbes celestiales

Que rueden con tan justo movimiento,  
 Sino para que midan los mortales,  
 Sin errar un momento,  
 La duración de su áspero tormento ?  
 ¡Quánto mas una lúgubre morada,  
 Era á nuestro destino acomodada !  
 Debiéramos buscar algun profundo  
 Antro en donde escondernos, una obscura  
 Sima, en los fines últimos del mundo—  
 Léjos de tí.—No fuera tan penosa  
 Para el hombre una cárcel tenebrosa,  
 Como lo es la luz pura  
 De esa bóveda inmensa reluciente,  
 Cuya vista despierta en el humano  
 Corazon sin querer la llama ardiente  
 De los deseos, y hácia su tirano  
 Le arrastra á pesar suyo, miétras tanto  
 Que en medio de este delicioso encanto,  
 El roedor gusano nos convida  
 Al polvo en que él anida,  
 E igualmente la parca inexórable  
 Guarda con desvelo  
 Que se cumpla el momento favorable,  
 Para cubrirnos con su eterno velo.  
 ¡O muerte, único amigo  
 Que al hombre en su desgracia le ha quedado,  
 Ven á mi pecho; abrazate conmigo!  
 ¡Tú eres el solo bien que debo al cielo!

¡ Da fin á mi suplicio prontamente ;  
 Sácame de este triste y dilatado  
 Desierto en que me pierdo ! En su arenoso  
 Recinto no hay un árbol que presente  
 La menor sombra en que halle algun reposo.  
 ¡Mas tú tambien ¡O muerte! te has mudado!  
 Mas allá de tus sombras descubria  
 Otro sol inmortal que reflexaba  
 En la lóbrega noche, que escondia  
 La huesa y á mis ojos la doraba ;  
 Mas ahora que el sepulcro comunica  
 Con la nada, ¡ qué abismo tan terrible  
 Abre á mi vista ! ¡ Para aquel que estaba  
 Soñando con el cielo, si se aplica  
 A mirarlo, qué infierno tan horrible !  
 ¡ La boca desmedida,  
 Sin fin abre y ensancha, amenazando  
 Devorarme ! Pasado algun instante  
 Ha de tragar esta alma, que nacida  
 Con luces superiores, y alcanzando  
 Conocerse á sí misma, con brillante  
 Vuelo abrazaba la naturaleza,  
 Visitaba los astros, la grandeza  
 Del cielo por pequeña reputaba,  
 Y con sus moradores  
 Sublimes en espíritu trataba.  
 Esta grande alma, pues, tan aplaudida,  
 Quedará totalmente en los horrores

De la universal muerte consumida.  
 Quando esta fiera noche dilatarse  
 Por el orbe sus sombras, y la obscura  
 Bóveda se cerrare,  
 Sobre la dilatada sepultura,  
 Que al humano linage se ha construido  
 Para siempre; en el triste cenotafio,  
 En negras letras póngase esculpido,  
 Ese siguiente y último epitafio.  
 " Debaxo de estas ruinas confundidas,  
 De todas las esferas demolidas,  
 Tumba que oculta á la naturaleza,  
 Yacen los hombres todos ya finados,  
 Sin distincion alguna interpolados  
 Con los brutos mas viles. Abatidos  
 A la suerte mas triste, á la baxeza  
 De la torpe materia, que un momento  
 No logró tener vida ó sentimiento,  
 Descansan á la nada reducidos,  
 Todos aquellos entes milagrosos:  
 Atomos racionales: lastimosos  
 Esclavos de un destino deplorable:  
 Tristes Reyes de un mundo miserable:  
 Herencia y pasto del roedor gusano,  
 Y á un tiempo la obra principal del cielo.  
 ; Víctimas de un tirano  
 Invisible, habitáron este suelo  
 Un instante acosados de terrores,

Muriéron al siguiente entre dolores,  
 Volviéndose de nuevo al tenebroso  
 Abismo de la nada! Su desdicha  
 Ha deshonrado al Todo-poderoso,  
 Que para hacer su fin mas doloroso,  
 Los engañó mostrándoles la dicha."  
 Parémonos, y si esta es nuestra historia,  
 Lloremos de los hombres la memoria:  
 Ya somos solamente espectros vanos,  
 Ménos que sombras, ménos que la nada:  
 Es una tabla rasa la admirada  
 Naturaleza, no hay en ella cosa  
 Real, sino los tormentos inhumanos,  
 Con que miéntras vivimos nos acosa.  
 ; Qué espectáculo horrendo!  
 ; Todo un mundo gimiendo,  
 Un Dios devastador! ; La misma tierra  
 El teatro de una continuada guerra;  
 Un campo en que su espada cada dia  
 Hace la mas feroz carniceria;  
 En donde crió los entes á millares,  
 Solo para tener la complacencia  
 De verlos en la bárbara agonía  
 De perder para siempre su existencia,  
 Regar de inútil llanto sus altares!  
 ; Por ventura movió al Omnipotente,  
 Algun ímpetu ciego de ira ardiente,  
 A que del alto trono levantado,

El eterno reposo abandonase,  
 Y criando este universo desgraciado,  
 Su nombre para siempre deshonorase!  
 ¡Mas no, nuestras blasfemias retractemos!  
 ¡Con mas economía conservemos,  
 ¡O incrédulo! las bellas criaturas  
 Que desperdicias tú tan fácilmente!  
 No destruye así el cielo sus hechuras.  
 No es el Criador un tronco envejecido,  
 Que esté continuamente  
 Produciendo pimpollos, destinados  
 A abortar sin estar perfeccionados.  
 De todo quanto abraza el extendido  
 Orbe, nada perece. ¡No sería  
 Privar á Dios de su soberanía,  
 Y á él mismo destruirle,  
 El pretender ceñirle  
 Meramente á reynar sobre la nada?  
 Un Dios que lo es, de producir se agrada,  
 Y conservar con su beneficencia,  
 Todo lo que le debe la existencia  
 Como benigna llama,  
 En sus criaturas su bondad derrama,  
 Alegre resplandor, dicha cumplida.  
 Multiplica los entes sin medida  
 Para aumentar la turba numerosa  
 Que divida su suerte venturosa  
 Sí, Filandro querido,

Mi corazon me tiene convencido  
 De que eres inmortal; fuiste virtuoso,  
 Mas siempre de desgracias perseguido.  
 ¡Te hubiera acaso dado á luz el cielo,  
 A no querer pagar tu puro zelo? (a)  
 ¡O mundo pasajero y engañoso,  
 Del qual ántes de mucho haré yo ausencia;  
 Si hubieras de ser tú mi única herencia.  
 Qué don tan miserable á Dios debiera!  
 ¡En no haber existido qué perdiera!  
 ¡Qué frágiles que son todos tus bienes!  
 Los mas ricos y sólidos que tienes  
 Son los amigos; ¡y estos cuánto duran!  
 ¡Cómo se nos resbalan de las manos,  
 Al paso que en asirlos mas se apuran!  
 ¡O Filandro! ¡O Narcisa! O mi Lucia!  
 ¡Así por deteneros fuéron vanos  
 Mis esfuerzos; huisteis á carrera  
 Al seno abierto de la parca fiera!  
 ¡Pero de qué me admiro? Cada día  
 A todos lados miro disolverse  
 En menudas partículas el mundo,  
 Y en tinieblas volverse  
 Su resplandor, quedándome yo aislado,  
 Todo cubierto de su polvo inundo,  
 Sobre un monton de ruinas reclinado.  
 Ya solo quiero amar la venturosa  
 Tierra, en que moran todos mis amigos:

Aborrezco esta esfera miserable  
 Que abandonaron ya: su dolorosa  
 Ausencia totalmente hizo mendigos  
 A los que hemos quedado: el verdadero  
 Sabio dexa el dominio deleznable  
 De lo presente á solos los sentidos,  
 Colocando el imperio duradero  
 De su alma, en los espacios escondidos  
 E inmensos, que le ofrece el venidero  
 Término: allí dispone  
 Sus planes todos, todo su conato:  
 Su prevision dirige, y si se opondrá  
 El mundo burla todos sus intentos:  
 Allí encontrar aguarda á breve rato  
 Libre de los dolores y lamentos,  
 Para siempre la dicha verdadera.  
 En la palabra fiel de un Dios confiado,  
 De su futura suerte descuidado,  
 Del hombre y la fortuna nada espera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
 Toluca  
 INSTITUTO VICE-RECTORAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS  
 NOTA.

(a) Lorenzo, el haber existido y dexar de existir es suerte incomparablemente mas horrible que la de no haber salido de la nada. Si eres vano, ¿por qué te igualas con el mas vil insecto? Si aprecias tanto los placeres, ¿por qué adoptas gustoso un sistema que los destruye todos? ¿Si te mueve la pasion de las riquezas, por qué pretendes que sea el sepulcro el escollo de todas tus esperanzas, y la

habitacion de una eterna pobreza? La ambicion, el deleyte, la codicia, todas tus pasiones, te prueban que la inmortalidad es el deseo dominante de tu alma, y te descubren en lo futuro honras, placeres y tesoros. ¿Quánto no habrás viciado tu misma esencia para haber llegado á destruir esta suprema inclinacion que la naturaleza habia impreso en tu corazon! ¿Ha llegado á tanto tu perversidad, que puedas resistir á este impulso celestial, y hacer á Dios una perpetua guerra? ¿Tan insensato eres, que desees que tu ser no sea mas que un fragil barro? La naturaleza misma se espanta al verte apetecer la aniquilacion. Este deseo no puede ser sino el gemido horrible de una conciencia que espira baxo del acero alevoso de la culpa.

Si tal es tu sistema, si esto crees, ¿en dónde hallaré yo colores bastante negros para retratarte fielmente? Siempre excederá la fealdad del original á la copia. ¿Qué furia infernal dió la mano á tu imaginacion, para que haciendo alianza con los demonios alegrase el abismo, dando á luz ese horrible sistema, que convierte en polvo unas deidades á medio labrar?

El horror de la aniquilacion se extiende á todos los pensamientos de esta vida. ¿Quién con tal supuesto hubiera querido nacer en este mundo engañoso, cuyos deleytes, si acaso los hay en él, no hacen mas que irritar nuestros dolores, duran tan poco, y mueren para jamas volver á nacer? ¿En un mundo que no contiene realidad alguna, en donde la existencia no es mas que una sombra, el sentimiento un sueño, y sueño espantoso; en donde el hombre infeliz no aparece sino como una endeble chispa, que Dios airado ha hecho saltar de la nada para centellear un momento, nadar en la incertidumbre, y apagarse inmediatamente en la noche que le rodea por todas partes, y que ha de ser su

eterno é inevitable sepulcro? ¡Penetras ¡O Lorenzo! la fuerza de este argumento?

Convengo en que es viejo; pero la verdad no se debilita con los años: y si este argumento no llevara consigo el carácter distintivo de ella, no tendrías que echarle hoy en cara su antigüedad. La verdad es inmortal como tu alma, y la mentira pasajera como tus vanos placeres. Sé prudente, y no conviertas los beneficios del cielo en instrumentos de tu desgracia, ni tu inmortalidad en una maldición.

¡Qué no ha hecho Dios?—(póstrase la naturaleza al oír este nombre venerable.) ¡Qué no ha hecho en esta porcion tan estrecha de sus vastos dominios, para salvar nuestras almas de la muerte? Toda su conducta nos da á conocer quan grande es el precio de ellas. Su valor inmenso es la clave de la creacion. Es el que aclara sus misterios y descubre las causas de quanto ha hecho la divinidad. Es el eje firme sobre que han rodado todas las revoluciones del universo.

Para hacernos pasar de este estado de baxeza á una elevacion permanente, de las tinieblas á la luz, de la flaqueza á la fuerza, y de la inquietud al reposo, baxó el Dios humanado á visitar las oscuras bóvedas del infierno: Lucifer, espantado á la llegada de este huesped no esperado, no pudo dexar de adorarle un instante.

¡No se esfuerzan ménos las potencias del abismo en desvanecer las intenciones del Omnipotente, respecto del hombre, que las potencias del cielo en asegurar su cumplimiento! ¡Qué espectáculo descubre mi vista! Despiértate ¡O Lorenzo! eleva tus pensamientos: dilata tu alma, y abraza esta vasta idea que despoja á todas las demas de su grandeza aparente. ¡Dos mundos se hacen la guerra! No es la Europa contra la Africa: son dos mundos,

cuyos, habitantes son inmortales: ¡con qué furor combaten unos contra otros, sostenidos sobre sus tendidas alas en la atmósfera de nuestro reducido globo! ¡Pelean acaso por sus propios intereses? No por cierto: por tí, por el hombre combaten. Los intereses del linage humano son los que encienden y fomentan eterna guerra entre esos dos bandos opuestos. Sobre la suerte de él se disputa. ¡Qué horrible choque! ¡Qué inmensos esquadrones de deidades armadas batallan unos contra otros! El ayre agitado se turba y levanta sus olas: una tempestad general commueve, corre todo el universo. El bien y el mal son dos enemigos implacables, y con todo el hombre es tan insensato, que toma por su cuenta el negociar entre ellos las paces.

No tengas mis ideas por ficciones: es certísimo que hubo una guerra en los cielos. El Todopoderoso extendiendo su brazo descolgó su arco de la cristalina bóveda del cielo, y disparó las flechas de su indignacion á lo mas profundo del abismo. El infierno correspondió con sus truenos á los truenos del cielo, y vomitó todos sus fuegos. ¡Y creará el hombre que fué poco importante la causa de estos combates? Siendo su interes solo el que dió motivo á estas tormentas, ¡podrá él dormir ocioso? Así lo hace: nada basta á despertarle de su letargo. ¡Y se atreverá á dificultar acerca de los misterios que no puede concebir? ¡Qué otro mas incompreensible que su misma insensibilidad?

Si tu corazón ¡O Lorenzo! no es mas dura que el diamante, atiende y archiva en tu memoria esta verdad. No hay medio; ó es inmenso el valor del cielo, ó hemos de confesar que la naturaleza toda no es mas que una ilusion; que no hay proporcion, designio, plan ó fin alguno en todo quanto comprehende la esfera del sol, ni en lo que existe fuera

de los alcances de su luz y de nuestra vista, y que la razón no ve ya en todo el universo otra cosa que una espesa y vasta obscuridad; en fin la nada.

Si eres ¡O Lorenzo! capaz de atender, habrás reconocido que Dios se declara á favor de estas verdades. Habrás visto que la naturaleza te las anuncia, sea con su ordinario curso, sea con los fenómenos que lo interrumpen. Habrás oído á los cielos gritar sobre tu cabeza: *el hombre es inmortal*; y á la tierra repetir: *el hombre es inmortal*. El mundo es un sistema completo de teología natural: no es necesaria la ciencia de las escuelas para entenderla: no se necesita mas que ser virtuoso; y el rústico labrador puede ser sabio sin dexar su arado.

No hay cosa alguna que sea milagrosa para Dios. Todo es fácil á su poder, y supuesto este, nada hay imposible; pero si se prescinde de la existencia de Dios, todo es un caos; la menor cosa es ya un misterio mucho mas incomprendible que todos aquellos que tu orgullosa razón repugna. ¡Por qué, pues, escoges el peligroso sistema de oponerte á los misterios, pues que en este mismo sistema encuentras otros muchos mas inexplicables? ¡Qué cosa hay en el mundo, por pequeña que sea, que no sea para tí, si la exáminas, un portento inconcebible? Nuestra razón es tan limitada, y Dios es tan grande, que aquello mismo que mas nos admira, y mas incomprendible nos parece en la sagrada Escritura, debe hacérse nos mas verosímil, y ménos dificultoso de creer. La fe no es el tormento, sino el descanso de la razón. ¡Y qué cosa es la razón? No es mas, si bien se define, que la rectitud del alma, y para que esté enteramente recta ha de seguir la dirección de la fe.

La falta de fe de la vida futura es la semilla de todos nuestros vicios; las pasiones acuden á fo-

mentarla con su calor y la hacen brotar: privado de ella no halla el hombre apoyo para sostenerse en las sendas de la virtud: abandonado á su propia flaqueza, cae de uno en otro delito, y rueda de precipicio en precipicio. La virtud no puede nacer y prosperar, sino enxada en el árbol de la inmortalidad: se marchita y muere con él como el fruto con la raíz que lo alimenta, y el niño con la madre que lo lleva en su vientre. Hay hombres que no contentos con la precisión de morir, aspiran á cesar de existir enteramente, siendo así que si exáminan su corazón tiene la mas horrible repugnancia á ambas cosas. Si se les pregunta la razón verdadera de su modo de pensar, se guardarán de confesarla: pero ya la sabemos. ¡O extraña alucinación de los sentidos! Estos hombres ya no tienen de tales mas que la figura: aunque andan derechos, aunque elevan su frente hácia el cielo, sus inclinaciones estan abatidas hácia la tierra, en la que arrastra vilmente su corazón: al paso que solo ensalzan los deleytes, estan perseguidos del dolor: hechos unos habladores, enemigos de la razón y del juicio, llegan á ser los mas infames de los vivientes; y la superioridad de su naturaleza, no sirve mas que para acrecentar su ignominia.

En cada uno de ellos vemos un cúmulo monstruoso de las mas extrañas contradicciones. Renuncia ¡O Lorenza! á su hermandad impia. Arroja con horror á Voltaire y lee á S. Pablo, cuya alma arrebatada á los cielos, encenderá la tuya en amor de la virtud. La verdadera libertad de pensar no consiste en detenerse con el entendimiento en cada una de las partes separadas de quanto existe sin pasar á las demas, sino en abrazar con él las respectivas conexiones de todas ellas, haciendo viajar á nuestra alma por todas las provincias que

puede correr con la luz de la revelacion por guia; en penetrar á lo interior de la esfera del hombre; dar la vuelta á todo el universo; recorrer lo mas oculto del espacio y del tiempo; familiarizarse con sus maravillas; registrar sus secretos abismos; y como un Príncipe, que por ambicion y por interes debe conocer aun los Estados mas apartados, hacerse cargo aun de lo mas remoto de todo el sistema de este orbe perfecto, en donde las verdades se alumbran mutuamente, una á otra se sostienen, y forman una basa sólida, una bóveda incontrastable, que lleva sobre sí toda la mole de un convencimiento completo y decisivo. Quanto mas peso carguemos sobre esta bóveda, mas firme nos sostendrá. Quanto mas examinemos sus maravillas, mas ilustrados y persuadidos quedaremos.

Esta es la verdadera libertad de pensar que conviene al hombre, y no el ceñirse á un átomo, ó limitar la vista al espacio de una hora. Levanta los ojos, y pasea con ellos ese teatro de la noche. ¿Qué son todos los Reynos de la tierra en comparacion de esos globos inmensos por donde el alma ha de caminar algun dia? ¿Y qué son esos mismos globos respecto del hombre formado á imagen de la Deidad? Toda esa muchedumbre de esferas, para la qual parece estrecho el vasto firmamento en donde está acumulada, puede rodar libremente en la capacidad del alma, quedando en ella lugar sobrado para admitir otra muchedumbre muy superior de globos mayores, y de nuevos mundos.

En este mundo, que no excede el tamaño de un átomo, no hay cosa que puede detenernos sino los amigos que en él tenemos. Lucia, Narcisa y Filandro, ya lo han abandonado. El sepulcro, como el Cancervero de la fábula, ha abierto su triple garganta, y ha repetido á lo interior de mi alma con

tres ahullidos mortales las verdades que canto. El vasto océano de la eternidad; O Lorenzo! se dilata á tu vista. Por él navega tu amada Clarisa. Desata tu alma de la tierra, de esa roca en que se estrellan las almas inmortales; corta el cable, leva áncoras, tiende las velas, aprovecha los vientos, fixa la vista en tu estrella polar, y gobierna hácia las regiones de la vida verdadera.

Así como el hombre es un compuesto de dos naturalezas diferentes, así goza de dos géneros de vida, y padece otros tantos géneros de muerte; una de estas es mas terrible que la otra. En la vida animal debe su subsistencia al sol, vive con su benigna influencia, y con los frutos que le proporciona. La vida intelectual necesita de alimento mas noble. Se lo dan los divinos rayos del Criador del dia. Quando despues de desechar el sol del cielo nos falta el de la tierra, que es lo que sucede á los que fallecen sin salir de sus maldades, sumergidos en una noche universal, padecemos duplicada muerte. No hace el cielo esfuerzo para precipitarnos en ella; caemos en fuerza de una ley tan natural como la que hace caer hácia la tierra todo cuerpo grave. Para que el hombre despues del primer pecado pueda unirse con Dios, es menester que uno de los dos padezca mutacion, pues que la luz y las tinieblas no pueden habitar juntas, y no ha de ser seguramente Dios el que se mude.

Si padeces esta duplicada muerte no acuses á Dios de cruel; Dios quiere hacerte dichoso, solo con que tú no te niegues á ello. El cielo dexó al hombre y á todos los entes dotados de inteligencia, la noble pero peligrosa facultad de poder resistir á sus intenciones benéficas. Esta libertad era una calidad indispensable; sin ella los ángeles y los hombres no serian mas que unas máquinas me-

ramente pasivas, incapaces de merecer ó desmerecer. El poder elegir á voluntad cada uno su felicidad ó su desgracia, es una cosa esencial é inseparable de todo ente racional: sin ella la razon sería ociosa é inútil. El hombre que no tuviese libertad en este tiempo de merecer para hacerse desgraciado, no la tendría para hacerse dichoso. El cielo desea nuestra felicidad, nos la ofrece, nos convida y nos mueve á aceptarla; pero sin precisarnos. En manos del hombre está su eterna suerte. Si cae en el abismo, él es el que se precipita, y es inevitable que cayga en él todo aquel que quiere ignorar su inmortalidad, hasta la hora en que la muerte se la persuade.

¿Y en qué consistirá que aun dudes de tu futura vida? Yo te lo diré. Qualquiera que tiene motivos para temer la vida venidera, dexa de desearla: y apenas dexa de desearla, quando hace esfuerzos para dudar de ella. Así no hay cosa que mas claramente indique una conciencia delinquente que la incredulidad. Quando el pensamiento de lo futuro viene á visitar á los incrédulos, y penetra por fuerza dentro de su alma, se amilanan, tiemblan, y le dan asenso. ¡Cómo! ¡Ser incrédulo, y temer lo futuro! ¡Temer un sueño, una fábula!—¡Ah! Sus terrores demuestran la evidencia de la verdad que defiende: la incredulidad se desmiente á sí misma: confiesa á su pesar que hay otra vida inmortal.

En lugar de atormentar tu imaginacion para no responder á mis sólidos argumentos sino con insolentes blasfemias, reforma tus costumbres y créerás como yo. ¿Y qué mas resultará de esta reforma? No se ofenda tu vanidad. Quanto mas puras sean tus costumbres, mas sublime será tu fe: lo uno es consecuencia inevitable de lo otro. Un honrado Deista, al qual llega á alumbrar la luz

del Evangelio, se ennoblece por grados, y para en hacerse cristiano. Luego que experimenta esta feliz mudanza, son superfluos para él los argumentos: la inmortalidad se manifiesta á su alma convencida con toda la claridad de la evidencia. El cristiano habita como el Uriel de Milton en la misma esfera del sol. Nadando en aquella viva luz, no le estorva nube alguna, y el ardor de su esperanza le lleva anticipadamente al cielo. Sube ¡O Lorenzo! á la esfera de este sol brillante: la empresa es fácil: él mismo te convida y baja del cielo para atraerte, y conducirte á la region de donde ha salido. Lee penetrado de respeto las sagradas páginas de la Escritura, en donde resplandecen las pruebas de tu inmortalidad: páginas venerables, que el universo entero no es capaz de producir, y que el incendio general de la naturaleza no puede destruir: sus divinos caracteres son indelebles: ni uno siquiera se perderá entre las ruinas de la naturaleza.

¿Te atreves á mirar con orgulloso desden el objeto de la veneracion de los cielos? ¡Infeliz! Tu ángel custodio está bañado en lágrimas á tu lado. Los ángeles y los hombres aplauden á las verdades que canto. Los impios solos son los que con irónica risa me dan gracias de nocturno sueño, que como ellos dicen les quiero hacer creer. ¡O qué de negros vapores se levantan del fondo de un corazon corrompido, y suben á obscurecer la cabeza y la razon que en ella reside! Los talentos mismos, si no usamos bien de ellos, nos conducen á la soberbia, y esta á los excesos mas vergonzosos. La incredulidad descarada es, por decirlo así, la escarapela de los impios; con ella adornan su osada frente, y se acostumbran á burlarse del cielo. Si llegan á adornarse en una seguridad tan hor-

renda é inconcebible, es en fuerza de haber renunciado totalmente á la razon.

¿Por qué se rebela el hombre contra la virtud y contra la fé? La causa es esta. Lo presente nos hace la mayor fuerza, al paso que lo que está por venir apénas nos hace la menor impresion. ¿Y es ser racional el portarse asi? El que realmente quiera serlo, debe hacer todo lo contrario.

¿Pero por qué, me dirás, hemos de emponzoñar con tales reflexiones los pocos placeres que disfrutamos en este mundo? No tengo tal intencion, sino la de hacértelos trocar ahora por otros mas sólidos, y asegurarte para en adelante con este trueque una perpetua é imponderable felicidad. ¿No sabes que la esperanza sola de un bien superior al que poseemos, nos lo hace abandonar con gusto, y nos causa mayor deleyte que su misma posesion? Repara, para persuadirtelo, como la esperanza fuerza á la ambicion á soltar la presa que tiene asida, á despreciar la fecunda rama que tiene á mano cargada de frutos, á abandonar aunque sean cetros y coronas, para abalanzarse á otro bien remoto, y á buscar por medio de mil trabajos y mil peligros.— ¿Qué?—La tranquilidad. Si la esperanza, pues, de los bienes de la tierra, tan frívolos y pasajeros, puede hacernos dexar con gusto los que ya hemos, conseguidos, y hacernos agradables las fatigas y los trabajos, ¿qué efectos no debe causar aquella esperanza celestial, cuyo objeto es un bien que tenemos seguro, siempre que no queramos perderle; aquella esperanza de una felicidad sin límites, de una felicidad inexplicable, y que el tiempo no puede acabar?

Convengamos, pues, por último, en que la suma total de nuestra felicidad consiste en la esperanza, y en la posesion de la bienaventuranza futura. Espero que nadie diga que he escogido para

mis cantos un asunto trivial y poco sublime. ¡O vosotros enemigos de la poesia! Hombres juiciosos si; pero que despreciáis la armonía y la hermosura del verso, sin duda os olvidáis de que la poesia es el adorno de una gran parte de la sagrada Escritura. Sabed que el verso puede hacer mas agradables las verdades que tanto nos interesan. Alabais los genios graves y serios, y con razon; pero supuesto que no hay cosa mas seria, ni mas importante que la eternidad, atended á mis acentos, que no perdereis nada de vuestra seriedad y juicio.

## DUODECIMA NOCHE.

### LAS VENTAJAS DE LA NOCHE Y DE LA SOLEDAD.

No conoce los nobles pensamientos  
De la virtud, los impetus sublimes  
Del ingenio, y los tiernos sentimientos  
Del corazon, el que engañado piensa  
Que el hombre solo está sin compañía.  
¡O tú infeliz que gimes  
En esta situacion! ¡Nunca has sabido  
Que aunque estés solo estás en una inmensa  
Sociedad, que si quieres á porfia  
Contribuirá á tenerte entretenido?  
Dios, la razon, que nunca se te ausentan,  
¡Tan despreciable trato te presentan!  
Escucha atento sus conversaciones.  
¡Qué sublimes que son! ¡Quánta dulzura  
En ellas notarás, y qué lecciones!  
Al paso que te vayas apartando  
Del mundo, se te irán aproximando.  
Pasado el soplo que esta vida dura,  
Nos abandona todo lo visible,  
Y solamente Dios y la conciencia

Subsisten para el hombre. ¡Quán terrible  
Será para este entónces encontrarse  
Solo, y sin experiencia  
Con entrambos objetos, y encararse  
Con ellos sin haberlos conocido  
Hasta aquel punto, el verse allí abatido,  
Y de los dos como extrangero y necio,  
Mirado con horror y con desprecio!  
Démonos prisa, pues, á conciliarnos  
Su amistad, y su amparo asegurarnos,  
Uniéndolos con lazo indisoluble  
Y eterno á entrambos. Ya ni la voluble  
Fortuna puede, ó el mundo presentarnos  
Bienes nuevos. Si acaso alguna cosa  
Me queda que desear, será un amigo;  
¡Mas de qué servirá si le consigo?  
No hay otra pretension mas peligrosa.  
Si muere ántes que yo, ¡quánto lamento  
Exálará mi pecho enternecido?  
¡Gran consuelo es tenerlo! ¡Crúel tormento  
El haberlo tenido!  
¡Nada tengo que ver con vuestros sueños,  
Poetas insensatos, embriagados  
Por la fortuna, y del error guiados,  
Que huis de la luz pura  
De la austera razon, y con risueños  
Rostros, con bulliciosa ligereza,  
Las banderas seguis de la locura,

Y os dexais hechizar de la belleza  
 Falsa con que os convida  
 La ilusion pasagera de esta vida!  
 Entre vuestros delirios licenciosos,  
 Con estruendo invocais continuamente  
 Al astro refulgente,  
 Que en cercos luminosos  
 Devana dias y años, celebrando  
 A su luz clara en cantos de alegria  
 Los falsos gozos que esta tierra cria,  
 Sin cesar, aunque vaya desmayando  
 La voz, hasta que esten vuestros sentidos  
 Baxo de la mortaja ya extinguidos.  
 Yo al contrario, á la obscura noche llamo,  
 Su sagrado silencio y quietud amo.  
 Mi canto no es alegre ni ruidoso,  
 Ni mi ingenio pretende el vergonzoso  
 Honor de traspasar el arreglado  
 Coto que la razon ha señalado.  
 Hartas veces las musas de vergüenza  
 Se han corrido, al mirar la desvergüenza  
 De sus hijos, al ver que envilecidos  
 Han llegado á abogar por los sentidos,  
 Realzar pretendiendo su baxeza,  
 E igualarla del alma á la nobleza.  
 ¡Acaso el cielo dió á la poesia  
 El mágico poder, la melodia,  
 Para que al vicio se prostituyese,

Y de atractiva máscara cubriese  
 Su semblante disforme y espantoso?(a)  
 Y de este lastimoso  
 Freqüente abuso, ¡quál es el origen?  
 Son dos inclinaciones  
 Contrarias, que arraigadas  
 Dentro de los humanos corazones,  
 Disputan su dominio, y los dirigen  
 Tirando cada qual con extremadas  
 Fuerzas, hácia dos términos opuestos.  
 La soberbia, qual águila altanera,  
 Siempre anida en los mas sublimes puestos,  
 Y gusta de volar por las alturas;  
 El deleyte al contrario, por la esfera  
 De la tierra arrastrando á sus anchuras  
 Sin elevarse nunca, se reputa  
 Por bienaventurado si disfruta  
 De los mas torpes brutos las groseras  
 Sensaciones. El hombre justamente  
 Vano y sensible quiere conservarse  
 En su clase, y á un tiempo deleytarse:  
 Con el alma subir á las primeras  
 Alturas, y arrastrar continuamente  
 Con el cuerpo en el polvo de los vicios;  
 Mas cómo, si el deleyte es demasiado  
 Grosero, y solo al cuerpo acomodado,  
 Del alma ofende la delicadeza,  
 ¡Qué hace el hombre? Se vale de artificios;

De su talento abusa para hacernos  
 Juzgar el vicio amable, y escondernos  
 Toda su fealdad y su baxeza.  
 Su agudo ingenio, qual Sofista diestro,  
 Trastorna la razon de tal manera,  
 Que no es la que ántes era,  
 Sino una vil esclava, aduladora  
 Del apetito nuestro,  
 De todos sus excesos protectora.  
 Aquel charlatan vivo y trapacero,  
 Con prestigios y embustes alucina  
 De tal modo nuestra alma, que no atina,  
 Cercada de ilusiones, el sendero  
 De la virtud, y traga complacida  
 El veneno gustoso:  
 Lánguida, blandamente adormecida,  
 Pierde su natural serio y brioso,  
 Y poco á poco se familiariza  
 Con el vicio agradable que la hechiza,  
 Hasta que de sí misma trascordada,  
 Dulcemente con él queda abrazada.  
 Olvida hasta su misma altanería:  
 No la choeca lo que ántes la ofendía:  
 El hombre ya, perdido el sentimiento,  
 A todas las maldades se abandona.  
 No conoce lo que es remordimiento,  
 Y sus excesos sin vergüenza abona.  
 ¡Arte fatal y horrible, que corrompe

Las costumbres, el noble velo rompe  
 Del natural pudor, y da una frente  
 De bronce al hombre, en que jamas asoma  
 Del honor el hermoso colorido,  
 Sino el vicio insolente!  
 El escritor á la maldad vendido  
 Que esto consigue, el parabien se toma  
 De su infame victoria. Se abalanza  
 La maldad á arrancar á la alabanza  
 El premio á la virtud sola debido.  
 ¡De cuánto libro el mundo no ha inundado  
 Este moral funesto y depravado?  
 ¡Cuánto mas numerosos  
 Son los Apologistas que defienden  
 A los sentidos, que los que animosos  
 Vindican la razon! Por todas partes  
 Los ingenios extienden,  
 Para cubrir del vicio los horrores,  
 Sobre sus manchas primorosas flores.  
 Las Musas licenciosas de mil artes  
 Se valen. Sueltan con la mano impura  
 Aun de las castas gracias la cintura  
 Con tanta indiferencia,  
 Como quando al divino  
 Baco ofrecen, pidiendo su asistencia,  
 Alegres copas de encendido vino.  
 ¡Cómo puede la pluma magestuosa  
 Del ingenio sufrir el deshonorarse

Con tanto escrito infame, y consagrarse  
 A una inmortalidad tan vergonzosa?  
 Mas no hemos de envolver en la censura  
 De estos autores tan perjudiciales,  
 A los Poetas que guardan su decoro.  
 Aunque hay sirenas, cuya boca impura  
 Celebra el vicio, hay Musas celestiales,  
 Que saben entonar en liras de oro  
 De la virtud severa los acentos.  
 ;Cuán digna de respeto es la que mira  
 Con desden el espacio limitado  
 De las edades, en que el mundo gira  
 Qual punto imperceptible; con violentos  
 Esfuerzos se abalanza de este punto,  
 A ver y exáminar el dilatado  
 Y brillante universo, ese conjunto  
 De orbes, y levantarse gradualmente  
 A Dios, de todo ser eterna fuente!  
 Quando á esta última altura  
 Ha llegado á subir el pensamiento,  
 No obstante, la extension de la materia  
 Del orbe y su magnífica figura,  
 Conoce que es todo él una miseria,  
 Respecto á este portento  
 Del moral universo ya patente.  
 Sabe pues ;O Lorenzo! que mi tema  
 De lo que piensas es muy diferente.  
 No esperes encontrar en mi poema

Las vanas diversiones,  
 Ni ménos respirar el venenoso  
 Hálito abrasador de las pasiones.  
 No verás que aquí el vicio sea aplaudido,  
 Ni el verdadero bien desconocido,  
 Ni envueltas en estilo licencioso  
 Aquellas fabulosas  
 Imágenes, aquellas deliciosas  
 Pinturas y pasages hechiceros,  
 Que la invencion y el gusto primoroso  
 Producen de los Poetas lisonjeros.  
 Hallarás sí, importantes instrucciones,  
 Pinturas venerables, descripciones  
 Sublimes, y verdades prodigiosas,  
 Que de la eternidad al alma mia  
 Baxan, la inmensidad atravesando  
 De ese nocturno velo  
 Condensado de sombras espantosas,  
 Cuya melancolía,  
 Las remotas estrellas centelleando  
 Aclaran, desde el mas remoto cielo;  
 Al paso que en silencio mas profundo  
 Que el de la muerte, está dormido el mundo.  
 Hallarás en mis versos pensamientos  
 En verdades eternas cimentados,  
 Que vendrán en los últimos momentos  
 De tu vida, sin ser por tí llamados,  
 A presentarse á tu alma temeraria.

¡O noche, ya tu tinta tenebrosa  
 Ennegrece los quadros que dibuxo,  
 Al paso que el influxo  
 De mi melancolía, á sus colores  
 Tristes añade todos sus horrores!  
 No obstante ¡O turba loca y juguetona  
 De hombres, que no vivís sino es riendo,  
 Si vuestra razon ciega no abandona  
 Lo que mas os importa, yo confío  
 Que me oigais, el bullicio suspendiendo,  
 Y os embelese el serio canto mio!  
 Mas si lo despreciais, estas verdades  
 Serán por los juiciosos recogidas,  
 Y allá en las soledades  
 Del corazon, darán á mis acentos  
 Intimas alabanzas repetidas;  
 Recompensa mas noble y mas preciosa  
 Para el alma de acierto deseosa,  
 Que del mundo los vanos cumplimientos.  
 Aquel baxo escritor, que limitando  
 El fruto de sus obras á su gloria,  
 Solo á este fin su empeño ha dirigido,  
 Jamas merece la menor memoria.  
 Por una vana sombra suspirando  
 De un eco pasajero entretenido,  
 Añade un tonto mas con sus conatos  
 Al número infinito de insensatos.  
 No son así ¡O Litchfield! tus alabanzas,

Solas pueden vencer mis esperanzas,  
 Pues sé que la justicia las reparte,  
 Y no de la lisonja el falaz arte.  
 Y no sospeches que si aspiro á tanto,  
 Solo sobre mi audacia me levanto.  
 Nuestra amada Narcisa á esto me alienta,  
 Nuestra digo, pues sabes que te unia  
 A ella la sangre, y mas la simpatía  
 De la virtud. Narcisa es, pues, la que ahora  
 Magestuosa y contenta,  
 Desde el pensil florido  
 En que habita, descende, se presenta  
 A tí, y para mi Musa el voto implora.  
 No rezeles que emprenda el merecido  
 Elogio tuyo, mas si lo perdono,  
 Al Excelso dirijo el alto tono.  
 ¡O padre universal de quanto existe,  
 Que ántes de dar á luz cielos y tierra,  
 Y quanto en su extension vasta se encierra,  
 Como tiernos embriones,  
 En tu seno escondido los tuviste;  
 Tú que la serie de revoluciones  
 Del futuro universo dispusiste,  
 Viéndolas desde entónces ya presentes!—  
 ¡Es tu invisible mano por ventura,  
 La que me ha puesto junto á los corrientes  
 Cristales de esta fuente, que mas pura  
 Que la otra de Castalia celebrada,

Me da á beber un néctar delicioso,  
 E inspira un entusiasmo milagroso  
 A mi alma que la tiene embriagada!  
 ¡O es alguno de aquellos celestiales  
 Ministros, que piadoso has destinado  
 A cuidar de la paz de los mortales,  
 A apartar de sus almas los intentos  
 Villanos, y los vanos pensamientos,  
 Para que aspiren siempre á un elevado  
 Término, á unos objetos inmortales!  
 Aun está muy distante de apagarse  
 Mi sed de la verdad, aunque ha logrado  
 Mi alma tanto tiempo hace remontarse  
 Del moral universo á las alturas,  
 Que hasta ahora con tu auxilio ha registrado,  
 Gozosa contemplando sus seguras  
 Riquezas, á las luces moderadas  
 Que arrojan las estrellas apartadas.  
 Con efecto, la luz pura y tranquila  
 De las estrellas, sirve qual ninguna  
 A alumbrar al ingenio. La oportuna  
 Noche los pensamientos despavila.  
 Su obscuridad profunda  
 De luces interiores nos inunda,  
 Y los ojos del alma abre y aclara;  
 Mientras que el sol el horizonte dora  
 Desde el carro de fuego, la algaraza  
 Del mundo, el movimiento de la vida

Tienen tan fatigada y aturdida  
 Al alma, que de sí ya no es señora.  
 La demasiada claridad la ciega.  
 Confusa, á todos lados empujada,  
 Y por la muchedumbre atropellada,  
 Léjos de la razon se hunde y anega  
 En el inquieto mar de los sentidos.  
 Meramente pasiva, adormecidos  
 Sus talentos, no tiene mas idea  
 Que la que ellos la inspiran. Si desea  
 Producir otra, al punto interrumpe,  
 Antes de madurar es destruida.  
 Mas llegada la noche el alma encuentra  
 Su libertad de nuevo; totalmente  
 Goza de sí, y en sí se reconcentra.  
 Tranquiliza el silencio sus pasiones,  
 Sus pensamientos mas interiormente  
 En el corazon quieto recogidos,  
 Hacen en él profundas impresiones;  
 Libre de la opresion de los sentidos,  
 Ya el alma como esclava no recibe  
 De ellos las leyes. Ella se prescribe  
 A su libre eleccion sus pensamientos,  
 Y ordena de su plan los fundamentos:  
 Ya á la extension del mundo no limita  
 Su actividad, osada solicita  
 Remontando su vuelo,  
 Dexar atras la inmensidad del cielo,

Abatiéndose solo hácia la tierra  
 Cuando se halla cansada. Así el Piloto  
 De una larga derrota fatigado,  
 Cuando cesa el soplar del fiero noto,  
 En el fondo del mar la áncora afierra,  
 Y logra estar un rato descansado.  
 Cuando la noche el negro velo tiende,  
 Se me figura que el Excelso extiende  
 La sombra de su brazo, entre los vanos  
 Objetos de la tierra y los humanos,  
 Para que no los miren. Al instante  
 Huye de nuestra vista el inconstante  
 Teatro del mundo. Está ya dividido  
 De nosotros por un desierto inmenso.  
 A tal distancia llega á nuestro oido  
 De aquel mar tumultuoso el ruido intenso,  
 Como un débil susurro, confundido  
 En la extension del ayre, y sin rezelo  
 Podemos contemplar sus apartados  
 Escollos, sus naufragios continuados.  
 En tales horas de perfecta calma,  
 A nosotros se acerca el alto cielo,  
 Y con su mismo Dios conversa el alma.  
 Dentro de nuestro propio ser tenemos  
 El universo que estudiar debemos.  
 Baxa á él el alma, y como soberana,  
 Rodeada de sus fieles consejeros,  
 Sobre el trono se sienta

De la conciencia. En su imparcial romana  
 Pesa lo que ha pasado, y hace cuenta  
 Tambien de los sucesos venideros.  
 Sin disimulo allí sus faltas mira.  
 Ya no defiende al vicio la mentira.  
 En aquel tribunal se ve desnudo,  
 Sin los falsos colores que de dia  
 Tiene, y con que á menudo  
 Al hombre mas sensato descarria.  
 La obscuridad los borra, como borra  
 Los de las demas cosas, y lo vuelve  
 Negro como ellas. Estas tutelares  
 Sombras son un asilo siempre abierto,  
 Donde á abrigarse la inocencia corra.  
 En él á la razon se la devuelve  
 Su imperio, y los derechos regulares  
 Sobre el humano corazon despierto,  
 Que la escucha callando. El Ateista  
 Con el silencio de la noche obscura,  
 Se llega á rezelar que Dios exista:  
 En este mismo tiempo una alma pura  
 Su divina presencia casi siente.  
 ¡O noche, tierna amiga  
 Del hombre y la virtud, tu sombra abriga  
 A entrambos y los une nuevamente!  
 La virtud delicada, quanto hermosa,  
 No puede entre la turba bulliciosa  
 De los hombres mezclarse,

Sin que su endeble y fragil existencia  
 Padezca alguna cosa.  
 Rara vez los pies pone en la asquerosa  
 Basura de este mundo sin mancharse.  
 Son pocos los que guardan la inocencia  
 De la mañana hasta que acabe el dia,  
 Limpia y libre de toda bastardía.  
 Siempre en este intervalo distraido,  
 Se introduce algun vano sentimiento,  
 Se borra algun virtuoso pensamiento:  
 Esta resolucion se echa en olvido;  
 O aquella sugestion ya rechazada,  
 Vuelve á atacarnos nuevamente armada.  
 ¿Y puede esto dexar de acontecernos?  
 La claridad, el movimiento, el ruido,  
 La vista del concurso tumultuoso  
 De tanto hombre, de tanto diferente  
 Objeto nos precisan á distraernos,  
 Y arrastran, qual torrente presuroso,  
 Léjos de sí aun al hombre mas prudente.  
 El alma toda, vagabunda, errante,  
 Se evapora y disipa en un instante.  
 Su gobierno doméstico, y su puesto  
 Abandona, dexando al hombre expuesto,  
 Desnudo y sin defensa á los temidos  
 Tiros del vicio y del exemplo unidos.  
 Es el exemplo un seductor mañoso,  
 Que usa desde el principio de tal arte,

Que á nuestra razon pone de su parte;  
 Y el vicio con tal furia nos embiste,  
 Que el hombre mas juicioso,  
 Dificilmente á su ímpetu resiste.  
 Enciende á la ambicion el mismo fuego  
 De la ambicion. Qual peste la codicia  
 De un corazon en otro se propaga.  
 Igualmente se pega la malicia  
 De la fiera perfidia. El amor ciego  
 Con su aficion intensa,  
 A los torpes deleytes nos entrega;  
 Y en fin todos nos cercan de una densa  
 Nube, de modo que quando alentamos,  
 Contagiosa ponzoña respiramos.  
 Con semblante risueño  
 Enseña el hombre cruel al que es humano,  
 A ser como él un bárbaro tirano.  
 Como á otro leño un encendido leño,  
 Una pasion á la otra comunica  
 La llama abrasadora,  
 Y el incendio de suerte multiplica,  
 Que el mas helado corazon devora.  
 Una casual ojeada,  
 Sin malicia encontrada,  
 Produxo en mas de un pecho de repente  
 De una impura aficion la fiebre ardiente,  
 O las palpitaciones dolorosas  
 Del odio y de los zelos.

Los ojos, los oídos  
 Rodeados de ocasiones peligrosas,  
 No pueden explayarse sin rezelos  
 De perderse. Por todos los sentidos  
 Está expuesta nuestra alma á un precipicio.  
 En esta escuela pública del vicio  
 Y del error, nos vemos precisados  
 A optar en dos papeles encontrados,  
 Que son el de censor, ó el de obediente  
 Discípulo. No hay medio, todo humano  
 O se ha de declarar por un ardiente  
 Enemigo del vicio, ó por villano  
 Cómplice suyo. Turba lo primero  
 Nuestra paz, lo segundo  
 Mancha nuestra inocencia.  
 Siempre la concurrencia  
 De los hombres será el despeñadero  
 Del justo en este mundo.  
 Por esto todo sabio ansioso aspira  
 Naturalmente á hallarse donde mora  
 El silencio; la sombra le enamora,  
 Y por la dulce soledad suspira.  
 Dios fabricó la noche y sus lumbreras,  
 Para elevar nuestra alma,  
 Encender el ingenio, y con su calma  
 Tranquila, conservarnos  
 Las semillas primeras  
 Del noble amor á la sabiduría,

Que en nuestro corazón poner quería:  
 Nosotros en lugar de conformarnos  
 Con su justo designio, temerarios,  
 Con esfuerzos contrarios,  
 Sus benéficos planes destruimos,  
 Y contra él aun sus dones convertimos.  
 Hace el hombre del velo magestuoso  
 Que cubre el orbe capa acomodada,  
 Para ocultar su proceder vicioso,  
 Y dar aliento á la intención malvada.  
 Huye el perverso de la luz del día:  
 Oculta mientras dura su monstruoso  
 Semblante. El asesino, el bandolero,  
 Descansan en sus cuevas hasta tanto  
 Que las sombras les hagan compañía.  
 Ahora velan unidos,  
 Y persiguen con ímpetu ligero  
 Sus víctimas. Los astros con espanto  
 Les ven andar erguidos  
 Entre la obscuridad, cuyos horrores  
 Crecen con sus maldades y fureros.  
 El ladrón que ha azechado al avariento,  
 Cuando á la escasa luz del alto coro  
 De estrellas enterraba su tesoro,  
 Lo desentierra. Se acostó contento,  
 Pensando en él su dueño;  
 Se hallará pobre al despertar del sueño!  
 A esta hora los proyectos maliciosos

Y las conspiraciones  
 Sordas despiertan, y sus horrorosos  
 Designios solo á las tinieblas fian.  
 Entre ellas, léjos de la luz amplian  
 Los fieros planes de revoluciones;  
 Y de devastacion ya combinados,  
 Los negros atentados  
 Que han de inundar en sangre las regiones.  
 Ve aquí el momento mismo en que se arrojan  
 Los hijos del deleyte á sus horribles  
 Excesos, y juzgándose invisibles  
 Con las sombras, despojan  
 La vergüenza y temor enteramente:  
 A esta hora.—¡ He de callar, ó publicarlo?  
 ¡Para qué son los rayos si á vengarlo  
 No acuden? Ahora mismo aquel malvado  
 Adúltero se sube alegremente  
 Al tálamo nupcial del inocente  
 Amigo que ha engañado.  
 Con el suceso su osadía crece,  
 Y á su Dios y á los hombres escarnece.  
 Así siempre insensatos los mortales,  
 A la deidad y á sí mismos se oponen.  
 Pues quando necios sin reparo alguno,  
 A la vista del cielo casta exponen  
 Desnudos sus delitos mas bestiales,  
 Tiemblan de que importuno  
 Otro mortal en ellos los sorprenda.

¡ O bóveda nocturna y estupenda!  
 ¡ O astros hermosos! ¡Fuisteis por ventura  
 Hechos para servir á las maldades?  
 ¡Mezclais vuestras dudosas claridades  
 Con las tinieblas de la noche obscura,  
 Para guiar el puñal seguramente,  
 Al paso que ella oculta delinqüente?  
 Pero olvidemos estos perniciosos  
 Insectos que entre sombras arrastrando  
 Se nutren de alimentos venenosos,  
 La quietud de las noches infestando.  
 En tiempos hubo otros sublimes hombres,  
 Que disfrutar supiéron de su amable  
 Silencio, y hacer de él uso admirable.  
 Estos sabios antiguos, cuyos nombres  
 Sobreviven al tiempo, ilumináron  
 Al humano linage, y conversáron  
 Con los nocturnos astros, recogiendo  
 Sus respuestas sublimes, y atendiendo  
 A las altas lecciones que les daban.  
 Platon, y el otro sabio de Estagira  
 Tulio, y el Cordobés que el orbe admira,  
 Por el inmenso cielo se paseaban,  
 Qual si inmortales fuerán, y sacaban  
 De allí el alma ilustrada y persuadida  
 A un entero desprecio de esta vida.  
 Estos héroes mortales visitaban  
 A la eterna verdad, miéntras cubria

La obscuridad el mundo. Este elevado  
 Trato sus corazones encendia,  
 Abriéndoles un campo dilatado  
 De ideas y esperanzas inmortales.  
 De estas conversaciones celestiales  
 Volvian con valor á la carrera  
 De la vida, instruyendo á los humanos  
 De los altos arcanos  
 Que prueban su grandeza verdadera.  
 Es cierto que estos sabios que enseñaron  
 A los demas, de vanidad perdidos,  
 Ni fuéron á sus Dios agradecidos,  
 Ni sus propias lecciones practicaron;  
 Mas fué por no seguir las luces puras,  
 Con que la noche guia  
 Al cielo por las sendas mas seguras,  
 A aquel que humilde en su Hacedor confia.  
 Desde su nacimiento fué la luna  
 Una lámpara grata y oportana,  
 Del sabio á las vigilias destinada.  
 Su claridad tranquila y moderada,  
 La escondida verdad le hace patente,  
 Sin poder ofuscarle. Penetremos  
 Al retiro de aquel sabio eminente  
 Sócrates, que perdió vida y reposo  
 Por la unidad de Dios. Exâminemos  
 Lo que hace en él, hasta que conjurado  
 El pueblo, con un vaso venenoso

Dé á su mérito el pago acostumbrado.  
 Miéntas que por temor de distraerle  
 Sobre él los astros en silencio ruedan,  
 Y á veces para verle  
 Inmóviles se quedan;  
 Sigue su alma tranquila sus tareas,  
 Y escucha atenta á la sabiduría  
 Que imprime dentro de ella las ideas  
 Mas sublimes de la filosofia.  
 Miéntas la soledad augusta dura  
 De la noche, repara qué engolfado  
 Está en sus reflexiones.  
 En la misma postura  
 Hasta otro dia le verás clavado.  
 La clara luz de la rosada aurora,  
 Le causa las mayores desazones.  
 Mas ya el sol importuno va saliendo  
 De las marinas ondas, y encendido  
 Los altos montes dora;  
 Vuelven las parlerías y el estruendo  
 A despertar el orbe adormecido:  
 La claridad sobrada y turbulenta,  
 Ofusca ya la luz tranquila y pura,  
 Que el interior del sabio iluminaba;  
 Vanamente se apura  
 En resistir con fuerza á su violenta  
 Impresion; con dolor se ve arrastrado  
 De aquella soledad, que le hechizaba.

Al tumulto del mundo alborotado.  
 Gocen de los alegres resplandores  
 Que esparce el sol brillante,  
 Canten en hora buena sus loores  
 Las naciones que habitan las riberas  
 Del Indo, y la inconstante  
 Turba de necios que aman las ligeras  
 Vanidades del mundo,  
 Que á mí la obscura noche me parece  
 Que tiene un no sé qué de mas divino  
 Y augusto, que el primer lugar merece.  
 ¡ Salve, pues, ó profundo  
 Y nocturno silencio á que me inclino!  
 ¡ Resto único del tiempo, libertado  
 Del funesto destrozo de los dias,  
 O dulce media noche, te saludo!  
 ¡ O cómo inundas las entrañas mias  
 Del contento mas puro y sosegado!  
 Mi corazon desauído  
 Del velo que su vista deslumbraba,  
 Libre y gozoso tu belleza alaba.  
 No, tus tinieblas léjos de tenerme  
 Aprisionado, forman un gracioso  
 Cómodo pabellon donde poderme  
 Pasear gozando un fresco delicioso.  
 ¡ Obscuridad fecunda y agradable,  
 Quál nacen por sí mismos á tu sombra  
 Mis pensamientos, y á tu favorable

Abrigo corren todos á ampararse!  
 La luz viva del dia los asombra  
 Y los desmaya. Es harto diferente  
 El resplandor que alumbrá interiormente  
 Nuestra alma, del que vemos derramarse  
 Del astro ardiente que gobierna el dia.  
 No saca de él su luz el pensamiento;  
 La bebe sí de aquella mar de fuego  
 Inmensa y apacible, que existia  
 Por sí ántes de los siglos, y que luego  
 Al mundo dió la vida y movimiento,  
 Del empíreo en que habita  
 La celestial Urania, cuyo amparo  
 Mi Musa con anhelo solicita.  
 Ella la deidad es de mis acentos,  
 No se desdeña, baja sin reparo  
 Mientras dura la noche á visitarme.  
 ¡ Con qué presteza, si se desordena  
 El hervor de mis libres pensamientos,  
 Severa y útilmente lo refrena!  
 Ya en este instante acude á despertarme  
 Del delirio en que hasta ahora embebecido,  
 De la noche el encanto me ha tenido.  
 Viene ¡ ay de mí: á sacarme de la calma  
 Que disfrutaba; y precisar á mi alma  
 A que contemple atenta,  
 Otro objeto fatal que desalienta  
 Mi constancia, y me llena de amargura.

¡De Narcisa la triste sepultura!  
 ¡Qué presto vuelvo á verme sumergido  
 En un mar de tristeza!  
 ¡Y será acaso natural flaqueza  
 La que al dolor me tiene tan rendido,  
 O algun vapor mortal que dexa helada  
 Mi sangre, y en las venas estancada?  
 ¡Estan los demas hombres por ventura,  
 Expuestos como yo á la suerte dura,  
 De pasar de repente  
 De uno á otro extremo? Sí—Seguramente:  
 No hay cosa mas variable,  
 Mas desigual que el hombre. Ahora volamos  
 Serenos á una altura imponderable,  
 Y dentro de un momento,  
 A un hondo abismo nos precipitamos.  
 Pretender permanencia es vano intento  
 Que excede nuestras fuerzas. ¡O qué caro  
 Paga el alma su pobre alojamiento!  
 ¡Qué papel tan ridículo y tan raro  
 Hace nuestra razon quando pretende  
 Aconsejarnos! No logra otra cosa  
 Que hacernos mas penosa  
 La dura sensacion de nuestros males.  
 La doctrina que expende  
 Nos demuestra que somos desiguales  
 A ellos en fuerzas, y nuestra impotencia  
 Es total para hacerles resistencia.

Por mas que sea nuestra alma valerosa,  
 En vano en esta esfera tenebrosa  
 De incesantes tormentas combatida  
 Lucha, y se opondrá con empeño fuerte  
 A los fieros asaltos de la suerte.  
 Cada momento mas desfallecida,  
 Se agita y se atormenta, sin que pueda  
 Sobre sus crueles penas elevarse,  
 Y si un instante encima de ellas rueda,  
 Luego sin dilacion vuelve á abismarse.  
 Nuestra gloria consiste en que sigamos  
 Forcejeando en subir, sin que cedamos  
 Aunque mil veces de ellas oprimidos,  
 Nos veamos en su fondo sumergidos.  
 Es inútil buscar en los humanos,  
 Atributos que sean sobrehumanos.  
 Cada dia desmiente la experiencia  
 La soberbia de nuestros pensamientos,  
 La prevision de nuestra vana ciencia,  
 Y abate todos nuestros monumentos  
 Y glorias sin dexarles subsistencia.  
 Yo que hace un breve instante habia escapado  
 Del sepulcro, en que tanto tiempo hacia  
 Mi pensamiento estaba cautivado,  
 En fuerza del dolor que le oprimia.  
 Yo que entónces las alas sacudiendo  
 A la region etérea me arrojaba,  
 Que á la estrellada bóveda subiendo,

A mis desgracias superior me hallaba:  
 Y las eternas puertas de la gloria  
 Abriendo á los humanos, los llamaba  
 Haciéndoles su dicha á la memoria,  
 Todas mis fuerzas ya perdidas siento.  
 Se me va la cabeza.  
 Caygo aturdido desde el alto asiento  
 A un abismo profundo de tristeza:  
 Mas en él no he de estar me sepultado.  
 ¡ Infeliz quien jamas conoció el lloro!  
 Sé sacar de mi llanto un gran tesoro.  
 Jamas imito al mal aconsejado  
 Que no eoge otro fruto  
 De la tristeza, que el tormento y luto.  
 Despreciando sus bienes indecibles,  
 Sus penas desperdicia inútilmente.  
 La suerte en vano agota sus terribles  
 Golpes sobre él; jamas será prudente.

## NOTA.

(a) El ingenio á veces es un verdadero gentil que diviniza la materia mas vil, y va á buscar los deleytes en el cieno mas corrompido. El deleyte, volando rastroero como la alondra, construye siempre su nido sobre la superficie de la tierra. El deleyte y la soberbia, enemigos mortales por naturaleza, y

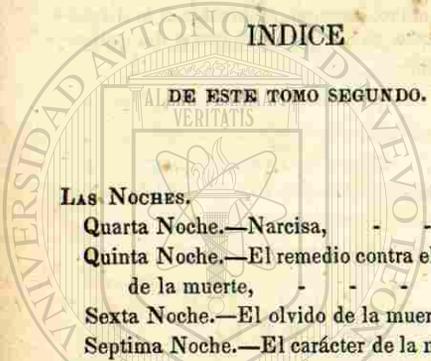
destinados á hacerse una guerra perpetua en el corazon del hombre, se reconcilian mediante los artificios del ingenio, hacen entre sí una paz funesta, y dándose la mano, entregan el hombre á la disolucion, disfrazada ya con las apariencias del primor y de la alegría.

O. S. C. S. R. E.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



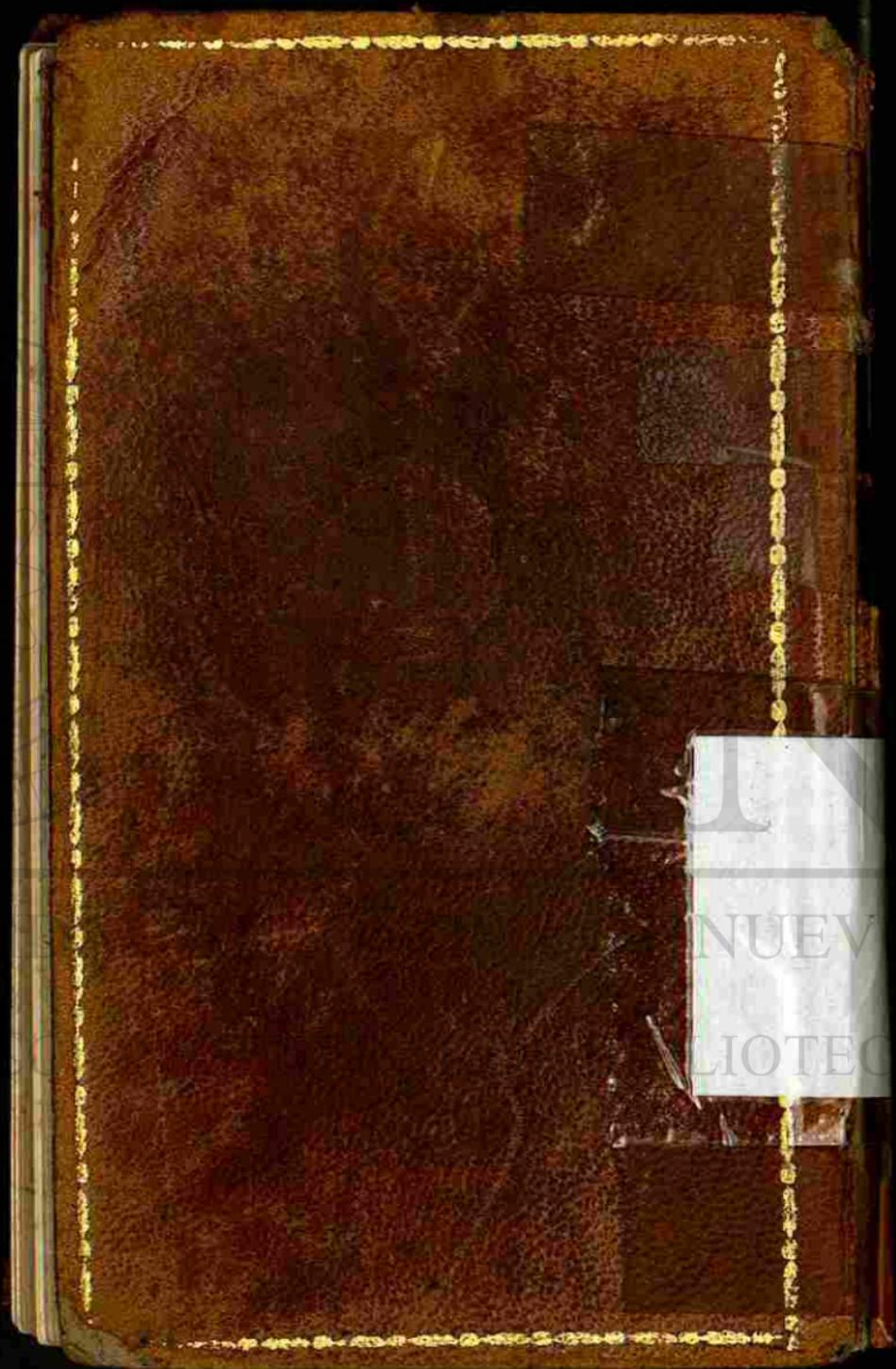
The seal of the University of Nuevo León is circular, featuring a central figure holding a scale and a sword, surrounded by the text "UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN" and "VERITATIS".

## INDICE

AL DE ESTE TOMO SEGUNDO.

	Pag.
<b>LAS NOCHES.</b>	
Quarta Noche.—Narcisa, - - -	7
Quinta Noche.—El remedio contra el temor de la muerte, - - -	27
Sexta Noche.—El olvido de la muerte, -	77
Septima Noche.—El carácter de la muerte,	107
Octava Noche.—La Inmortalidad, - - -	127
Novena Noche.—La Inmortalidad. Prue- bas Físicas, - - - -	157
<hr/>	
Decima Noche.—La Inmortalidad. Pruebas Morales, - - - -	181
Undecima Noche.—La Aniquilacion, -	233
Duodecima Noche.—Las ventajas de la noche y de la soledad, - - - -	260

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



INUEV  
LIOTEC